PORTALES A LA LIBERTAD

Howard Colby Ives

ÍNDICE

Sobre el autor *04*

Introducción *04*

Capítulo:

I. Retrospectiva – Bancarrota Espiritual. – El Amanecer de la una Esperanza. – el Dorado Silencio 09

II. La Mirada que Salvó al Mundo. – Una Sinceridad Divina. – El Método Magistral de Enseñar 20

III. La Riqueza, la Libertad y el Poder Verdaderos. – La Mesa de 'Abdu'l-Bahá. – Acontecimientos Muy Importantes. – "¿Le Interesa Usted la Renunciación?" 31

IV. El Atractivo de la Perfección. – Los Niños de la Misión Bowery.- Una Rosa Negra y un Dulce Negro. 38

V. Una Hoja en la Brisa de la Voluntad de Dios. – "Mi Trono es Mi Estera". – Inscripción en 'Los Siete Valles'. – El Poder de la Palabra de Dios 44

VI. La Realidad y la Esencia de la Hermandad. - ¿No Podéis Servirle una Vez? – La Verdadera Hermandad Debida al Hálito del Espíritu Santo. – "¡Oh, Debería Haberle Visto!" 51

VII. El Matrimonio en el Orden Mundial de Bahá'u'lláh 59

VIII. El Dublín, N.H. con 'Abdu'l-Bahá. – "El Caballero más Perfecto que haya Conocido". – El Maestro de Maestros. – El Guerrero Espiritual. – Una Fabula. – "Os Corresponde Manifestar la Luz". – El Obsequio. – La Primera Tablilla. 73

IX. El Itinerario en Norte América. – El Poder del Espíritu. – La Verdadera Grandeza. – El Divino Método de Enseñar. 85

X. (Charla dada en el "Great Northern Hotel"). – El Universo de Bahá'u'lláh. – La Evolución del Hombre. – La Gloria del Autosacrificio. 96

XI. Instrucciones Sobre como Vivir. - ¿Qué es la Autoridad? – La Ciencia del Amor de Dios 107

XII. El Centro de la Alianza. – El Nuevo Orden Mundial. – Una Civilización Divina. – El Reino de Dios sobre la Tierra. – Templo Bahá'ís. 112

XIII. Algunas Características Divinas. – La Humildad de Servir. – El Verdadero Rango del Hombre. 124

XIV. La Partida. – Las Últimas Palabras de 'Abdu'l-Bahá en América. – Siete Características de las Enseñanzas. – Señales del Nuevo Orden Mundial 136

XV. Por Sus Frutos los Conoceréis. – Cuatro Tablillas 148

XVI. Conclusión. – Las Santas Manifestaciones 161

Sobre el Autor

Howard Colby Ives, pastor unitario que durante largo tiempo buscó con ahínco la felicidad espiritual, conoció a 'Abdu'l-Bahá en la ciudad de Nueva York. La influencia dinámica del “Siervo de Bahá” le causó una gran perturbación. El relato de su lucha por resistirla, de la benevolente paciencia de 'Abdu'l-Bahá, de las sanas enseñanzas que llegaron a lo profundo de su corazón, hace que su libro sea de extraordinario interés. Es la historia de uno de los “primeros creyentes”, para quien frases tales como “el fuego del amor de Dios” se convirtieron en ardiente realidad, quien dio su alma y su vida eterna al amor divino que le reveló su amado Maestro.

La llama que ardía en su propio corazón lo inspiró a hacer la transposición de “Las Palabras Ocultas” de Bahá'u'lláh[1] a un poema épico de estilo clásico que se publicó bajo el título de “Canto Celestial”. Pero Howard Ives transmite su nombre a la posteridad y hace su recuerdo imperecedero con PORTALES A LA LIBERTAD, que es el relato de un testigo presencial de las palabras, acciones y virtudes vivificantes de una de las Personas Sagradas de la Historia.

****

La primera publicación de PORTALES A LA LIBERTAD fue hecha antes de que muchas de las traducciones actuales de las Escrituras bahá'ís estuvieran disponibles. Algunas de las citas de este libro se tomaron de versiones más antiguas de dichas obras; por ejemplo, LOS SIETE VALLES Y LOS CUATRO VALLES, LAS PALABRAS OCULTAS, y otras. Asimismo, varias citas fueron tomadas de una recopilación, ‘BAHÁ'Í SCRIPTURES’, que en gran parte ha sido retraducido y corregido, en una obra más reciente intitulada ‘BAHÁ'Í WORLD FAITH’. Para una versión más exacta de las Escrituras bahá'ís estas ediciones actuales debieran usarse como referencias.

---

[1] *Bahá'u'lláh (1817-1892, Fundador de la moderna religión mundial, la Fe bahá'í. 'Abdu'l-Bahá (1844-1921), designado Intérprete de las Escrituras y Centro de la Alianza. Existe considerable literatura sobre el tema, que incluye tanto las Escrituras Reveladas como obras de introducción y explicativas. Visiten: www.librosbahais.com y www.bahaipr.org*

INTRODUCCIÓN

Yo Te pido, oh Soberano de la Existencia y Rey de la Creación, que con el elíxir de Su Revelación y Sabiduría transmute en oro el bronce de la existencia. Revela entonces, a los hombres, por medio de un Libro comprensivo, aquello que los enriquecerá con Tus Riquezas.

Bahá'u'lláh



'Abdu'l-Bahá, el Siervo de Bahá
El Centro de la Alianza de Bahá'u'lláh

¿Cuál es ese misterio que yace en lo profundo de la vida humana y que da a los acontecimientos y a las personas el poder de mutación, de transformación? Si jamás hubiésemos visto una semilla ni tuviésemos conocimientos de su vida latente, ¡cuán difícil sería creer que bastan la tierra fría, el calor del sol, las lluvias y el celo del jardinero, para causar su milagrosa transformación en la belleza floreciente y delicada fragancia de la rosa!

¿Y quién puede comprender la razón por la cual la lectura casual de un libro, la presencia de un amigo o el encuentro con un extraño, con frecuencia cambian una determinada forma de proceder, afectan profundamente nuestra actitud hacia la vida, y muchas veces tan íntimamente toca las raíces de nuestro ser y las fuentes de acción que jamás la vida vuelve a ser la misma?

Es como si un super-Luther Burbank[1], por ese medio al parecer casual, hubiera injertado en nuestro ser un brote del Árbol del Conocimiento y la Rosa del Paraíso en la maraña del pensamiento humano.

La filosofía de los eruditos no ofrece una explicación adecuada para este misterio de las materias. Sólo sabemos que es una experiencia común de todos. La esencia poética es el intento de describir esta catálisis; el esfuerzo infructuoso de explicarlo yace en los fundamentos de toda filosofía, mientras que el experimentarlo es la causa básica de la transformación de la vida y del carácter humano. La historia lo atestigua y todos los santos lo justifican.

Al ofrecer al lector el relato imperfecto de una experiencia de esta naturaleza, mi única excusa es su sentido total, su universalidad, su grandeza. Tiene un carácter sin igual no porque sea rara, puesto que todo contacto del hombre con sus congéneres la demuestra, sino por su calidad suprema. Podría compararse a la diferencia que existe entre tocar un pedazo de tierra fría o una batería galvánica; o la que hay entre toparse con un criminal envilecido o conocer a un Abraham Lincoln.

Para los que conocieron a 'Abdu'l-Bahá durante el verano de 1912, cuando permaneció ocho meses en este país, las comparaciones que he hecho parecerán sumamente inapropiadas. Mientras que para muchos ese encuentro no significó más que un contacto con la personificación de la dignidad, belleza, sabiduría y desprendimiento que por lo menos les llevó a niveles más elevados del

---

[1] ***Eminente botánico norteamericano.***

pensamiento y de la vida, para centenares de personas fue la puerta que conducía a mundos no soñados; a una vida nueva, ilimitada y eterna.

Comprendemos lo difícil que es intentar representar al lector, cuando ha transcurrido un cuarto de siglo, el ambiente creado por ese encuentro para aquellos que tuvieron ojos para ver, oídos para oír y mentes para comprender, aunque fuera levemente, el mundo nuevo y divino que se extendía antes sus pies. En realidad, es imposible representarlo con exactitud. A los que han sido educados bajo la tradición cristiana podrá preguntárseles qué hubieran sentido de haberles sido posible estar entre las personas que escucharon el Sermón del Monte o si uno de ellos, al igual que Juan, hubiera podido reclinarse sobre el pecho del Maestro. Aunque no osaría sugerir analogías, mi propia experiencia, al tener la oportunidad de alternar íntimamente con 'Abdu'l-Bahá, fue tan abrumadora, tan plena de sensaciones sugiriendo la entrada a un nuevo mundo supraterrenal, que no puedo pensar en una comparación más adecuada.

En este relato no pretendo deslucir mi propia reacción ante esta gran experiencia, presentándola tan siquiera con el más leve tinte de una explicación materialista o seudocientífica. Mi tarea es la de dar un informe tan fidedigno como sea posible de cuanto vi, escuché y experimenté, durante esas reuniones y conversaciones. Si en algunas ocasiones mis palabras dan la impresión de tener un tono de fantasía, me conformo pensado en los calificativos que posiblemente recibieron los pescadores Pedro, Santiago y Juan, cuando trataron de escribir a sus compañeros el efecto que la presencia del Maestro tuvo sobre ellos. ¡Qué epítetos le habrán aplicado a María Magdalena sus otrora amantes y compañeros!

Para mí, un hombre de edad madura, Pastor Unitario, que desde joven estudiaba las religiones y filosofías, esta experiencia fue perturbadora y algo catastrófica. ¿Por qué este hombre, con Su sola presencia, lograba trastornar todas mis ideas y conceptos de valores? ¿Era acaso que Él parecía irradiar de Su mismo ser una atmósfera de amor y compresión que yo jamás había imaginado? ¿Era Su voz sonora que modelada hasta convertirse en música, cautivaba el corazón? ¿Era la majestad, aunada a la humildad, de cada uno de Sus gestos, de cada palabra, ya que era Su más sobresaliente característica? ¿Cómo responder a tales preguntas? Los que vieron y escucharon a 'Abdu'l-Bahá durante esos meses memorables compartirán conmigo la sensación de cuán inadecuadas son las palabras para expresar lo inexpresable.

En la primavera de 1912, cuando lo conocí, 'Abdu'l-Bahá tenía sesenta y ocho años de edad. De éstos, doce años pasó en exilio junto con Su Padre celestial y material, Bahá'u'lláh, en Baghdad, Constantinopla y Adrianópolis. Después estuvo exactamente cuarenta años en la fortaleza-prisión de 'Akká, en Turquía, a quince

kilómetros de Monte Carmelo, en las costas de Palestina.[1] Debido a su firme fe en Bahá'u'lláh como la Manifestación de Dios, 'Abdu'l-Bahá y cerca de setenta personas más sacrificaron todo cuanto tenían, prefiriendo la cárcel y la libertad interior junto a Él, que la libertad exterior y la esclavitud espiritual sin Él. Con el derrocamiento del tiránico reinado de Abdu'l Hamid por el Partido de los jóvenes turcos en 1908, este exilio y encarcelamiento prolongados llegaron a su fin y aquella Voz y Presencia se vio libre para probar al mundo lo que Él había tan plenamente demostrado que: "La única prisión es la prisión del yo".

Me pregunté a mí mismo, ¿a qué maravillosa vida interior del espíritu podía atribuirse el hecho de que este hombre, perteneciente a una antigua familia de la nobleza persa, acostumbrado a toda clase de lujos hasta llegar a los ocho años de edad, y posteriormente confinado al exilio, a la prisión y a las torturas durante medio siglo, pudiera emerger al mundo moderno de Paris, Londres y Nueva York, y dominar toda experiencia con un sereno control de las circunstancias, exponiendo lo superficial con claridad, y mostrando un jubiloso amor hacia toda la humanidad, a la cual, jamás condenaba pero con que el perdón causaba un sentimiento de vergüenza?

Las páginas que siguen se ofrecen al lector con la esperanza de que en cierto grado, puedan dar una respuesta a esta Pregunta.

[1] ***Ahora Israel***

CAPÍTULO PRIMERO

RETROSPECTIVA.
BANCARROTA ESPIRITUAL
EL AMANECER DE UNA ESPERANZA
EL DORADO SILENCIO

¡Oh amigo! El corazón anida misterios divinos. No lo conviertas en refugio de pensamientos mundanos y no malgastes tu preciosa vida dedicándola a este mundo transitorio. Tú perteneces al mundo de santidad; no unas tu corazón a la tierra. Tú eres uno de los moradores de la Corte de Proximidad; no elijas un hogar terrenal.

Bahá'u'lláh
Los Siete Valles



Mirando hacia atrás, puedo decir que mi vida se divide en dos partes bien definidas. Los años transcurridos antes de conocer a 'Abdu'l-Bahá me parecen ahora como podría suponerse que un niño de diez años se representara su vida fetal, si es que fuera capaz de tan aguda visión. Esta comparación también es adecuada desde otro punto de vista porque así como un niño de diez años aún tiene por delante experiencias enormes e inimaginables alturas y profundidades, esplendor y sombras, también yo, a los veinticinco años de vida espiritual, doy una mirada retrospectiva a los cuarenta y seis años de gestación reconociendo que fuera necesario para nacer pero, por lo demás, sabiendo poco o nada de las causas triviales que podrían conducir a tales resultados. ¡Cuánto más imposible es, entonces, determinar el futuro del alma que ha nacido dos veces durante inimaginables periodos de vida en todos los mundo de Dios. Si la madera en que la savia terrestre fluye aprisa aún es capaz de dar semejante llama, ¡cuán grande será la conflagración cuando, liberada de las leyes del mundo de la naturaleza, arda la llama encendida por el Árbol de Sinaí! El nacimiento material es, en verdad, un gran acontecimiento, pero poco significa en comparación con el segundo nacimiento.

El otoño e invierno de 1911-12 constituyeron para mí un período de gran congoja. La vida, en cuanto a sus valores más profundos, parecía haberme abandonado sobre la orilla de su torrentosa corriente. En apariencia todo marchaba bien, pero aquella voz interior que afirma: “en realidad todo va bien”, guardaba silencio. No conozco mayor desilusión ni depresión más tremenda que las que sufre un alma sincera que busca a Dios sin encontrarlo.

Durante muchos años me sentí incapaz de aceptar el significado convencional de palabras tales como Dios, Fe, Cielo, Infierno, Oración, Cristo, Vida Eterna, y otras de llamado sentido religioso. Desde muy joven luché contra los duendes de la superstición que aparentaban credos religiosos y los deseché pero ninguna convicción de elevación espiritual habían podido sustituirla. Es posible que por un período de diez años mis ideas fueran francas y decididamente agnósticas pero, no obstante, esos años fueron magníficos porque eran portales a la libertad. Pero, ¡ay! Aquella libertad había fallado en traer paz. Empecé a sospechar que libertad sin un Guía y Maestro, caía en la anarquía. Es verdad que aún tenía la enseñanza y la vida de Jesús, el nazareno, y que no había dejado de amarlas, pero en la práctica era yo un fracaso. Bastaba una mirada casual a la vida que me rodeaba y a la civilización que los hombres llamaba “cristiana” para convencerme de que, en lo que concernía a un paralelismo entre palabras y acciones, había muy pocos, si algunos, cristianos en el mundo y ciertamente no había ninguna expresión de vida

social, económica y nacional que merecía tal nombre. Además de esta realidad objetiva, imposible de evadir o negar, confrontaba yo la dificultad aún mayor de una vida de confusos pensamientos creados por años de lectura y estudio científicos, filosóficos y teológicos. En todo este torbellino de especulaciones humanas, mi frágil embarcación a duras penas lograba mantenerse a flote y eran pocas las esperanzas del esforzado navegante encontrar el refugio deseado, siguiendo cualquiera de ellas.

Cierto día encontré en la biblioteca del párroco de una aldea, en la que pasábamos las vacaciones de verano, una de las obras de William Ellery Channing. Su sermón con motivo de la ordenación de Jaree Sparks, pronunciado en Baltimore en 1844, abrió para mí un nuevo horizonte. ¡Tal vez era posible ser libre y tener al mismo tiempo, un guía elegido libremente! Así empezó un periodo de más o menos quince años de, por así llamarlo, estudios, ideas y prédicas liberales, que, en conjunto, no puede decirse que fueron años estériles puesto que se trabajó con sinceridad y sin duda se aprendieron lecciones necesarias. Sin embargo, según las normas internas cultivadas desde la niñez de manera subconsciente, esos años fueron improductivos.

¿Acaso éste iba a ser el fruto de sueños místicos, del anhelo por Dios, del deseo apasionado de contribuir con algo para aliviar el dolor de la humanidad a mi alrededor? Predicar una vez a la semana; seguir viendo regularmente a los enfermos y a las ancianas solteronas en cumplimiento de mis deberes parroquiales, para quienes mis visitas no significaban otra cosa que una obligación; construir iglesias para asistir unas cuantas personas; no olvidar jamás la colecta, por cuya omisión mi tesorero siempre me increpaba, y ocupar a las horas sobrantes leyendo textos de filosofía moderna para darla a conocer a mi confiada congregación con comentarios apropiados, - ¿contenía esta vida rutinaria los gérmenes de esa “Verdad por la cual el hombre debía morir”? ¿Era culpa mía el no haber logrado entender lo esencial y era yo un necio por no poder ajustarme a esa definición del éxito que encontraba su meta en una feligresía pudiente, en el comentario en voz baja “Ese fue magnífico sermón”, en el sueldo que aumentaba año tras año?

Basta decir que me sentía sumamente desgraciado. Había ensayado el método ortodoxo; había tratado de navegar sin brújula sobre el mar de “lo ignoro”; había probado la “Fe Liberal” y me encontraba muy cerca de la bancarrota espiritual. Haciendo un balance en los libros de la Vida, advertí que estaba yo en deuda con Dios y con el Hombre. Aun no empezaba a darme cuenta que el ser desleal con uno y con el otro significaba a estar en deuda con ambos y que, cuando la libertad del pensamiento se interpreta como libertad para ir tras los juegos fatuos de la filosofía humana, la pobreza espiritual es inevitable.

Fue en octubre de 1911 cuando llegaron los primeros efectos de las influencias que iban a cambiar el curso de mi vida. En una librería, a la que entré por casualidad, tomé un ejemplar de la revista “Everybody’s Magazine” que contenía un articulo bastante completo sobre 'Abdu'l-Bahá y Su próximo viaje a Norteamérica. Nunca olvidaré la emoción que me produjo esa historia un tanto común, quiero decir común, en comparación con la realidad que de esa historia me revelarán los meses venideros. Volví a escuchar la voz interior que desde mi temprana juventud me había estado repitiendo: “Venid a lo Alto”. Leí y releí la historia. He aquí un hombre que había realmente encontrado una verdad, por la que no sólo estaba dispuesto a morir sino que había pasado una muerte en vida durante un período de cerca de sesenta años de tortura, exilio y prisión, y que había visto a millares de Sus seguidores enfrentar el martirio con gusto y alegría. Y sobre todo - ¡Oh feliz maravilla! – he aquí un hombre que ¡Nunca hizo una colecta!, le ponían el dinero donde correspondía, bajo Sus pies.

Leí una y otra vez esa gloriosa y trágica historia y la guardé en mi voluminoso álbum de recortes, que constaba de veinticinco tomos. Posiblemente tenía yo el vago propósito de que algún día esa historia sirviera de base para un sermón. Con frecuencia dedicamos a tales usos humanos los reflejos del Cielo que Dios nos concede. Lo que está o estaría bien si esas visiones celestiales encontraran expresión en nuestras vidas, así como a través de nuestros labios.

Quizás fuese un síntoma de mi inquietud espiritual y sentido de frustración lo que me impulsó a organizar algunos meses antes, en la Ciudad de Jersey, la llamada Iglesia de la Fraternidad. No tenía relación alguna con mi trabajo sectario regular, y los que servían en ella no recibían sueldos. En realidad, el nombre indicaba cuál era su objetivo: se trataba de un grupo de hermanos espirituales que aspiraban a expresar sus más elevados ideales para ayudar a solucionar sus más elevados ideales para ayudar a solucionar los conflictos humanos. Nuestros reuniones se llevaban a efecto, los domingos en la tarde, en una amplia Sala Masónica, ya que en mi iglesia suburbana sólo se tenían servicios en la mañana. Cuán lejos está uno de imaginar los buenos resultados que pueden derivar hasta del esfuerzo más pequeño realizado con un sincero deseo de servir. No exagero al decir que si esta Iglesia de Hermandad (cómo 'Abdu'l-Bahá la llamó posteriormente) no hubiera sido inaugurada y continuado existiendo por algunos meses, quizás el Sol de la Realidad tardaría mucho o tal vez nunca en aparecer para mí en este planeta.

En efecto, uno de los miembros de la Junta Directiva era un hombre a quien yo había llegado a respetar y a querer profundamente.

Su salud no era buena y con frecuencia sufría de fuertes dolores de cabeza que indicaban una afección patológica, causa de su muerte meses más tarde. Era de carácter humilde y amable. Nadie era demasiado modesto o pobre para que él le negara su afectuosa comprensión; ni aun en los que conocía casualmente titubeaba en buscar y con arte curativo los recónditos manantiales de dolor y aflicción que todos ocultan. Tenía un tacto sutil y una fe sin límites en la grandeza humana. Poseía poco o nada de dinero para dar, pero contaba con algo mucho más valioso: la llave del amor universal que abre todo corazón.

Este amigo, Clarence Moore, fue a verme un domingo y al entregarme unas notas dijo: "No me siento lo suficientemente bien como para quedarme; me he cansado con un trabajo que he estado haciendo y sobre el cual deseo pedirle ayuda". Yo le pregunté en qué forma podía ayudarlo.

"Bien", respondió, "usted sabe que tengo cierto interés en un movimiento mundial que parece tener gran significado espiritual y social. Algunos amigos míos han encontrado en él muchos valores y una fuente de inspiración, pero creo que son cosas demasiado elevadas para que yo las analice y comprenda. Se me ha ocurrido que la experiencia y los conocimientos que usted tiene en tales materias podrán ayudarme a tener una idea más cabal. Esta tarde asistí a una de las reuniones de este grupo en Nueva York e hice algunas anotaciones con el propósito de mostrárselas, para que me diera usted su opinión".[1]

Yo tenía dudas. No existía conexión en mi mente entre esta petición y el artículo que había leído poco tiempo atrás, y no pude dejar de titubear. Jamás me habían atraído los cultos orientales ni sus filosofías, como tampoco el sinnúmero de causas raras y supuestas idealistas. Pero, naturalmente, le di las gracias y esa noche en el tren, de regreso a mi casa, estudié cuidadosamente sus anotaciones. Las encontré interesantes, algo conmovedoras, pero eso fue todo excepto que esperaba discutirlas en mayor detalle con mi amigo.

A los pocos días recibía una invitación para asistir a una "Reunión Bahá'í" en Nueva York, en la que iba a hablar una dama procedente de Londres, Inglaterra. Inmediatamente relacioné esta invitación con mi amigo y sus anotaciones. Era evidente que había dado mi nombre a alguien y éste era el resultado. Me sentía perturbado. No deseaba ser atraído a movimiento o causa alguna que pudiera distraer mi atención del trabajo al cual estaba dedicado. Estuve ante el recuerdo de Clarence, de su espíritu de servir en forma desinteresada, de su amistad y afecto. No pude rechazar su petición de que hiciera yo un análisis.

---

[1] ***Supe, mucho tiempo después, que ésta era una forma modesta y discreta de llamar mi atención. Él amaba las enseñanzas y las aplicaba en su vida diaria.***

Y así fue como asistí a la reunión, no obstante que pensaba que sería una tarde perdida y que regresaría a casa a media noche, lo que no dejaba de ser un gran sacrificio para mí ya que entonces mi salud no era buena. ¡Cuán leve es la oportunidad de la que a menudo dependen eventos de vital importancia! ¡Supongamos que yo me hubiera negado de ir! Supongamos, además, que Clarence hubiera permitido que su debilidad física, su necesidad de descansar aquel domingo en la tarde, pesaran más que su deseo de servir. Si ese día lo material hubiera imperado en su mente sobre lo espiritual es probable que yo no estuviera escribiendo estas palabras veinticinco años después. En verdad, el cielo no se regala y con sólo pedirlo no se encuentra a Dios, a no ser que la súplica lleve todo lo que uno tiene.

No recuerdo bien lo que sucedió en la reunión – mi primera reunión bahá'í. Se leyeron hermosas oraciones y el que usaran un libro me hizo sentir cierto pesar. La amiga procedente de Londres dio una plática, pero no guardo en la memoria sus palabras. No hubo himnos ni ornamentos religiosos a los cuales estaba yo acostumbrado, pero existía un ambiente que atraía mi corazón. Cuando terminó la reunión, le pregunté a la conferencista si podía recomendarme a alguien para que fuera a la Ciudad de Jersey, y les relatara la historia a mi gente. Me presentó al coordinador de la reunión, el señor Mountfort Mills, quien al cabo de una o dos semanas dio una charla en la Iglesia de la Fraternidad. Recuerdo que el tema fue La Primavera Divina. Una de las personas que estaba sentada delante de mi – porque yo me senté entre el público durante la charla – parecía estar fascinada. Se volvió hacia mi cuando nos levantamos para retirarnos y me dijo en voz baja: "¡Ese es, en verdad, un hombre!" Sus observaciones siguientes indicaron lo que quería decir: era un sentimiento de reverencia para con el conferencista y el tema. Finalmente agregó, "Si sólo pudiéramos estar seguros de que todo es verdad".

Ahí empezó un período de cerca de tres meses, que ahora recuerdo como el más extraordinario de mi vida. Parecía oír constantemente la Voz divina que llamaba desde lo Alto. No era que yo estuviera convencido de la verdad pregonada por doquier porque, en realidad, no entendía ni la mitad de lo que la mayoría de estas gentes decía. A veces me resistía y trataba de no pensar más en ello. Pero era en vano. Mi corazón se hallaba en un torbellino y sin embargo se sentía fuertemente atraído. El conferencista que dio la charla en la Iglesia de la Fraternidad me dedicó mucho tiempo, aunque no comprendía yo el motivo. En su casa conocí a varios amigos bahá'ís y ahí fue donde me dieron el primer ejemplar del libro Los Siete Valles, de Bahá'u'lláh. Lo leí esa noche en el camino de regreso a casa y me conmovió sobremanera. No entendía una sola de cada diez palabras pero me pareció que se abrían numerosas puertas ante mí. Era como el leit motif de una música celestial, cuyo tema no podía adivinar. Ciertos pasajes llegaron a mi

corazón como himnos de coros angelicales. Ni siquiera Las Palabras Ocultas de Bahá'u'lláh, que me fue obsequiado días antes, logró conmover como este libro lo más recóndito de mi ser.

Empecé a asistir, casi semanalmente, a reuniones en Nueva York. Conocí a mayor número de “amigos”, como los oí llamarse. En realidad manifestaban una clase de amistad que era nueva para mí. Compré todos los libros que pude encontrar y leí en forma constante. Casi no podía pensar en otra cosa y se reflejaba en mis sermones porque la gente comentaba sobre ellos. Yo siempre había escrito mis sermones y me enorgullecía del estilo y raciocino. Y de repente me encontré subiendo el púlpito con sólo la oración y la meditación. ¡Qué nuevos significados empezó a adquirir la palabra oración! Siempre oré en cierta forma pero como la religión se había convertido en “profesión”, la oración pública – oración de púlpito – desplazó en gran medida, a las devociones personales. Comencé a comprender vagamente el significado de la comunión. Pero no me sentía feliz sino que, por extraño que parezca, más desdichado que nunca. Era como si las mismas raíces de mi ser se hubieran desgarrado. Pensé que tal vez 'Abdu'l-Bahá, cuando llegara, lograría calmar mi espíritu inquieto. Evidentemente ninguno de los que exponían Su Causa podía hacerlo. Yo lo había intentado con todos ellos.

Cierto día, caminaba yo con Mountfort cerca de su casa en la Avenida West End. Corría el mes de febrero y soplaban vientos helados de invierno. Caminábamos aprisa y nuestro tema de conversación era el siempre tópico, la próxima visita de 'Abdu'l-Bahá; Su aspecto físico; el efecto que causaba en las almas al conocerlo; historias de encuentros con Él en 'Akká y Paris. Impulsivamente manifesté:

“Cuando 'Abdu'l-Bahá llegue, me gustaría mucho charlar con Él a solas, pero sin intérprete”.

Mountfort sonrió con simpatía pero respondió:

“Creo que no podría privarse del intérprete, porque 'Abdu'l-Bahá apenas habla el inglés y me imagino que usted domina menos aún el idioma persa”.

No me dejé disuadir y le dije: “Si en algo se parece su discernimiento espiritual a lo que he oído de Él podría haber un mayor acercamiento entre nosotros y quizás tendría yo una mejor oportunidad para comprender aunque no hubieran palabras de por medio. Estoy cansado de las palabras”, concluí vagamente.

Esta conversación tuvo lugar más o menos seis semanas o tal vez dos meses antes de la llegada de 'Abdu'l-Bahá. No volvimos a tocar el tema y Mountfort, como me lo aseguró después, no mencionó a nadie mi deseo.

Por fin llegó el día esperado. No estaba yo entre los que fueron a recibir a 'Abdu'l-Bahá pero traté de verlo, aunque fuera a distancia, en una reunión organizada especialmente para Él en casa de unos amigos bahá'ís. Y eso fue todo lo que logré: verlo a distancia. El número de amigos y de curiosos era tan grande que hasta se dificultaba entrar a la casa. Recuerdo únicamente que el silencio era impresionante, por demás insólito en reuniones de tal naturaleza. En esa multitud tan apretujada, tomar té era poco menos que imposible. De cualquier manera se intentó hacerlo. Casi no hubo palabras; sólo una que otra en voz baja de reverencia o amor. Me esforcé por llegar a un punto donde por lo menos pudiera verlo. Fue imposible. Por fin conseguí avanzar unos pasos y, atisbando sobre un hombre, vi por primera vez a 'Abdu'l-Bahá. Estaba sentado. Un fez de color crema lo cubría la cabeza y Su cabello canola llegaba cerca de los hombres. Pude distinguir que Su túnica era casi blanca, de tipo oriental. Pero éstos eran detalles a los que di poca atención. Lo que impresionaba, y que nunca he olvidado, era un indefinible aspecto de majestad combinada con una exquisita cortesía. En ese instante aceptaba una taza de té que le ofrecía la dueña de la casa. De Su ser emanaba una gentileza y ternura que yo jamás había visto antes. No me sentí perturbado emocionalmente. Recuérdese que en esa época no tenía yo ninguna convicción, y podría decir que poco o nada de interés en lo que después comprendí era Su “Rango”. Yo era el espectador de una escena cuyo significado ignoraba. Sí, ¡lo ignoraba a pesar de haber leído y orado! Mi mente y mi corazón se sentían atraídos pero en el interior de mi ser me hallaba encarcelado. ¡Con razón me sentía desdichado! Sin embargo, dentro de mi alma existía una inquietud, un anhelo que no podía calmar ni disipar. ¿Qué poseían estas personas a mi alrededor que daba tal brillo a sus miradas, tal alegría a sus corazones? ¿Qué significado tenía para ellas la palabra “maravilloso”, para que sus labios la repitieran con tanta frecuencia? Yo no lo sabia, pero deseaba saberlo como creo no haber deseado nunca nada antes.

La medida de mi deseo y determinación por descubrirlo puede comprenderse por el hecho de que a la siguiente mañana, la primera hora me encontrara en el Hotel Ansonia, en el cual los amigos habían hecho reservaciones para 'Abdu'l-Bahá – un hermoso departamento que Él sólo ocupó algunos días pues prefirió uno más sencillo y rechazó con gentil dignidad los insistentes ofrecimientos de los amigos, de pagar los gastos. Les dijo que eso no formaba parte de la sabiduría.

Llegué a hotel antes de las nueve de la mañana, lo que significaba haber salido muy temprano de casa puesto que vivía a cierta distancia de Nueva York. La gran sala de recepción ya estaba bastante llena. Era evidente que otros compartían mi deseo. Me pregunté si también ellos sentían igual vehemencia en el corazón.

Recuerdo, como si fuera ayer, la escena y mis impresiones. Yo no quería hablar con nadie y no lo hice. Me acerqué a la ventana que daba sobre Broadway, dando la espalda a todos. A mis pies se extendía la gran ciudad pero yo no la veía. ¿Qué era lo que pasaba? ¿Por qué estaba yo allí?

¿Qué esperaba de esta entrevista y cómo sabía que iba a realizarse? Yo no tenía cita. Era obvio que los demás habían acudido con la esperanza de ver a 'Abdu'l-Bahá y de hablar con Él. ¿Por qué habría de esperar yo atención alguna de tan importante personaje?

Me encontraba algo apartado de los demás cuando un murmullo llamó mi atención. Del otro lado de la habitación se abrió una puerta y empezó a salir un grupo de personas; 'Abdu'l-Bahá apareció despidiéndose de ellos. Todas las miradas se dirigieron a Él. Nuevamente me dio la impresión de una dignidad, cortesía y ternura singulares. La luz del sol matinal inundó la habitación, posándose sobre Su túnica. Su fez estaba ligeramente inclinado hacia un lado; alzó la mano con gesto claramente peculiar y lo enderezó. Sus ojos se encontraron con los míos mientras yo lo miraba fascinado. Me sonrió y con un ademán que sólo la palabra “noble” puede describir, me indicó que me acercara. Sentí algo más que sorpresa. Había sucedido una cosa increíble. ¿Por qué habría de hacerme a mí un ademán amistoso, a mí que era un extraño, un desconocido, de quien jamás había oído hablar? Miré a mi alrededor. ¡Seguramente ese ademán, la sonrisa de esos ojos, eran para otra persona! Pero no había nadie cerca; volví a mirarlo y Él repitió el ademán. Me sentí envuelto por un amor tan compresivo que inclusive a esa distancia y con el corazón aun esquivo, me embargó un emoción cual si la brisa de una aurora divina hubiera tocado mi frente.

Lentamente obedecí Su mandato imperativo y a medida que me acercaba a Él, hizo una señal para que se apartaran los demás tendiéndome la mano como si siempre me hubiera conocido. Cuando nuestras manos se estrecharon, pidió a los que estaban allí presentes que se retiraran, me condujo a la otra habitación y cerró la puerta. Recuerdo la expresión de sorpresa del intérprete al darse cuenta que él también debía retirarse. Pero en tal momento yo no pensaba en nada más que en ese extraordinario acontecimiento. Estaba completamente a solas con 'Abdu'l-Bahá, así el deseo que yo había manifestado algunas semanas atrás, se cumplió en el preciso momento en que nuestros ojos se encontraron por primera vez.

Sin soltar mi mano 'Abdu'l-Bahá caminó hasta la ventana, cerca de la cual había dos sillas. También entonces me sentí impresionado por la majestad de Sus pasos y era yo como un niño guiado por su padre – un Padre no terrenal – hacia una arrebatadora charla. Su mano todavía sostenía la mía y con frecuencia la apretaba con firmeza. Fue entonces cuando por primera vez me habló, y en mi propio

idioma: con suavidad dijo que yo era Su muy amado hijo. No podría expresar qué había en esas palabras tan sencillas que llegaron a mi corazón. ¿Fue acaso el tono de Su voz y el ambiente que flotaba en la habitación, pleno de vibraciones espirituales, superiores a todo lo que yo había conocido lo que me conmovió casi hasta las lágrimas? Sólo sé que experimenté una sensación de verdad. Por fin estaba ante mi Padre. ¿Qué relación paterna terrenal podía ser semejante? Me dominó una emoción nueva, sublime. Sentí un nudo en la garganta y mis ojos se llenaron de lágrimas. Si la vida hubiera dependido de una palabra, yo no habría podido pronunciarla. Como un niño pequeño, seguí los pasos del Maestro.

Nos sentamos, frente a frente, en las sillas que yacían junto a la ventana. Me dio una mirada profunda, la primera desde que me acerqué a Él obedeciendo Su ademán. Ahora nada intervenía entre nosotros y Él me miraba. ¡Él me miraba! Parecía como si nunca antes alguien realmente me hubiera visto. Me embargó un sentimiento de alegría por estar al fin en mi hogar, a solas con quien me conocía plenamente: con mi Padre.

Y mientras me miraba Su rostro reflejaba tal riqueza de pensamientos que, si hubiera hablado durante una hora entera, quizás las palabras no pudieran expresar tanto. Denotaba cierta sorpresa, tan grande benevolencia y comprensión, tan inmenso amor… que era como si abriera Su alma para recibirme. Mi corazón se rindió y las lágrimas empezaron a fluir. No lloraba yo, en el sentido común de la palabra, ya que el rostro permanecía impasible, parecía que un torrente largamente reprimido por fin se desbordaba. Sin darme yo cuenta, mis lágrimas fluyeron.

Sus dedos pulgares se posaron bajo mis ojos y secó las lágrimas de mi rostro. Suavemente me dijo que no llorara, que uno siempre debía estar contento. Y rió con risa sonora, juvenil, como si escuchara el cuento más gracioso: un cuento divino que sólo Él entendía.

Yo no podía hablar. Ambos permanecimos silenciosos por un instante que pareció eterno y poco a poco me invadió una profunda paz. 'Abdu'l-Bahá puso entonces Su mano sobre mi pecho, diciendo que es el corazón el que habla. Otra vez imperó el silencio, un prolongado y subyugador silencio. No se pronunció otra palabra y yo estuve siempre callado. Pero sabía que no era necesario decirle nada y di gracias a Dios que así fuera.

De repente, se levantó de Su silla riéndose como si sintiera una dicha celestial. Volviéndose a mí me hizo parar levantándome por los codos y me atrajo hacia Él con un fuerte abrazo. ¡Tal apretón! ¡No un simple abrazo! Crujieron mis costillas. Me besó en ambas mejillas, puso un brazo alrededor de mis hombros y me condujo hasta la puerta.

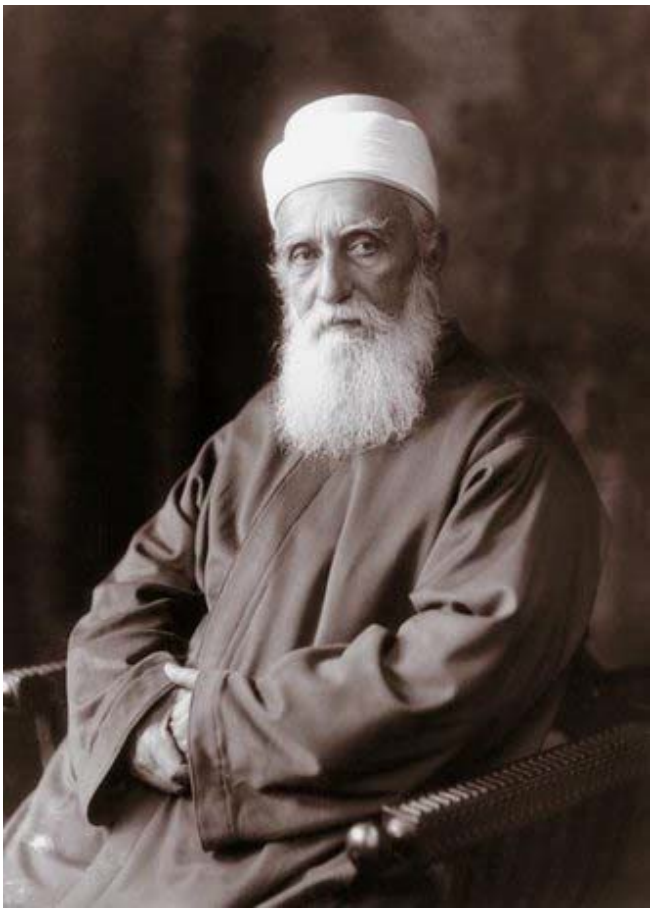
Eso fue todo, pero desde entonces la vida no ha sido la misma.

CAPÍTULO SEGUNDO

LA MIRADA QUE SALVO AL MUNDO. UNA SINCERIDAD DIVINA. EL MÉTODO MAGISTRAL DE ENSEÑAR.

El Intérprete autorizado y Ejemplo de las Enseñanzas de Bahá'u'lláh, fue Su hijo mayor, 'Abdu'l-Bahá (el Siervo de Bahá), Quien fue designado por Su Padre como el Centro hacia el cual todos los bahá'ís deberían volverse en busca de instrucción y orientación.

Shoghi Effendi



'Abdu'l-Bahá

Centro de la Alianza de Bahá'u'lláh

El determinar, o siquiera imaginar, las posibilidades del alma humana, está más allá de la comprensión humana. “Yo soy el misterio del hombre y él es Mi misterio”. Y 'Abdu'l-Bahá dice que ningún hombre puede conocerse a sí mismo porque es imposible que uno se examine desde afuera. Debido a esto y a que el hombre por lo común tiende a subestimar sus propias capacidades, más que a elevarlas, se requiere cierto heroísmo para alcanzar metas elevadas. Esto es verdad cuando el objetivo es material pero, aunque generalmente no nos percatemos de ello, lo es más aún cuando la meta es de carácter espiritual. Aceptar el aforismo de que nada es demasiado bueno para ser cierto, ni nada es tan valioso para no alcanzarlo, se requiere voluntad para combatir las normas establecidas por los hombres, quienes por regla general miden sus ambiciones con normas completamente diferentes.

Como ya he dicho, después de conocer a 'Abdu'l-Bahá, la vida adquirió un aspecto muy diferente. Pero en ese entonces no pude determinar en qué consistía la diferencia, y ahora, al cabo de veinticinco años, sigo sin determinar en forma cabal, excepto que de entre la niebla circundante surgió una meta digna de un esfuerzo y sacrificio supremos. Tenuemente empecé a ver, pero con suficiente claridad para abrigar esperanzas de que, aun cuando no podía conocerme a mí mismo, tenía la certeza de que existían valores, más allá de lo alguna vez soñado, ante mí, y a mi alcance. Era todo lo que sabía, pero bastaba. Recuerdo que me repetía una y otra vez: “Por fin se vislumbra lo que mi alma desea”. Miraba yo a 'Abdu'l-Bahá con una mezcla de esperanza y desesperación. Existía perturbación en el mundo y en mi ser, y aquí estaba la paz. Él se movía en un mundo propio pero extendía Su mano a todo el que luchaba y tenía anhelos. Me daba la impresión de que Él estaba en el corazón de un torbellino, en un lugar de quietud infinita, o en el hipotético centro perfectamente inmóvil de un volante que giraba vertiginosamente. Yo contemplaba esta calma, esta quietud, esta inmensurable serenidad de 'Abdu'l-Bahá, y sentía un inquieto anhelo similar a la desesperación. No era extraño de que no fuera yo feliz. ¿No estaba yo acaso en el exterior de aquel rugiente tornado? Y alcanzar ese Centro de quietud significaba atravesar la tormenta pero saber que existía un Centro y más aún, ver a alguien sentado tranquilamente allí, era conocer y vislumbrar algo nunca antes alcanzado. He aquí otra paradoja divina: en medio de la desdicha de mis esperanzas inciertas yacía la primera indicación de una Realidad divina, que nunca antes había conocido. Recordé otra impresionante frase de Los Siete Valles y me dije a mi mismo: “Aunque busque durante cien mil años la Belleza del Amigo, jamás desesperaré porque con toda seguridad Él me llevará por Su Sendero”.

Poco después de esa primera gran experiencia con 'Abdu'l-Bahá hablé nuevamente con Él. La ocasión se presentó en la hermosa casa de los Kinney, una de las familias de los amigos, quienes parecían sentir que todo lo que poseían era demasiado poco para expresar su adoración. Al entrar en su casa, entraba uno a una atmósfera de realidad; el estruendo de la ciudad, la elegancia y el lujo de Riverside Drive, la pobreza y riqueza de nuestra moderna civilización, parecían fundirse en la nada. Esas almas angelicales, que así demostraban, más allá de las palabras, su devoción, tuvieron una influencia directa sobre mis titubeantes pasos de lo cual ni sospecharon. Mi corazón a través de todos los mundos, rebosará de gratitud hacia ellos.

Me había convertido en asiduo concurrente de este hogar. No podía mantenerme alejado. Cierto día, 'Abdu'l-Bahá, el intérprete y yo nos encontrábamos en uno de los recibidores más pequeño de la planta baja. 'Abdu'l-Bahá había estado hablando sobre una doctrina cristiana y Su interpretación sobre las palabras de Cristo era tan diferente de la comúnmente aceptada, que no pude reprimir una expresión de protesta. Recuerdo que dije con algo de vehemencia:

“¿Cómo es posible estar tan seguro? pregunté. Después de todos estos siglos de malas interpretaciones y rivalidades, nadie puede afirmar con certeza lo que Jesús quiso manifestar.”

'Abdu'l-Bahá insinuó que era perfectamente posible.

En vez de sentirme impresionado ante Su serenidad y el tono de autoridad con que hablaba, el torbellino espiritual en que me hallaba y mi desconocimiento de Su rango me impulsaron a exclamar con impaciencia: “No puedo creer en eso”.

Nunca olvidaré la mirada de dignidad ultrajada que me dio el intérprete. Fue como si me dijera: “¿Quién es usted para contradecirle, o siquiera dudar de 'Abdu'l-Bahá?”

Pero 'Abdu'l-Bahá no me miró en esa forma y le agradezco a Dios el que no lo haya hecho. Me miró por un largo rato antes de hablar. Sus ojos serenos y hermosos escudriñaron mi alma con tanto amor y comprensión, que toda mi agitación momentánea desapareció. Sonrió con el encanto de la sonrisa que un novio tiene para con su amada y Su espíritu parecía envolverme mientras decía, en tono suave, que yo ensayara mi método y que Él seguiría el Suyo.

Fue como si una mano refrescante se hubiera posado sobre una frente febril; como si una copa de néctar hubiera sido ofrecida a unos labios sedientos; como si una llave abriera los cerrojos de mi endurecido y enmohecido corazón. Mi brotaron las lágrimas y murmuré con voz temblorosa “Perdóneme”.

Desde ese día muchas veces he meditado sobre el posible efecto trágico de una expresión del rostro. Hasta he llegado a pensar que me gustaría escribir un libro acera de La Mirada que Salvó al Mundo, tomando como tema la forma en que Jesús debió haber mirado a Pedro después de que éste lo negó tres veces. ¿Qué pudo haber significado esa mirada para el atemorizado, vacilante e iracundo Pedro? Seguramente que no fue la mirada de autosuficiencia y dignidad del intérprete de 'Abdu'l-Bahá, sino más bien debió tener la misma expresión de amor, perdón y comprensión con que 'Abdu'l-Bahá dio serenidad y confianza a mi corazón.

Es probable que los destinos del cristianismo hayan dependido de aquella mirada que Jesús dio a Pedro en Su camino hacia la cruz. De no haber revelado amor y perdón, Pedro no se hubiera retirado a “llorar amargamente” y quizá tampoco muriera como mártir de la Causa de Aquél a quien negó en ese instante de colérico temor. Sería osado afirmar que el destino del mundo dependió de ese momento en que los ojos de Pedro y de su Maestro se encontraron, y él leyó en ellos, no lo que su alma merecía, sino lo que la bondad de Dios le confería como una gracia de Su parte.

De una cosa estoy seguro: de esa mirada de 'Abdu'l-Bahá, de ese instante en que escudriñó mi destino por todas las épocas de la vida eterna. Y no sólo mi propio destino, de poca importancia comparada con la esperanza del mundo, sino también el de incontables millones de personas, vinculado al mío a través de las generaciones futuras.

Porque cualquier mente reflexiva, al mirar al pasado retrocediendo sesenta años de vida, se sorprendería, si no es que se horrorizaría, si pensara en el efecto de un solo gesto espontáneo, de una palabra o de una expresión facial. Al igual que un guijarro lanzado en quieta laguna, las ondas causadas por ese pequeño acto se propagan hasta el infinito; y al difundirse entran en contacto con las ondas de millares de actos, expresiones, gestos y pensamientos diferentes, que se afectan entre sí, hasta que uno llega a tener conciencia de la inmensa responsabilidad que cada individuo asume con el sólo hecho de desempeñar el papel que le corresponde, de vivir su vida en un pequeño espacio y tiempo. Se ve a él mismo, como a un rey que, con el aire de respira, afecta, tarde o temprano, para bien o para mal, los más íntimos pensamientos de toda alma en el mundo. Bahá'u'lláh ha dicho que aquél que en este día vivifique un alma, es como si vivificara a todas las almas del mundo. ¿No es éste Su designio?

En las diversas oportunidades que tuve de ver a 'Abdu'l-Bahá, de escucharlo y hablar con Él, me sentí cada vez más profundamente impresionado con Su método de enseñar a las almas. Porque esto es lo que Él hacía. No intentaba llegar sólo a la

mente; buscaba el alma, de todo aquél que conocía. ¡Ah! Podía abordar un tema con lógica y hasta en forma científica, como constantemente lo demostraba en muchas de Sus charlas a las cuales asistí y en otras que he leído. Pero no era la lógica del escolástico ni la ciencia de las aulas. Su palabra más leve, Su más breve asociación con un alma, estaban investidas con tan iluminador esplendor que nuestros corazones se inflamaban. Jamás discutía ni insistía sobre un punto. Lo dejaba a uno en libertad. No pretendía arrogarse autoridad; por el contrario, era la personificación de la humildad. Enseñaba como "si ofreciera un regalo a un rey". En ningún momento me indicó lo que yo debía hacer; se limitaba a sugerir que lo que hacía era correcto. Tampoco me dijo en lo que debía yo creer. Presentaba la Verdad y el Amor en forma tan digna y hermosa que el corazón indudablemente mostraba reverencia. Con Su voz, Sus modales, Su paciencia, Su sonrisa, me indicó cómo debía ser sabiendo que de la tierra pura del ser, seguramente brotarían los frutos de las buenas acciones y palabras.

En Su palabra o gesto más insignificante había una extraña e imponente mezcla de humildad y majestad, que me hacía anhelar el comprender su fuente. ¿Qué lo hacía a Él tan distinto, tan inmensamente superior a cualquier otro hombre que yo había conocido?

Era de suponer que la perturbación espiritual en la cual mi vida se hallaba sumergida, afectaría profundamente los deberes de mi ministerio. Mis ideales empezaron a cambiar casi desde el momento en que conocí a 'Abdu'l-Bahá. Recuerdo que por esa época repentinamente cayó enferma la joven y muy amada esposa de uno de los miembros de mi congregación. Hacía pocas semanas que yo estaba bajo la influencia divina; no era bahá'í y no aceptaba a Bahá'u'lláh como la Manifestación de Dios. Sabía muy poco de lo que había oído hablar como el "rango" de 'Abdu'l-Bahá. Pero me sentía subyugado y atraído por la visión de una belleza espiritual, una esperanza espiritual que me atraía como con cuerdas de acero. Leía constantemente Las Palabras Ocultas, Los Siete Valles, El Libro de la Certeza, y las hermosas oraciones. Así cuando este amigo buscó en mí al sacerdote y con lágrimas en los ojos me pidió que orara por su esposa, diciéndome que el médico tenía pocas esperanzas de que sanara, que cada día se debilitaba más, que él sólo confiaba en la bondad de Dios. Instintivamente busqué el libro de oraciones bahá'ís y juntos repetimos nueve veces:

> ***Tu nombre es mi curación, oh mi Dios, y el recuerdo de Ti es mi remedio. La proximidad a Ti es mi esperanza, y el amor por Ti mi compañero. Tu misericordia hacia mí es mi curación y socorro, tanto en este mundo como en el venidero. Tú, en verdad, eres el Todogeneroso, el Omnisciente, el Sapientísimo.***

El esposo sabía poco o nada de la Causa bahá'í. Yo no había hecho ningún esfuerzo por explicarle las enseñanzas porque para mí todo era demasiado nuevo. En ese entonces me maravillé ante mi temeridad y de que él aceptara agradecido y sin titubeos las oraciones. Tal vez lo hiciera con reticencia, aunque su angustia era tal como para aferrarse a cualquier esperanza. En realidad lo ignoró, pero lo que sí sé es que desde eses instante su esposa empezó a mejorar y pronto recobró la salud.

Me refiero a esto sólo como ejemplo de las nuevas relaciones espirituales que entonces se iniciaron. Cuando Cristo dijo a Sus discípulos pescadores: "Seguidme y os haré pescadores de hombres", seguramente quiso expresar que "seguir" significaba una conciencia espiritual de la cual fluyen acciones de amor. Es como si hubiera dicho: "Sed como Yo y la gente os amará como a Mí Me ama, y podréis servir al hombre como Yo os he servido". Eso era lo que 'Abdu'l-Bahá me mostraba constantemente: la única forma en que podía yo enseñar al hombre el Camino de la Vida era hallándolo y hollándolo yo mismo. "Yo soy el Camino".

Cierta día le pregunté a 'Abdu'l-Bahá: "¿Por qué he de creer en Bahá'u'lláh?"

Me miró largamente, como si quisiera penetrar en mi alma. Durante ese silencio tuve tiempo para pensar por qué había hecho esa pregunta y vagamente empecé a comprender que sólo yo podía responder a ella. Después de todo ¿por qué debería yo creer en alguien o en algo, sino únicamente como un medio, un incentivo, una fuente para lograr una vida más plena, más profunda y perfecta? ¿Acaso el ayudante del artífice se pregunta a sí mismo por qué debe creer en el maestro? Su deseo es saber cómo convertir las materias primas en objetos hermosos y útiles, y debe creer en quien pueda enseñarle a hacerlo, considerando antes que nada en tener fe en su propia capacidad. Yo tenía el material de la vida. ¿Era Bahá'u'lláh, el Maestro Artífice? Si lo fuera, yo sabía que lo seguiría, aunque me costara lágrimas y sangre. ¿Pero cómo podía yo saberlo con certeza absoluta?

Me pregunté por qué 'Abdu'l-Bahá guardaba tan largo silencio. ¿Pero acaso era silencio? Esa quietud contenía más que palabras. Por fin habló. Dijo que el trabajo de un ministro cristiano es de suma importancia. "Al predicar u orar, o al enseñar a sus feligreses, su corazón debe estar rebosante de amor para con ellos y para con Dios. Y debe ser sincero, absolutamente sincero".

'Abdu'l-Bahá habló en persa, mientras que el intérprete traducía con claridad y belleza. Pero nadie podía interpretar esa Voz Divina. En verdad hablaba como nunca lo ha hecho hombre alguno. Se le escuchaba con arrobamiento y se comprendía lo que decía aun antes de que el intérprete abriera la boca. Era como si

el idioma inglés sólo rozara la superficie: la voz, los ojos, la sonrisa de 'Abdu'l-Bahá enseñaban al corazón a sondear lo profundo. Continuó diciendo:

> ***Nunca se puede ser lo suficientemente sincero sino hasta que el corazón se libera por completo de todo apego a las cosas de este mundo. No se debe predicar amor cuando el corazón no anida amor: ni pureza, teniendo pensamientos impuros; ni paz, cuando existen conflictos internos.***

Hizo una pausa y luego agregó, con cierto dejo de tristeza, que Él había conocido a sacerdotes que así procedían. Mi conciencia culpable asintió porque yo también lo había hecho.

Sólo muchos meses más tarde me di cuenta que 'Abdu'l-Bahá, había contestado mi pregunta. Era evidente mi inclinación a creer en Bahá'u'lláh como el Maestro Artífice de la Vida. Fue esta una gloriosa indicación de cómo se podía transformar la materia de la vida en cosas bellas y de valor. Por un instante toqué el Manto de Su Majestad, pero nada más por un instante. Las puertas se volvieron a cerrar con rapidez y yo me quedé fuera. Esos días y semanas en que alternaron la luz y la oscuridad, la esperanza y la desesperación, fueron terribles pero – parezca extraño – también gloriosos. Por lo menos, fueron reales. Por primera vez comprendí el valor, la imperiosa necesidad del sufrimiento espiritual. Los dolores del parto siempre preceden al nacimiento.

Recuerdo como si fuera ayer, otro ejemplo de la divina técnica de 'Abdu'l-Bahá. Aquel verano no estaba yo bien de salud y una recaída amenazaba el retorno de cierta afección que un año antes había requerido una operación mayor. Mi estado nervioso me hizo considerar la posibilidad de dejar el hábito de fumar, que había tenido durante toda mi vida adulta. Siempre me enorgullecí de poder abandonarlo en cualquier momento y en varias ocasiones dejé el cigarrillo por muchos meses. Pero esta vez descubrí con sorpresa y disgusto que mis nervios y mi voluntad estaban en condición tal que, después de dos o tres días, el deseo de fumar era intolerable.

Finalmente, decidí pedir consejo de 'Abdu'l-Bahá. Había leído Su hermosa Tablilla que comienza así: “¡Oh vosotros, amigos puros de Dios!”, en la cual exaltaba la limpieza personal y encarecía evitar cualquier cosa que tienda a la formación de hábitos egoístas. Me dije a mí mismo: “No hay duda de que Él me dirá cómo vencer esta costumbre”.

Fue así como, al verlo nuevamente, le hablé del asunto. Parecía un niño haciéndole una confesión a su madre y, al cabo de haber pronunciado algunas pocas palabras, mi voz se apagó en un embarazo silencio. Pero, en verdad, Él lo

entendió mejor que yo mismo y otra vez tuve la sensación de que me envolvía un amor comprensivo mientras me observaba. Después de un momento, me preguntó suavemente, cuánto fumaba y yo se lo dije.

Respondió que no creía que me haría daño; que en el Oriente los hombres fumaban constantemente, quedando saturados el cabello, las barbas y la ropa, y con frecuencia despedían un olor desagradable. Pero esto no sucedía conmigo y Él pensaba que, dada mi edad y habiendo tenido este hábito durante tantos años, no debía preocuparme por ello. En una sonrisa y suave mirada parecía haber un destello que me hizo recordar mi impresión anterior sobre Él, de que estaba gozando con una broma divina.

Me sentí algo anonadado. No me dio una disertación cerca de los daños que acarrea el hábito, ni se refirió a los males efectos que tiene sobre la salud; tampoco apeló a mi fuerza de voluntad para vencer el vicio, sino que más bien me hizo ver que uno es libre para decidir. No lo comprendí, pero experimenté un gran alivio porque sabía que era un sabio consejo. De inmediato desapareció mi conflicto interior y disfruté de los cigarrillos sin hacerme cargos de conciencia. Sin embargo, a los dos días de haber sostenido esa conversación descubrí que ya no tenía deseos de fumar y volví a abandonar el hábito por un período de siete años.

El amor es el Portal a la Libertad. Comencé a entender esta gran Verdad.

No sólo significa libertad para el que ama, sino también para aquél a quien se confiere este amor divino. En diversas ocasiones he mencionado la impresión que 'Abdu'l-Bahá siempre me daba, de amor que todo lo abarca. Cuan rara vez recibimos tal impresión de los que nos rodean, aun de los seres más queridos y cercanos a nosotros. Todo amor humano parece estar basado en el yo, y hasta en su más alta expresión queda limitado a una persona o sólo a unas pocas. El amor que irradiaba de 'Abdu'l-Bahá era diferente. Como los rayos del sol caían sobre todos por igual, y así también daba nueva vida y calor a todo el que tocaba.

En mi experiencia como ministro cristiano, estaba yo acostumbrado a hablar con frecuencia sobre el Amor de Dios. Durante toda mi vida, desde que a los quince años de edad tuve la maravillosa experiencia de la llamada “conversión” (en la que literalmente los cielos se habían abierto, una gran luz había brillado, una Voz del mundo invisible me había guiado a la renunciación y a la vida del espíritu), había hablado y escuchado muchos sobre el Amor de Dios. Ahora comprendía que nunca antes había tan siquiera entendido lo que esas palabras significaban.

Fue en ese entonces que por primera vez escuché la historia, ahora bien conocida, de las respuesta que 'Abdu'l-Bahá dio a alguien que le preguntó por qué

las personas que habían estado con Él tenían un rostro resplandeciente. Él respondió, con aquella inolvidable sonrisa sublime y ese sencillo movimiento de las manos que si así fuere, debía era porque en cada rostro veía el rostro de Su Padre Celestial.

Meditemos sobre esta respuesta. Busquemos el significado profundo de estas sencillas palabras porque he aquí que ellas nos pueden dar el sentido del "Amor de Dios" y la razón de Su poder transformador. Es fácil comprender por qué el rostro del que ama, brilla con resplandor celestial. No hay duda de que todo nuestro ser se transformaría cuando la Lámpara del Amor Cósmico se encendiera en el corazón. ¿Pero por qué también habría de tornarse radiante, bajo el influjo del amor, el rostro del que busca, del extraño, del pecador?

Encontramos la respuesta en otras palabras sabias y comprensivas de 'Abdu'l-Bahá:

> ***¿Deseáis amar a Dios? Amad a vuestros congéneres, porque en ellos podéis ver la imagen y semejanza de Dios".***

Pero para ver el Rostro de Dios tanto en la cara del santo como del pecador, es menester un ojo más penetrante que el del amor personal, limitado e individual. ¿No se requiere acaso, por lo menos hasta cierto grado, ese amor ilimitado que Cristo derramó sobre todos por igual para que pudiéramos ver el Rostro de nuestro Padre Celestial reflejado en los de nuestros congéneres? Esto debe ser lo que quiso expresar nuestro Señor cuando dijo:

> ***Un nuevo mandamiento os doy, que os améis los unos a los otros como Yo os he amado.***

Un nuevo mandamiento, en verdad, y el estado de nuestra civilización pseudo-cristiana demuestra hasta qué punto lo hemos ignorado.

Por esa época estuve presente en una entrevista por un sacerdote unitario, que estaba preparando un articulo sobre la Causa bahá'í para la North American Review. En tal ocasión volví a tener un ejemplo de ese amor cósmico, universal. El ministro era de avanzada edad. Ya ha abandonado este mundo y es de esperarse que ahora tenga un concepto más claro de la Realidad del Amor y de la Verdad, del que parecía haber descubierto aquí. Me parecía increíble, aun en ese entonces, que alguien pudiera permanecer tan indiferente ante la influencia emanada de 'Abdu'l-Bahá. El Maestro guardó silencio durante la entrevista, escuchando con atención las largas preguntas hipotéticas del reverendo doctor. Estas se referían enteramente a la historia de la Causa bahá'í; los primeros desacuerdos; su relación con el sacerdocio y las enseñanzas musulmanas. 'Abdu'l-Bahá respondía casi siempre con monosílabos. Nunca dejó de mostrar interés, pero parecía enfocarse más en la

persona que en sus preguntas. Estaba sentado en actitud descansada. Tenía las manos sobre Su regazo con las palmas hacia arriba, como le era característico. Miraba al interrogante con esa indescriptible expresión de comprensión y amor que jamás lo abandonaba. Su rostro estaba radiante con una luz interior.

El doctor no dejaba de hablar y yo me sentía cada vez más impaciente y avergonzado de él. ¿Por qué no veía 'Abdu'l-Bahá lo superficial de las preguntas? ¿Acaso no percibía que el único propósito era el de obtener material para una crítica adversa, por cuya publicación seguramente recibiría una buena paga? ¿Por qué no interrumpía la entrevista, dándola por terminada? Pero si los demás del grupo estaban impacientes, 'Abdu'l-Bahá no lo estaba. Por el contrario, dejó que el sacerdote se expresara con libertad. Si en algún momento éste hacía una pausa, 'Abdu'l-Bahá respondía brevemente a una pregunta y esperaba con cortesía a que continuara.

Por fin el reverendo dejó de hablar. Hubo un corto silencio y luego esa voz suave y resonante llenó la habitación. El intérprete tradujo frase por frase. 'Abdu'l-Bahá se refirió a “Su Santidad Cristo”; a Su gran amor hacia la humanidad, que no disminuyó ni al ser crucificado; al elevado rango de la iglesia cristiana, “a la cual tú, hijo mío, has sido llamado”; a la necesidad de que los hombres consagrados a dicho ministerio “se distinguieran con las características de Dios” para atraer a su grey a la vida divina, ya que nadie puede resistir la expresión en nuestras vidas de los atributos de Dios porque es una llave que abre todos los corazones. También habló de la llegada del Reino de Dios a la tierra, por el que Cristo pidió que oráramos y el cual, de acuerdo con Su promesa, Bahá'u'lláh, el Padre, había venido a establecer en este mundo.

Al cabo de cinco minutos Su interlocutor se había vuelto humilde y, por lo menos por un instante, era un discípulo a Sus pies. Al igual que todos los presentes, parecía que lo habían transportado a otro mundo. Su rostro brilló levemente como si hubiera recibido iluminación interna. Entonces, 'Abdu'l-Bahá se levantó. Todos nos levantamos con Él físicamente, tal como nos habíamos levantado con Él espiritualmente. Abrazó cariñosamente al doctor y lo condujo hasta la puerta, en cuyo umbral se detuvo. Había visto un gran ramo de rosas “American Beauty” que uno de los amigos le llevó esa mañana. Eran dos o quizá tres docenas de rosas, eran tantas y de tallos tan largos que habían sido colocadas en un paragüero de greda. Todos habíamos notado su belleza y fragancia.

En cuanto vio las rosas 'Abdu'l-Bahá soltó una sonora risa, Su juvenil carcajada resonó en las habitaciones. Se agachó, y recogió todo el ramo en Sus brazos y lo colocó en los de Su visitante. Nunca se borrará de mi mente la imagen de esa cabeza redonda, canosa, portando lentes, que sobresalía por encima de aquel

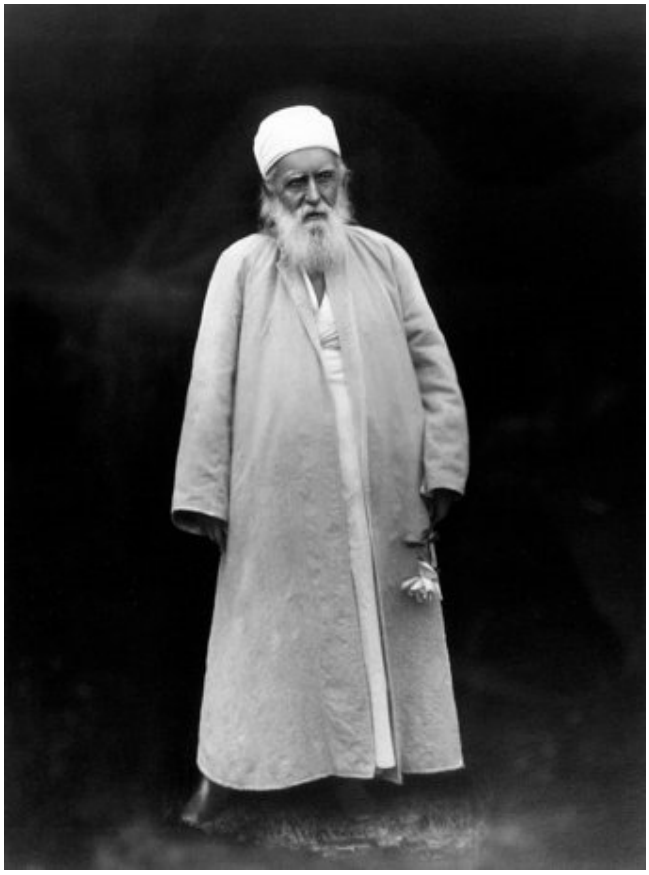
inmenso ramo de flores. Su rostro estaba transformado, radiantetenia una expresi6n de sorpresa y humildad. jAh! j'Abdu'l-Baha sabia ensefiar el Amor de Dios!

CAPÍTULO TERCERO

LA RIQUEZA, LA LIBERTAD Y EL PODER VERDADEROS. LA MESA DE 'ABDU'L-BAHÁ ACONTECIMIENTOS MUY IMPORTANTES. "¿LE INTERESA A USTED LA RENUNCIACIÓN?"

¡Oh Dios! Ilumina los ojos y corazones de Tus siervos con la luz de Tu sabiduría para que puedan conocer el Rango más elevado y el Glorioso Horizonte; para que voces falsas no les impidan contemplar el esplendor de la luz de Tu Unidad ni volverse hacia el horizonte de la Renunciación.

Bahá'u'lláh



La casa a la que ya me he referido, donde 'Abdu'l-Bahá pasó la mayor parte del tiempo durante su estadía en Nueva York, fue el punto de reunión de los amigos; en todo momento, ya fuera de día o de noche se les podía ver apiñados como abejas alrededor del jardín celestial. En un hermoso día de primavera llegué allí, atraído por la misma fuerza.

Por fútil que sea, no es posible evitar el intento de analizar la causa de esa atracción. ¿Podría la mariposa, determinar por qué revolotea alrededor de la vela, aunque se le quemen las alas? ¿O podríamos decir por qué la tierra fría de primavera responde con belleza y abundancia a la bondad del Sol? Pero es el hombre quien posee una inteligencia que a la abeja y a la tierra les han sido negadas. El minero sabe por qué se afana buscando oro o piedras preciosas. El buzo sabe por qué desafía las profundidades en busca de la perla. Tienen en sus mentes la visión de las cosas buenas de la vida representadas por los tesoros que tratan de encontrar. La imaginación del explorador solitario se agita con el sueño de la inmensa fortuna que su picota puede descubrir en cualquier instante. La riqueza del mar, de las minas y de los mercados significa para los hombres poder, descanso, libertad; cosas que ellos ardientemente desean. Sin embargo, este Hombre personificaba tal poder, paz y libertad, cual ninguna riqueza material jamás da a su poseedor. No tenía pertenencias que revelaran caudales materiales. Toda Su vida había transcurrido en la prisión y el exilio. Aun llevaba sobre Su cuerpo las huellas de la crueldad humana; pero no había señales de que no fuese siempre libre, con una libertad que ninguna riqueza terrenal puede conferir. Y nunca parecía tener prisa. En medio del precipitado tumulto de Nueva York, caminaba con igual tranquilidad como si se tratara de una elevada meseta alejada de toda agitación y bullicio. Sin embargo, no permanecía indiferente. Mostraba un vivo interés en lo que sucedía y en las personas, sobre todo en estas últimas. Siempre usaba el término “almas” y estaba a disposición de quien lo necesitara. Desde las cinco de la madrugada y con frecuencia hasta después de la media noche, atendía a las gentes. No obstante, jamás revelaba señales de tensión o de prisa. Se le había oído decir: “Nada es demasiado molesto cuando se ama, y siempre hay tiempo”.

¿Acaso es extraño que nos sintiéramos atraídos? Mas para mí, la atracción no era suficiente. Como el explorador con sueños de riquezas, buscaba yo la fuente fabulosa. Un sorbo de ese vino celestial había bastado para que en mi corazón naciera un deseo apasionado de encontrar el Cáliz Sagrado.

Llegué a casa de la cual he hablado, después del mediodía. Había calculado el tiempo con anticipación para que no coincidiera con la hora de la comida, porque, aun conociendo la hospitalidad de estas personas y que siempre exista

un lugar en su mesa, sabía yo de cuántos miembros consistía la familia y el gran número de personas probablemente no invitadas, pero siempre bienvenidas. Había muchas abejas. Pero no había contado yo con lo irregular de las horas de comer de 'Abdu'l-Bahá y es así como, a las tres y media o cuatro de la tarde al subir silenciosamente por las escaleras, escuché el ruido inconfundible de un grupo grande en el comedor. Lo menos que yo deseaba era presentarme en forma inesperada en tal reunión, de manera que me retiré con cautela, dirigiendo mis pasos hacia una pequeña habitación, procurando estar tan distante del comedor como fuera posible. Estoy seguro que nadie me vio. Sin embargo, apenas había recogido una revista y me disponía a esperar pacientemente hasta que terminara la comida, cuando la desafiante y sonora voz de 'Abdu'l-Bahá resonó como una campana a través de las habitaciones. Me llamó por mi nombre: “Señor Ives, Señor Ives, venga, venga”. Cuando Él llamaba era imposible vacilar, pero al levantarme y caminar hacia el largo comedor en forma de T, contiguo a la sala, me sentí asombrado de que se hubiera percatado tan segura y rápidamente de mi presencia. No hubo oportunidad para que se lo dijeran ya que nadie me había abierto la puerta ni visto subir las escaleras. Pero he aquí que yo era una visita esperada, si bien no había sido invitado. Incluso había un lugar para mí en la mesa; por lo menos no recuerdo que pusieran los cubiertos en ese preciso instante. 'Abdu'l-Bahá me abrazó y me hizo sentar a Su derecha.

Es difícil describir en forma adecuada una experiencia tal ante esa Presencia, sin volverse lírico. Había más o menos treinta personas sentadas a la mesa y todas demostraban tanto regocijo, que parecía haber una extraña vibración en la pieza. 'Abdu'l-Bahá me sirvió con Sus propias manos con gran generosidad, urgiéndome que comiera y que me sintiera feliz. El no comió; caminaba como un rey alrededor de la mesa, hablando, sonriendo, atendiendo a la gente. Contó historias del Oriente, levantando las manos en esa forma armoniosa y rítmica tan característica e indescriptible. Yo no tenía hambre, por lo menos no de lo que contenía mi plato, pero 'Abdu'l-Bahá se mostró insistente, repitiendo que debía comer, que la comida era buena. Y Su risa parecía dar a las palabras un significado divino. Recordé una frase que había leído en las Escrituras: “La copa simbólica ofrecida por la Mano del Siervo Divino”. ¿Qué clase de alimentos eran los servidos en la mesa de 'Abdu'l-Bahá? Claro que debía yo comer y así lo hice.

Pocos días después ocurrió uno de los incidentes que más me emociona recordar. Desde que por primera vez leí una frase en la Oración para la Inspiración: “No me impidas volverme hacia el Horizonte de la Renunciación” deseaba saber cuál era su significado. ¿Qué nexo había entre la renunciación y

la inspiración? ¿Por qué había yo de orar por el don de la renunciación? ¿Implicaba renunciar el mundo? Ese era un concepto ascético que olía a pontificado y a celda de monje. ¿Qué tenía que ver este mundo moderno con la renunciación? Sin embargo a través de las edades, llegaba una Voz: “Si algún hombre ama a su padre o madre, a su esposa o hijo, más que a Mí, no es digno de Mí”. Mi mente se rebelaba pero mi corazón respondía, y di gracias a Dios por ello. Decidí que debía indagar más sobre este punto.

Así pues, un helado día de primavera en que soplaba un fuerte viento del Este, hice un viaje especial con el objeto de preguntarle a 'Abdu'l-Bahá qué significaba la renunciación. La casa de la Calle Noventa y Seis estaba casi desierta. Parecía que 'Abdu'l-Bahá estaba pasando unos días en compañía de amigos que residían en la Calle Setenta y Ocho. Hacia allá me dirigí y lo encontré a punto de regresar a la casa que yo acababa de abandonar. Pero mi propósito de interrogarlo no admitía que interviniera dificultad alguna. Busqué a uno de los amigos persas y, mostrándole aquella frase en el pequeño libro que llevaba a mi bolsillo le dije si él podía pedirle a 'Abdu'l-Bahá que me hablara brevemente sobre el tema; para que no hubiera lugar a errores le leí la frase: “No me impidas volverme hacia el Horizonte de la Renunciación.”

Recuerdo que formábamos una pequeña procesión de alrededor de doce personas, en su mayoría amigos persas; pero entre otros estaba Lúa Getsinger. El viento del este penetraba y me abotoné el abrigo con cierto escalofrió; 'Abdu'l-Bahá caminaba a grandes pasos con Su túnica flotando en el viento. Íbamos al frente del pequeño grupo. Me miró con cierto aire burlón y me dijo que yo parecía tener frio, lo que me hizo sentir algo molesto. ¿Por qué no iba a tener yo frio? ¿Era de esperarse acaso que uno venciera hasta el clima? Pero esa observación tenía un significado. Su más breve palabra era para mí un mandato; parecía decime “¡Supérate!”

Mientras cambiábamos a cierta distancia de los demás, habló extensamente sobre el tema de los Horizontes; de cómo el Sol de la Realidad, al igual que el astro Sol, surgió en diferentes puntos; el Sol de Moisés en uno, el Sol de Jesús en otro, el Sol de Muhammad y el Sol de Bahá'u'lláh aun en otros puntos. Pero aunque los lugares variaran grandemente, el Sol es el mismo. Dijo que siempre hay que buscar la luz del Sol; que no debemos mantener la vista tan fija en el último punto en que surgió como para que esto nos impida admirar su gloria cuando nace en la nueva Primavera Espiritual. 'Abdu'l-Bahá se detuvo una o dos veces y con Su bastón dibujó en la acerca un horizonte imaginario, indicando los puntos de salida del Sol. Para el transeúnte casual, eso debió ser un extraño espectáculo.

Me sentí profundamente decepcionado. Lo había oído hablar acerca de este tema y había leído sobre el mismo en Respuestas a Algunas Preguntas. Yo quería saber de la renunciación, no de los horizontes. También me sentí deprimido porque pensé que Él conocía mi anhelo de obtener más claridad en este respecto y que debió responder a mi deseo aunque no hubiera sido expuesto en forma explícito; pero yo fui explícito. Al acercarnos a nuestro punto de destino, 'Abdu'l-Bahá guardó silencio. Mi decepción se había transformado en alegría. ¿Acaso no bastaba estar a Su lado? Después de todo, ¿Qué podía decirme sobre la renunciación, que no lo sintiera ya en mi corazón? Quizás la forma de aprender era mediante la acción, y yo podía empezar renunciando al anhelo de que me hablara sobre el tema. En verdad, aunque el silencio exterior se hacía más intenso, mi corazón se encendía al escuchar Sus palabras mientras caminábamos.

Llegamos, finalmente, a la escalinata que conducía a la puerta principal. 'Abdu'l-Bahá se detuvo descansando, con un pie, sobre el primer peldaño mientras que el pequeño grupo entró en la casa. 'Abdu'l-Bahá hizo un movimiento como para seguirlos pero, en vez de hacerlo, se volvió hacia mí y mirándome, desde la pequeña altura de la escalinata, con esa expresión sutil de los ojos y la voz que jamás lo abandonaba y que a mí siempre me parecía tan impenetrable y tan fascinante, me dijo que siempre recordara que este era un día de grandes acontecimientos, muy grandes acontecimientos.

Quedé sobrecogido. No supe qué contestar. No tenía la más mínima idea de lo que implicaban Sus palabras, Su voz resonante, Su aguda mirada. Volvió a hacer un movimiento como si fuera a subir por la escalinata pero otra vez se detuvo, y me miró con el rostro ahora iluminado. Yo había levantado un pie con la intención de seguirlo, pero cuando se volvió hacia mí también me detuve y permanecí estático entre el reposo y el movimiento.

Repitió en forma tan importante, tan grave, que jamás debía yo olvidar que este era un día de grandes acontecimientos.

¿Qué quería decir? ¿Qué hondo significado guardaban esas sencillas palaras? ¿Por qué me hablaba en ese modo? ¿Tenía alguna relación con esa idea, aun fascinante, sobre la renunciación?

Nuevamente 'Abdu'l-Bahá se volvió para ascender la escalinata y yo intenté seguirlo, pero por tercera vez se detuvo y proyectando en mí toda la luz de Su espíritu repitió, pero esta vez con voz que parecía trueno, con ojos centellantes y haciendo énfasis con el mano, que recordara yo Sus palabras: que este era un Día de grande acontecimientos – DE GRANDES ACONTECIMIENTOS. Estas

tres últimas palabras sonaron como el toque de un clarín y encontraron eco en la larga y desierta calle de la ciudad. Me sentí anonadando. Parecía empequeñecerme, casi esfumarme en el lugar en que me encontraba, a la par que esa figura, esa voz dominante y dulce, me rodeaban y hacían desaparecer, al menos por un instante, el mezquino mundo y a mi mezquino ser. ¿Qué y quién era yo para que se me llamara a realizar grandes cosas, cosas verdaderamente grandes? Ni siquiera sabía que cosas eran importantes en este mundo de valores equivocados.

Después de un instante que pareció eterno, en que Su mirada sondeó mi alma, 'Abdu'l-Bahá sonrió. El gran momento había pasado y volvía a ser el amable, cortés y humilde anfitrión, el Padre a quien yo creía conocer. Tocó Su fez dejándolo en una posición que yo consideraba divertida y una sonrisa picaresca se dibujó en Sus labios mientras subía rápidamente por las escaleras y pasaba al interior de la puerta abierta. Yo iba detrás de Él. Recuerdo las miradas de asombro, impregnadas de cierta envidia, fijas en mí, cuando yo seguía a 'Abdu'l-Bahá. La antesala superior estaba vacía, Él apresuradamente la cruzó y subiendo a otro piso llegó a Su habitación, una gran pieza anterior ubicada en el tercer piso. Yo no me detuve y con frecuencia me ha maravillado ante mi osadía. A no ser por mi ignorancia y los sentimientos que me embargaban, nunca me hubiera atrevido a seguirlo. Dicen que los necios se precipitan por donde los ángeles temen andar. Quizás esa es la forma en que los necios vencen su insensatez.

Llegamos a la puerta de la habitación de 'Abdu'l-Bahá. No me había invitado y ni una sola vez se volvió a mirar si lo seguía. Me detuve con gran ansiedad en el umbral cuando Él entró al cuarto. ¿Estaría molesto? ¿Había yo traspasado los límites del respeto debido a 'Abdu'l-Bahá? ¿Carecía yo de humildad? No, mi corazón estaba lleno de humildad – y seguramente Él lo sabía. Abrió la puerta y volviéndose hacia mí hizo un ademán invitándome a entrar.

Un vez más me encontré a solas con 'Abdu'l-Bahá. Allí estaba la cama en que Él dormía, la silla en que se sentaba. La luz del atardecer iluminaba levemente el suelo, pero yo nada veía. Únicamente tenía conciencia de Su presencia y que me hallaba a solas con Él. La quietud reinaba en la habitación, no llegaba sonido alguno desde la calle ni de los cuartos interiores. El silencio se hizo más profundo al mirarme 'Abdu'l-Bahá con esa expresión de amor, de comprensión, que siempre derretía mi corazón. Una sensación de paz y felicidad infinitas inundó mi ser. Parecía que una llama pequeña se había encendido en mi pecho. Fue entonces cuando 'Abdu'l-Bahá habló: sólo me preguntó si tenía yo interés en la renunciación.

Era lo que yo menos esperaba. Había olvidado por completo la pregunta que una hora antes absorbiera mis pensamientos. ¿O tal vez en esa hora en que la palabra “renunciación” no fue mencionada, todo lo que yo deseaba o necesitaba saber me había sido revelado? No supe cómo contestarle. ¿Tenía yo interés? No podía afirmarlo ni negarlo. Permanecí silencioso ante Él mientras todo Su Ser parecía envolverme. Me rodeó con Su brazo y me llevó hasta la puerta. Cuando lo dejé, mi alma sentía lo sublime. Como si hubiera sido admitido, aunque sólo por un instante, en las filas de los mártires. Y en realidad era una compañía maravillosa. Durante todos los largos años de renunciación que siguieron siempre tuve en mi memoria, cual desafío reconfortante e inspirador, el recuerdo de esa caminata junto a 'Abdu'l-Bahá, de mi desilusión al creer que Él no había comprendido; de Sus palabras: ***“Este es un Día de Grandes Acontecimientos”***; de que lo siguiera yo por las escalinatas sin siquiera saber si Él deseaba que lo hiciera; y de la pregunta formulada con ese amor sublime: “¿Se interesa usted en la renunciación?” Sí, me interesaba y hasta ahora mi interés jamás ha disminuido. Pero nunca imaginé que la renunciación pudiera ser tan gloriosa.

CAPÍTULO CUARTO

EL ATRACTIVO DE LA PERFECCIÓN. LOS NIÑOS DE LA MISIÓN BOWERY. UNA ROSA NEGRA Y UN DULCE NEGRO.

Y finalmente surge, si bien en un plano propio y en una categoría completamente diferente de la ocupada por las dos Figuras que le precedieron (El Báb y Bahá'u'lláh), la vibrante, la magnifica personalidad de 'Abdu'l-Bahá, reflejando a tal grado que ningún hombre, por elevado que sea su rango, puede pretender igualar, la gloria y el poder con que sólo están dotados Aquéllos que son Manifestaciones de Dios.

Shoghi Effendi



'Abdu'l-Bahá con Paulina Morse en Sus brazos

En una de las charlas dadas por 'Abdu'l-Bahá ante un grupo relativamente reducido de los amigos más íntimos, me senté a Su lado en un pequeño sofá. Durante la mayor parte del tiempo en que habló y respondió a preguntas, sostuvo mi mano o apoyó la Suya con suavidad sobre mi rodilla. A través de ese contacto maravilloso, fluyó de Su ser al mío una constante corriente de poder. El recuerdo de esa experiencia ha hecho brotar en mi mente, a lo largo de los años y en momentos de mayor percepción, pensamientos difíciles de expresar. “Las palabras no pueden entrar en este Corte”[1]. Cuando 'Abdu'l-Bahá dice que “hay un Poder en esta Causa que trasciende en mucho el conocimiento de los hombres y los ángeles”, ¿no quiere expresar acaso, en términos aplicables a nuestra experiencia diaria, que el Mundo de la Realidad es un Mundo de tal Poder cuyo igual este mundo jamás ha conocido? Cuando la humanidad aprenda a convertirse en canal de ese Poder – como Él siempre lo fue y lo es – en vez de utilizarlo en beneficio propio, entonces “este mundo llegará a ser un paraíso”. Verdaderamente sentí cómo ese Poder transcendental fluía de Él hacia mí, y Mountfort Mills una vez me dijo que experimentó lo mismo cuando se sentó junto a 'Abdu'l-Bahá durante un viaje en automóvil, y que era como si estuviera recibiendo la carga de una batería divina.

Me refiero a lo anterior únicamente porque es otro ejemplo del afecto que siempre me produjo la presencia de 'Abdu'l-Bahá. No podía estar cerca de Él sin que oleajes de una emoción casi irresistible me embargaran. Algunas veces, pero no siempre, dicha emoción se hacía evidente. En cierta ocasión le hablé sobre esto a 'Abdu'l-Bahá, disculpándome por mi “debilidad infantil”. Él me respondió que esas lágrimas eran perlas de corazón.

No es raro que la contemplación de un hermoso cuadro, de una gloriosa puesta del sol, o de un huerto de toda su lozanía, produzca una profunda emoción. El genio musical de Beethoven, Bach, Mendelssohn, causa la misma sensación. Para el ojo o el oído experto en distinguir armonías sutiles de color, composición y tono, la belleza transcendental hace vibrar las cuerdas más íntimas del ser. ¡Cuánto más cierto es esto cuando la vista, el oído y el corazón tienen ante sí a la perfección humana!

En 'Abdu'l-Bahá encontré lo que había anhelado toda mi vida: perfección en los hechos y en las palabras – una belleza que ningún pincel podría describir; una armonía que en mi interior sonaba como gran sinfonía; un sereno poder como el que se insinúa en el Moisés de Miguel Ángel, o en el Pensador de Rodin. En

---

[1] ***Los Siete Valles, de Bahá'u'lláh***

'Abdu'l-Bahá no sólo fue una insinuación lo que contemplé, sino la perfección de todo lo anhelado por un corazón hambriento. He sabido de casos en el Oriente de creyentes que al estar ante Su presencia por primera vez las embargaban tales e irresistibles corrientes de emoción que parecían deshacerse en lágrimas. No me parece extraño. En 'Abdu'l-Bahá vi, sentí y oí una sencillez convertida en poder; una humildad que se posaba en Su frente como majestuosa corona; una pureza inmaculada y, sobre todo, la Verdad personificada – el Espíritu mismo de Verdad encerrado en un templo humano. El sólo hecho de estar a Su lado plenamente satisfacía a mi alma.

Quizás también se justificaran mis emociones con la desesperación latente en lo profundo de mi ser; yo nunca me conformaría con sólo contemplar tal perfección. Constantemente escuchaba una voz interior: “No descanses hasta que te hayas investido con los atributos de Dios”. En cada palabra de 'Abdu'l-Bahá parecía escuchar las palabras de Jesucristo: “Debes ser perfecto, tan perfecto como tu Padre que está en los cielos”. Estas siempre habían sido sólo palabras para mí, pero ahora vagamente empezaba a desear que realmente significaran lo que decían y esta esperanza se confirmó la primera vez que leí la maravillosa Tablilla de Bahá'u'lláh para el Papa.

> ***Si creéis en Mi, sentiréis lo que os ha sido prometido y haré de vosotros los amigos de Mi Alma en el dominio de Mi Grandeza, y los compañeros de Mi Perfección por toda la eternidad en el Reino de Mi Poder.***

Bajo la influencia de tales pensamientos le pregunté un día a 'Abdu'l-Bahá cómo podría yo, sumergido en la masa de la débil, y mezquina humanidad, abrigar la esperanza de alcanzar una meta tan elevada y grandiosa. Respondió que debe lograrse poco a poco, paso a paso. Y yo pensé para mí mismo que tenía toda la eternidad para llegar a Dios; que lo importante era empezar.

En el atardecer de un domingo de abril me hallaba yo nuevamente en la casa donde había disfrutado de tantas horas maravillosas. Era casi un hábito que al finalizar los servicios en mi iglesia y acabando de comer me fuera a Nueva York, a pasar el resto del día y la tarde en dicha casa. A veces tenía la oportunidad de conversar con 'Abdu'l-Bahá, pero por lo general debía conformarme con verlo o escucharlo mientras Él hablaba a un pequeño grupo. Sin embargo, esa tarde estaba destinada a ser memorable. Me encontraba yo solo, mirando hacia la calle por una de las ventanas, cuando vi que un grupo de muchachos subían corriendo por las escaleras. Eran veinte o treinta en total y no podía decirse que representaban a la clase culta. En realidad el grupo estaba constituido por rapazuelos bulliciosos y mal vestidos, pero pulcros y limpios como si se tratara de una fiesta para ellos.

Subieron los peldaños con pisadas fuertes y hablando ruidosamente, y pude oír que se les invitaba a entrar.

Me volví hacia la señora Kinney, que estaba parada cerca de mí y le pregunté, "¿Qué significa esto?" Ella respondió, "Oh, ésta es una gran sorpresa, les pedí que vinieran hoy pero no imaginé que lo hicieran".

Al parecer, unos días antes 'Abdu'l-Bahá había ido a la Misión Bowery para dar una charla a la gente más pobre de Nueva York. Como de costumbre, numerosos amigos persas y norteamericanos lo acompañaron, y fue un raro espectáculo el ver caminar por ese barrio al grupo de orientales con sus ondeantes túnicas y extraños gorros. Como es natural, algunos muchachos empezaron a seguirlos y a echar habladas, al grado que los más osados se atrevieron a insultarlos y a lanzarles palos. Al relatar lo que había sucedido, la señor Kinney agregó: "No pude soportar que trataran a 'Abdu'l-Bahá en esa forma y me separé de los demás para hablarles a esas gentes. En pocas palabras les expliqué que 'Abdu'l-Bahá era un Hombre Santo que había pasado muchos años en exilio y en prisión por Su amor a la Verdad y a la humanidad; que ahora iba a la Misión Bowery con el objeto de dar una charla a los pobres. Él que parecía jefe del grupo preguntó si también podía ir ellos a lo que la señora Kinney contestó que no lo creía posible pero trataría de que vieran a 'Abdu'l-Bahá el domingo siguiente en su casa y diciendo esto les dio la dirección. ¡Y habían venido! Los seguimos hasta la habitación de 'Abdu'l-Bahá y alcancé a ver cuando entraban en ella los últimos seis muchachos.

'Abdu'l-Bahá estaba de pie en la puerta y saludó a cada uno en el momento de entrar, a veces con un apretón de manos, otras con un abrazo, pero siempre alegre y sonriendo como si Él también fuera un muchacho. Por su parte, ellos no demostraron sentirse incómodos en un ambiente que era el propio. Entre los últimos que entraron a la habitación había un negrito de más o menos trece años de edad. Su piel era bastante oscura y como no iba otro de su raza, parecía temer no ser bien recibido. Cuando 'Abdu'l-Bahá lo vio, Su rostro se iluminó con una sonrisa celestial. Levantó Su mano como si diera la bienvenida a un príncipe y exclamó en voz alta para que todos oyeran: "¡He aquí una rosa negra!"

Se hizo el silencio en la habitación y la cara del negrito reflejó una felicidad y ternura indescriptibles. Los otros muchachos lo miraron con una expresión nueva. Yo creo que se le habría llamado negro… en muchas formas, pero que nunca antes le dijeron que era una rosa negra.

Este incidente dio a la reunión un significado especial. El ambiente parecía estar impregnado de vibraciones sutiles que todos sentíamos. Los muchachos, sin perder su naturalidad y sencillez, se mostraron más serios y atentos con 'Abdu'l-Bahá, y

observé que insistentemente de reojo miraban a su compañero negro con ojos pensativos. A los pocos amigos que se hallaban en la habitación, la escena les hizo vislumbrar un nuevo mundo en el cual todo ser sería reconocido y tratado como hijo de Dios. Me puse a pensar en lo que sucedería en Nueva York si estos muchachos guardaran un recuerdo tan vívido de esa experiencia que en el curso de sus vidas, cuando quiera que encontraran a representantes de las diversas razas que existen en esa gran ciudad, los consideraran y trataran como a “flores de diferentes colores en el Jardín de Dios”. El que tan sólo ese prejuicio desapareciera de las mentes y los corazones de estos cuantos muchachos significaría, sin lugar a dudas, felicidad y liberación de todo rencor para miles de personas. ¡Qué sencillo y fácil es ser bondadoso, y cuán difícil es aprender a serlo!

'Abdu'l-Bahá mandó a comprar dulces para Sus visitantes: una gran caja de finos chocolates surtidos. 'Abdu'l-Bahá caminó con la caja destapada alrededor del círculo formado por los muchachos, y con una palabra y una sonrisa para todos, iba poniendo en las manos de cada uno de ellos un gran puñado de chocolates. Regresó a la mesa ante la que había estado sentado, colocó sobre ella la caja ya casi vacía y sacó un nuégado negro. Lo miró por un instante y luego pasó la vista en el grupo de muchachos que lo observaban con atención y a la expectativa. Sin pronunciar palabra se dirigió a donde estaba sentado el negrito y aun en silencio, pero dando una mirada picaresca y penetrante al resto de los niños, puso el chocolate sobre la mejilla negra. Su rostro estaba radiante al colocar Su brazo alrededor de los hombros del muchacho, y el resplandor parecía llenar la habitación. No hacían falta palabras para transmitir lo que 'Abdu'l-Bahá quería decir y era indudable que todos los niños lo comprendieron.

Parecía decir: “Como verán, él, no sólo es una flor negra sino también un dulce negro. Ustedes comen chocolates negros y los encuentran buenos: quizás descubran que su hermano negro también es bueno una vez que hayan probado su dulzura”.

Volvió a reinar un silencio reverente en la habitación y los muchachos nuevamente miraron al negrito con verdadero asombro, como si nunca antes lo hubieran visto, lo que en realidad era cierto. El muchacho, a quien todos contemplaban, parecía no darse cuenta de nada. Sus ojos estaban fijos en 'Abdu'l-Bahá con una mirada de adoración y arrobamiento que jamás había visto yo antes. Momentáneamente Se había transformado. La realidad de su ser salía al exterior revelando al ángel que en verdad era.

Me retiré de la casa con el corazón lleno de profundos pensamientos. ¿Quién era este Hombre? ¿Por qué tenía tan inmenso poder sobre las almas? No hacía ostentación de bondad. ¡Jamás predicaba! Nunca ni en lo más mínimo insinuaba

que uno fuera diferente a lo que era. Sin embargo, nos daba a conocer mundos de belleza y grandeza los cuales destrozaban nuestros corazones en el anhelo de alcanzarlos y nos hacían sentir repugnancia por la rutina de la llamada “vida” a la que estamos atados. Yo no sabía qué pensar de todo esto pero aun así sabía que Lo amaba como jamás soñé en amar. Yo no creía en igual forma que los que me rodeaban. En realidad, casi nunca me detuve a pensar en lo que querían decir al referirse a Su “rango”. Al parecer, eso no me interesaba en lo absoluto. En lo que yo sí definitivamente creía era que Él poseía un secreto sobre la vida, y que por descubrirlo yo estaba dispuesto a dar mi propia vida.

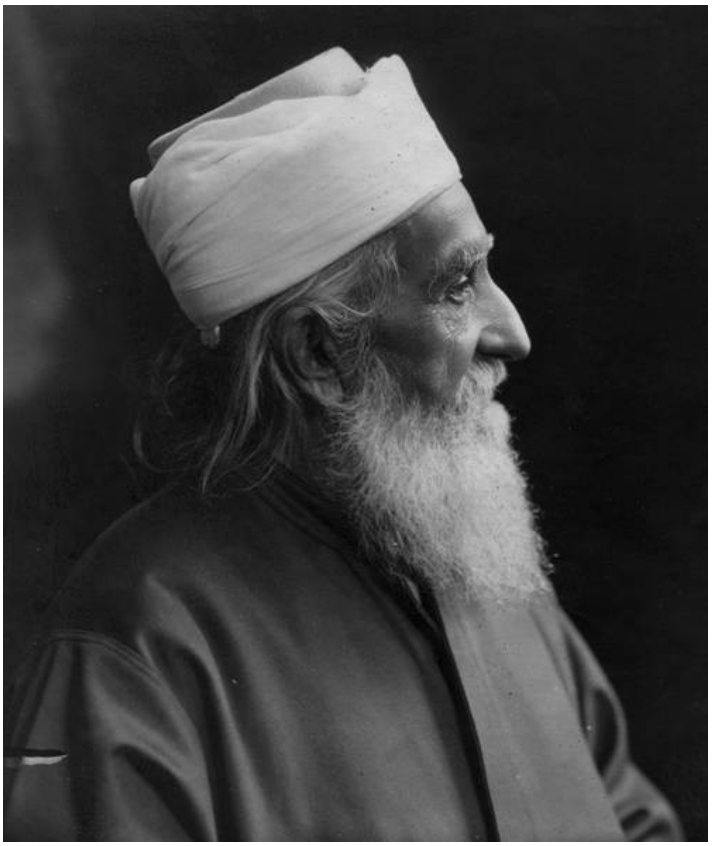
Aquella noche la dediqué a la oración. Sentía que antes nunca había orado de verás. No creo en lo sobrenatural ni caigo en lo místico pero esa noche, mientras oraba, había Presencias en la habitación y oía leves susurros y murmullos; desde entonces se abrió ante mí un mundo maravilloso y nuevo.

CAPÍTULO QUINTO

UNA HOJA EN LA BRISA DE LA VOLUNTAD DE DIOS
"MI TRONO ES MI ESTERA"
INSCRIPCIÓN EN "LOS SIETE VALLES".
EL PODER DE LA PALABRA DE DIOS.

Cada Palabra que procede de la boca de Dios está dotada de tal poder que puede infundir nueva vida en todo ser humano, si sois de los que comprenden esta verdad. Todas las obras maravillosas que contempláis en este mundo se han manifestado a través de Su suprema y más exaltada Voluntad, de Su maravilloso e inflexible Propósito.

Bahá'u'lláh, PEB. LXXIV



"Debiéramos medir el tiempo por los latidos del corazón". Cuando recuerdo que todo lo que hasta ahora he relatado sucedió durante las primeras tres semanas después de conocer a 'Abdu'l-Bahá, me parece increíble. En ese breve tiempo la vida adquirió un significado totalmente nuevo y yo me sentí, en espíritu, como Colón explorando los océanos desconocidos de Dios. Había descubierto tierras nuevas, que casi no osaba pisar. Mi ser interno había tenido experiencias profundas y sublimes que nunca antes había imaginado. En realidad, muchas veces "enlacé la eternidad en una hora, o perpetué una hora hasta la eternidad".

A principios de mayo de ese año memorable le pregunté a 'Abdu'l-Bahá si sería posible que Él hablara ante mis feligreses, en la Iglesia de la Fraternidad. Reflexionó un instante y luego contestó sonriendo: "Si Dios lo quiere". Esta fue para mí una nueva forma de responder a una petición. Se me ocurrió pensar en los muchos compromisos que los oradores públicos concertarían en este mundo moderno si las partes interesadas dejaran la decisión final a la Voluntad de Dios. ¿Cómo podía hacer yo los preparativos de rigor ante tal incertidumbre? ¿Cómo sabía yo si esa era o no la Voluntad de Dios? 'Abdu'l-Bahá notó mi confusión y esperó cortésmente a que yo hablara. En forma vacilante le dije: "Es necesario que yo sepa la fecha con algunos días de anticipación, con el objeto de hacer los anuncios respectivos". Me preguntó con cuánta anticipación debía informarme, a lo que respondí que una semana a diez días serian suficientes. 'Abdu'l-Bahá me pidió que lo consultara en esa fecha. Y así fue como a la siguiente semana Le propuse el domingo 19 de mayo en la tarde, lo cual aceptó.

Este incidente me dio nuevos motivos para reflexionar. Pude entrever la fuente de donde emanaba aquella combinación de fuerza y serenidad del Maestro. Nunca se le notó tenso o apresurado; jamás se mostró indeciso para hablar o actuar. Rara vez se expresaba en primera persona. Lo había oído, en Sus charlas públicas referirse a 'Abdu'l-Bahá como si esa persona fuera enteramente diferente al orador. Durante una reunión con un pequeño grupo de los amigos de Nueva York, hizo el siguiente comentario: ***"En el futuro, cualquier alusión al 'Yo', a 'Mí', 'Mío', será considerada profana".***

Las palabras ***"si Dios quiere"*** estaban constantemente en Sus labios. Si pudiéramos preguntarle a una hoja llevada por los vientos de otoño cuál es su rumbo, seguramente contestaría, si tuviera la facultad de hacerlo: "No lo sé y no me importa; voy donde la brisa de Dios me lleva". 'Abdu'l-Bahá era, en verdad, "una hoja en la brisa de la Voluntad de Dios". Indudablemente a ello se debía esa majestad que siempre le rodeaba y que nadie podía dejar de notar. ¡Cuán natural es ser majestuoso cuando se tiene la inspiración directa y la orientación del Rey de

reyes! Siempre hubo dignidad real en los ademanes, las actitudes y en el porte del Maestro.

Mi amigo Mills, cuya influencia y tacto despertaron mi interés en 'Abdu'l-Bahá y quien me indujo a conocerle, en una ocasión comentó que sólo dos hombres había visto "caminar como un rey": al Rey Eduardo VII y a 'Abdu'l-Bahá. Sin embargo, mientras que el primero fue educado desde su infancia para esperar obediencia, respeto y humildad de millones de súbditos que ahora han transferido esta lealtad a su nieto, el segundo recibió – desde los siete años de edad – la gloriosa disciplina de los mártires. 'Abdu'l-Bahá no vivió en palacios ni descansó en un lecho de rosas. Su dote fue la cárcel, el exilio; Su lecho fue el suelo del necrocomio de la prisión, elegido por Él como el único sitio de la fortaleza donde podía estar solo para orar; Su lugar de descanso frecuentemente fue el cepo y las cadenas. No obstante, en cualquier momento podría haber quedado en libertad, para regresar a la vida cómoda y de opulencia en que había nacido, con sólo renunciar a Su lealtad a la Verdad y a la Gloria de Dios (Bahá'u'lláh) reflejada en el Templo Terrenal de Su Padre.

> ***Mi trono es Mi estera, Mi gloriosa corona es Mi servidumbre hacia Dios. Mi dominio es Mi humildad, Mi sumisión, Mi modestia, Mi humillación, Mi súplica y Mi imploración a Dios. Éste es el reino permanente que nadie puede refutar, negar o usurpar.***[1]

'Abdu'l-Bahá vio a miles de personas morir como mártires en aras de la Verdad por lo que Él había sacrificado Su vida y recibió, de millones de seres, "un homenaje que causaría envidia a los propios reyes y que los emperadores desearían en vano". No es extraño que caminara como un rey, más bien como un Rey de reyes.

En cierta ocasión me dijo, y creo que fue en relación con los planes para Su visita a la Iglesia de la Fraternidad, que había notado que muchos sacerdotes y oradores públicos preparaban sus discursos de antemano, que con frecuencia los memorizaban y decían las mismas palabras ante distintas concurrencias. Agregó, mirándome con algo de humor y de tristeza, que no se explicaba cómo podían estar seguros de lo que Dios deseaba que dijeran sin antes mirar los rostros de la gente.

He aquí nuevamente que unas cuantas palabras sencillas iluminaron, como fanales, lo más recóndito de mi corazón. El Maestro prosiguió, diciendo que no hay función más elevada que la de un sacerdote de Su Santidad, Cristo, porque

---

[1] ***Tablets of 'Abdu'l-Bahá, vol. III, p. 515***

suyo es el deber y la alegría de acercar a Dios las vidas y los corazones de los hombres. Añadió que rezaría por mí.

Con frecuencia le oí decir que rezaría por mí, y se expresaba en igual forma al hablar con otros. ¡Lo que debe haber significado para el continente americano el que el Siervo de Dios orara por sus pueblos! Su interés, Su amor ilimitado por toda clase de almas nunca decayó. Recuerdo que una vez estando a solas con 'Abdu'l-Bahá y Su intérprete, Él habló durante un largo rato sobre temas profundamente espirituales mientras yo, silencioso, me hallaba sumido en pensamientos inexpresables. Me instó a que hablara, a que le dijera todo lo que guardaba en mi corazón porque siempre debía tener yo la certeza de que Él sentía como Suyos mis alegrías y mis pesares.

Yo repito Sus palabras pero no hay expresión que describía Su sonrisa celestial, y el profundo brillo de Su mirada, el suave tono de Su voz que daban a entender infinitamente más que las palabras.

Fue por esa época que le pedí al Maestro una dedicatoria en el Libro “Los Siete Valles” de Bahá'u'lláh, que el traductor me había obsequiado y el cual yo apreciaba infinitamente. Ya me he referido antes a la profunda impresión que me causó este pequeño libro desde que lo leí por primera vez. Lo había vuelto a leer muchas veces y me sabía frases, oraciones y párrafos enteros; pero mi conocimiento era superficial. Su significado más profundo, la alusiva y espiritual belleza mística de las Palabras y los pensamientos que despertaban, conmovían una cuerda íntima del ser hasta entonces imperturbada. Mi corazón también se hallaba “fascinado por la brisa de la Certeza que flotaba en el Jardín de lo más íntimo de mi corazón proveniente del Saba del Misericordioso”. Yo también había encontrado “extraviados aquellos seres en búsqueda del Amigo”; mi propio anhelo era alcanzar la “Meta del Bienamado” y “a cada paso sentía que una ayuda Invisible me rodeaba y que el ímpetu de mi búsqueda crecía”. Vagamente había percibido que “el dolor es el corcel del Valle de Amor” y este descubrimiento trajo consigo la tenue pero feliz certeza de que: “Dichosa la cabeza que cae sobre el polvo en el camino de su Amado”.

Pero ¡ay!, no se me había dado la más mínima indicación sobre el significado de las divinas Palabras que describían las demás experiencias del viajero en el camino “desde el yo hacia Dios”. ¿Cuál era la realidad de la experiencia insinuada en “beber de la Copa de la Abstracción”, “escuchar con oídos divinos y contemplar los misterios del Eterno con ojos como de Dios”; “entrar en el Recinto del Amigo y llegar a ser un familiar en la Morada del Bienamado”, y de la siguiente promesa: “El viajero extenderá la Mano del Verdadero desde el seno de la Omnipotencia y mostrará los misterios del Poder”? ¿Qué era este mundo divino del Espíritu, que

Bahá'u'lláh intentó revelar?... Un mundo tan vasto, tan bello, tan inimaginable para nuestros pobres ojos y mentes cegados por lo terrenal que inclusive Él no pudo encontrar palabras que lo describieron sino vagamente, porque a veces “la pluma se rompió, y el papel se desgarró”, o a “la tinta le faltó claridad”.

¿Era acaso extraño que mi misma alma se desgarrara con la agonizante determinación de escudriñar las profundidades de este misterio, tanto como mi pobre capacidad lo permitiera? Yo “bebía a grandes tragos de todos los mares pero no había saciado la sed de mi corazón”. Todavía preguntaba: “¿Hay algo más?” Así, impulsado por la urgencia de tales pensamientos y aspiraciones, me dirigí a 'Abdu'l-Bahá con cierta convicción de que Él comprendería y sabría que yo por lo menos no era de los que sólo buscaban Su autógrafo.

Se hallaba entre un grupo de amigos cuando me acerqué a Él, pero se volvió hacia mí con esa sencilla cortesía que nunca fallaba y me hizo un ademán para que hablara. Le entregué el pequeño libro y por medio del intérprete hice mi petición, agregando algunas palabras sobre mi esperanza de entender mejor sus significados ocultos. Sonrió con expresión más grave que de costumbre y me miró profundamente a los ojos por un largo momento, antes de dar Su asentamiento.

Al día siguiente me devolvió el libro sin decir una palabra. En la hoja en blanco hallé varias líneas escritas en los hermosos caracteres persas, firmadas por Él. No había versión en inglés, por lo que apresuradamente busqué al intérprete y le pedí que me escribiera la traducción en la página opuesta. Me contestó que lo haría con mucho gusto y guardó el libro en su bolsillo sin indicarme cuándo me lo devolvería. Esto no satisfizo en lo absoluto a mi alma impaciente: “Son sólo unas cuantas líneas”, le dije, “¿No podría traducirlas ahora? Sólo le llevará un instante”. El intérprete aceptó.

Nos dirigimos a un pequeño escritorio ubicado en un lugar apartado y al cabo de unos pocos minutos volví a tener en mi poder el precioso libro. Esto es lo que leí:

> ***¡Oh mi Señor! Confirma a esta venerada persona para que pueda alcanzar el Propósito Esencial; para que camine por estos Siete Valles, entre en la sala silenciosa de los significados y las realidades, y penetre en el Reino de los Misterios.***
>
> ***Verdaderamente, Tú eres el Confirmador, Él que Ayuda, el Bondadoso.***
>
> ***'Abdu'l-Bahá***

Una vez más había comprendido lo más íntimo de mi corazón. Las palabras no logran describir lo que esta oración, para que yo alcanzara el “Propósito Esencial”,

ha significado para mí en el curso de los años. En este caso se podría decir “que a la tinta le falta claridad”.

Unos días antes del domingo en que 'Abdu'l-Bahá hablaría en la Iglesia de la Fraternidad, me trasladé en tranvía a Newark por asuntos relacionados con la construcción de mi iglesia. Como de costumbre, llevaba conmigo uno de los libros de la Fe bahá'í, que había llegado a ocupar todos mis pensamientos. En esa ocasión leía yo Contestación a Unas Preguntas, en el que 'Abdu'l-Bahá discute algunas de las cuestiones más vitales de la vida espiritual, especialmente desde el punto de vista de la tradición cristiana. A mi lado iba sentada una joven cuya vista se dirigía con insistente interés hacia el libro que yo leía. Cortésmente le acerqué el libro y así leímos juntos durante el trayecto de hora y media a Newark, esas maravillosas, iluminadoras explicaciones. No cruzamos palabras, pero sentí que se había conmovido profundamente. Cuando llegamos a la ciudad y yo cerré el libro, ella dijo: “Es lo más maravilloso que he oído. ¿Podría informarme quién es el autor? “Le hablé de 'Abdu'l-Bahá; de Sus largos años de exilio y prisión por causa de Su amor a la Verdad; de Su visita a Norteamérica y que iba a hablar el próximo domingo para la tarde, en mi iglesia en Jersey City. Ella respondió que con toda seguridad iría y así lo hizo. La vi entre el público asistente y hablé con ella después de la reunión. Con frecuencia me he preguntado si esa chispa se convirtió en llama.

Quizás sea útil que me refiera ahora a los efectos que la lectura de esas Palabras divinas causaron en mi propia vida y en las vidas de muchas personas a quienes he tenido el privilegio de dar a conocer esta nueva Revelación del Verbo Eterno. Repetidamente he visto cómo se han iluminado los corazones y se han transformado las vidas con sólo leer algunos párrafos de Palabras Ocultas, o de la Tablilla al Papa, del Libro de la Certeza o el Súratu'l-Haykal, o en realidad cualquiera de los libros abiertos al azar. A través de esas Palabras ***“Fluye el Río de Conocimientos Divinos”*** y brota el ***“Fuego de la Consumada Sabiduría del Eterno”***. Durante cinco años después de conocer al Maestro, prácticamente no leí otra cosa. En el curso de esos años crucé el continente dos veces y llevé conmigo un maletín lleno de esos libros y de copias de las Tablillas escritas a máquina, que constantemente estudiaba en el tren o donde podía. Me empapé en los ***“Océanos del Lenguaje Divino”*** y a este solo hecho, acompañado de continuas oraciones, puede adjudicarse cualquier pequeño progreso que haya tenido en el Sendero de la Vida Eterna. Los Significados del Cielo, esas ***“perlas ocultas en las profundidades del Océano de Sus Versículos”***, han abierto portales a una liberad de la mente y del espíritu, que ningún escrito del genio humano jamás ha concebido. He tenido pruebas suficientes de que un Poder que fluye de esas Palabras puede ofrecer ***“una nueva vida de fe”.***

Recuerdo que una persona sincera, de gran inteligencia, me dijo en los primeros días de haber entrado en ese Océano de Revelaciones: “Desafío a cualquiera a estudiar estas Palabras con sinceridad, devoción y desprendimiento durante dos semanas, y que no sienta la certeza de que Bahá'u'lláh habla en una lengua sobrehumana”.

Al buscar la razón de este poder, la encontré en la propia explicación de Bahá'u'lláh. En el Libro de la Certeza dice que se llega a conocer a Dios conociendo a Su Manifestación; que después de Su partida de este mundo, este Conocimiento se logra por conducto de Sus discípulos o “Familia” y que, al irse éstos, sólo es posible a través de las inspiradas Palabras que Él legó a la humanidad para guía e iluminación de aquéllos que se vuelven a Él.

Traté de profundizar más para tener una comprensión real. ¿Qué podría significar este “Conocimiento de Dios” en términos de la vida humana? Me dije a mi mismo: Cuando leo a Emerson o a Browning en forma comprensiva, ¿no llego a “conocer” acaso a estos grandes espíritus en los dominios de su mundo? Si ese conocimiento le trae al lector pensamientos nuevos tan elevados y excelsos, tan grandes ideales, tan notorio cambio en sus ideas, y propósitos tan puros, ¿cuál será el efecto en el alma ansiosa cuando “conoce” el Espíritu Sagrado de Dios mediante el estudio reverente de las Palabras de Su Manifestación? Empecé a sentir por lo menos, algo del significado divino encerrado en frases tales como: ***“Debéis elevaros en la atmósfera de Mi Conocimiento”; “Intoxicaos con el vino de Mis Versos”; “Alcanzad en Mi Paraíso Supremo, el rango de Revelación y visión ante el Trono de Mi Grandeza”.***

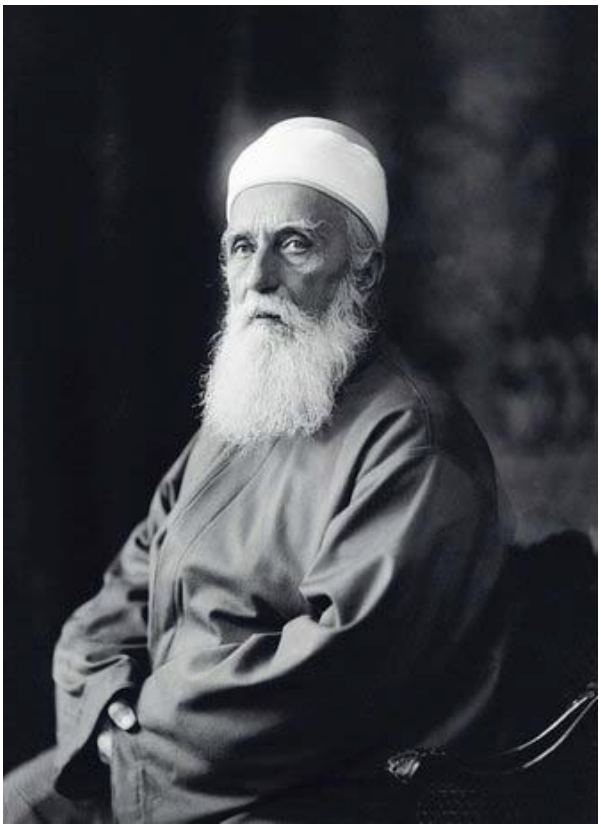
Este ***“conocimiento”*** no se concede al lector indiferente. Es necesario sumergirse en lo más hondo para buscar las perlas de esas profundidades. Pero a aquéllos que se despojan de todo lo terrenal, y con desprendimiento se sumergen abandonando todo menos a Él, les es revelado un mundo nuevo y celestial imposible de describir. Una sola Letra de las Palabras divinas es, como lo ha dicho Bahá'u'lláh, “superior a la creación de los Cielos y de la tierra porque Ellas resucitan, mediante el espíritu de la fe, a los que están muertos en el valle del “yo” y del deseo”.

CAPÍTULO SEXTO

LA REALIDAD Y ESENCIA DE LA HERMANDAD. ¿NO PODÉIS SERVIRLE UNA VEZ? LA VERDADERA HERMANDAD DEBIDA AL HÁLITO DEL ESPÍRITU SANTO. "¡OH DEBERÍAS HABERLE VISTO!"

Los Profetas de Dios han establecido los principios de la hermandad humana. La fraternidad espiritual, animada y creada por el hálito del Espíritu Santo, une a las naciones y elimina la causa de las guerras y luchas. Transforma a la humanidad en una sola gran familia y establece las bases para la armonía entre los hombres. Debemos pues analizar la realidad fundamental de esta fraternidad celestial.

'Abdu'l-Bahá



El diecinueve de mayo de 1912 'Abdu'l-Bahá habló sobe la Hermandad en la Iglesia de la Fraternidad de Jersey City. En dicha época yo era el sacerdote sin sueldo de ese grupo de hombres y mujeres que se habían reunido en forma espontánea para fomentar el espíritu de hermandad y de ayuda. Habían transcurrido sólo cinco semanas desde mi primer encuentro con el Maestro. Cuatro días después, el 23 de mayo, fue el cumpleaños de 'Abdu'l-Bahá y ese mismo día se cumplió el 68-avo aniversario del anuncio del Joven Profeta persa, El Báb, Quien declaró que dentro de diecinueve años a contar de esa fecha aparecería "Aquel a Quien Dios Hará Manifiesto". El Báb también perteneció a este largo linaje de Manifestaciones terrenales del Ser Supremo, pero Él dijo que no era digno de ser mencionado en Presencia de Aquél Cuya Palabra Divina estaba destinada a dirigir a la humanidad durante miles de años futuros.

Al echar una mirada retrospectiva a los veinticinco años que han transcurrido desde esa tarde, la imaginación se excita al pensar en lo que habría sucedido si las quinientas o seiscientas personas allí reunidas se hubieran dado cuenta que a quien iban a escuchar era el mismísimo hijo de Bahá'u'lláh, la Gloria de Dios, ante Quien a los siete años de edad cayó a Sus pies en adoración, y por Quien aquel Joven divino – El Báb – sacrificó Su vida al anunciar Su llegada. Si nosotros, criados en la tradición cristiana, hubiéramos podido comprender que ese mismo Hombre vivió desde Su nacimiento con Aquél cuya venida Cristo predijo, de Quien recibió enseñanzas, y cuyo exilio y cautiverio compartió; si hubiéramos reconocido en Él al primer ciudadano de ese Reino de Dios en la tierra, y tenido también la fe y la valentía de abandonarlo todo y seguirlo como siguieron a Cristo esas gentes sinceras cerca de dos mil años atrás bajo condiciones similares, ¿cuáles hubieran sido los efectos y su repercusión sobe millares de personas durante los veinticinco años que desde entonces han transcurrido?

Pero, ¡cuán ciegos y sordos estábamos! No es extraño que Jesucristo llorara en Jerusalén. Benditos los que entre esa concurrencia, y hubieron algunos, cuyos ojos se abrieron para percibir aquella gloria y cuyos oídos se aguzaron para escuchar la música de esa Voz Divina. Yo nunca he sabido por qué fui uno de los que pudieron vislumbrar esa Luz Suprema y seguir, aunque vacilante, aquellos pasos divinos. Fue una merced de Dios y le estoy profundamente agradecido. En verdad, "las almas se sienten turbadas al mencionarle, porque las mentes no pueden comprenderlo ni los corazones contenerle.[1]

---

[1] ***Palabras Ocultas de Bahá'u'lláh***

Fue un espectáculo grandioso e incluso emocionante para mí, cuando la majestuosa figura del Maestro pasó por la nave de la Iglesia de la Fraternidad al frente de un pequeño grupo de creyentes de diversas partes del mundo. Al recordar lo pasado, me doy cuenta que en ese entonces no comprendí plenamente el significado de tan memorable escena. Dentro de un marco de civilización occidental, casi a dos mil años de la iniciación de la doctrina de Cristo, se hallaba Aquél cuya vida y palabra constituían la esencia del Mensaje de buena voluntad para todos los pueblos – que las naciones llamadas cristianas parecían haber olvidado. Allí estaba la prueba viviente de cuan falsa es la suposición de que el Oriente y el Occidente jamás podrán unirse. Allí estaba un mártir de la Verdad y del Amor hablando tierna y humildemente a personas embebidas en sí mismas, y quienes ni siquiera lo sabían. Allí estaba el espíritu encarnado de la Santidad, transmitiendo otra vez el Mensaje eterno de la Hermandad. Allí estaba la resurrección y la vida llamando nuevamente a los enterrados en las tumbas del "yo" y del deseo. ¡Y no reconocimos Su voz!

Pero yo, como la mayoría de los presentes, me hallaba ajeno a tales reflexiones. Sin embargo, aquella tarde de la sala estaba impregnada de una atmósfera de realidad espiritual hasta entonces desconocida. Yo la sentía hasta el grado de apenas soportarla y la veía reflejada en los rostros vueltos hacia mí cuando me puse de pie para decir unas palabras presentando al Maestro. Todavía recuerdo la expresión de éxtasis en la cara de Lúa Getsinger, una de las primeras creyentes americanas en la Revelación divina de Bahá'u'lláh, mientras contemplaba fijamente a 'Abdu'l-Bahá; y en gran parte de la concurrencia se adivinaba que una nueva atmósfera de santidad invadía sus almas.

'Abdu'l-Bahá ocupó el lugar de honor detrás del púlpito; junto con Él se sentó el intérprete, quien le iba traduciendo mis palabras a medida que yo hablaba. Yo me paré a un lado del estrado para no quedar delante del Maestro y para poder volverme hacia Él ocasionalmente. Una de las cosas que mejor recuerdo de esa tarde es el rostro atento y sonriente de 'Abdu'l-Bahá minetas el intérprete traducía. Me refería a los cuarenta años que pasó en la fortaleza de 'Akká, aquella colonia penal indescriptiblemente sucia del imperio turco; a Sus sesenta años de exilo y sufrimiento; a la prueba viviente que Él ofrecía, de que la única esclavitud es la del espíritu; a cómo Su presencia entre nosotros era una demostración de verdadera hermandad espiritual y unidad. Recuerdo que me volví hacia Él al mencionar el hecho de que mientras otras personas del Oriente venían a América explotando a su pueblo en nombre del misticismo oriental, el mensaje de 'Abdu'l-Bahá era de amor y abnegación. Él daba mientras otros recibían. Él manifestaba lo que otros clamaban a gritos… Guardo la imagen nítida de Su expresión serena y sonriente, del brillo de Sus ojos, de la mirada comprensiva con que correspondió a la mía.

En ese momento 'Abdu'l-Bahá se puso de pie para hablar. El intérprete se paró detrás de Él. ***"Porque esta se llama la Iglesia de la Fraternidad, quiero referirme a la 'Hermandad del Hombre'"***. Al escuchar esa voz de hermoso timbre acentuar la palabra Hermandad con su énfasis nunca oído, mi corazón se sintió avergonzado. Era evidente que para Él dicha palabra tenía significados que yo desconocía, a pesar de haberle dado tal nombre a la iglesia. ¿Quién era yo para enfatizar esa palabra? ¿Qué había hecho yo aparte de hablar para demostrar mi fe en ella como principio de la duda? ¿Había yo sufrido tormentos en su defensa? En cambio, este hombre había vivido largos años teniendo como motivo básico de Su existencia la hermandad para con toda la humanidad. Ni la prisión ni las cadenas; ni el esfuerzo ni las privaciones; ni el odio ni las injurias pudieron desviarlo de Su cometido de ejemplificación o de disminuir la vehemente convicción de que era una meta posible para alcanzar por el Hombre. Para 'Abdu'l-Bahá todas las razas, colores y credos eran uno solo. Él no sabía de prejuicios a favor o en contra de alguien debido a pobreza o riqueza material, a pecados o virtudes. En todo momento fue lo que en una de Sus Tablillas divinas nos indicó que deberíamos ser: un "siervo de la humanidad".

Mientras escribo estas líneas me viene a la memoria un relato por Lúa Getsinger. Cuando empezó a conocerse en América la Causa de Bahá'u'lláh, Lua Getsinger se encontraba en 'Akká en vieja de peregrinación para ver al Maestro en la ciudad prisión. Un día en que Él estaba muy ocupado, le pidió que visitara en lugar de Él a un amigo Suyo pobre y enfermo. Le dijo donde podía encontrarlo, que le llevara alimentos y lo atendiera como Él había estado haciendo. Ella aceptó con gusto, sintiéndose orgullosa de que 'Abdu'l-Bahá le encomendara esa misión, pero al poco rato regresó exclamando: "Maestro, con seguridad no se ha dado usted cuenta de lo horrible que es el lugar donde me envió. El hedor, la suciedad, el terrible estado de ese hombre y de su casa casi me hicieron desmayar. Huí ante el temor de contraer alguna espantosa enfermedad".

'Abdu'l-Bahá la miró con tristeza y severidad, diciéndole: "¿queréis servir a Dios?, Servid entonces a vuestros congéneres porque en ellos podéis ver la imagen y semejanza de Dios". Le pidió que volviera a la casa de ese hombre: "Si está sucia, límpialo; si este hermano tuyo está desaseado, báñalo; si tiene hambre, dale de comer; no regreses hasta que lo hayas hecho". En muchas ocasiones Él lo había atendido: "¿no podéis servirle una vez?"

¡Y este era el hombre que ahora hablaba en mi Iglesia de la Fraternidad!

'Abdu'l-Bahá se refirió al contraste entre la hermandad física y espiritual, haciendo notar que esta última es la única relación real y duradera. "Este compañerismo divino se debe al hálito del Espíritu Santo. La hermandad espiritual

es como la luz y el alma es como un fanal". Apuntando hacia las bombillas eléctricas que iluminaban la sala, agregó: "Estas bombillas son numerosas, pero la luz es una sola". Habló sobre la influencia ejercida por Bahá'u'lláh para establecer la amistad y armonía entre algunos de los pueblos y religiones antagónicas y belicosas del Oriente.

"Infundió tal espíritu en esos países, que varios pueblos y tribus guerreras llegaron a unirse. Mancomunaron sus intereses y capacidades, sus objetivos y deseos, al grado de sacrificarse el uno por el otro, renunciando a la fama, las posesiones y comodidades. Este es un compañerismo eterno, espiritual; una hermandad divina que no se desvanece".

Esta era, en realidad, una nueva clase de hermandad. No significaba, por así decirlo, una relación fraternal cuyo objetivo era compartir las cosas buenas de este mundo más fáciles de obtener y conservar a través de tal unión, sino más bien era el renacimiento del hombre con un nuevo bautismo por el Espíritu Santo… renacimiento que lo hacía consciente de un parentesco divino, espiritual, superior a cualquiera relación terrenal.

Al contemplar al Maestro desde mi lugar entre el público, no me era difícil imaginar un mundo transformado por el espíritu de la hermandad divina porque Él mismo era ese espíritu encarnado. Todo lo distinguía de los occidentales a quienes dirigía la palabra, Su ondeante 'abá, Su fez color crema, Su barba y cabellos plateados. Pero Su sonrisa que parecía rodearnos con una desbordante camaradería, Su mirada que parecía penetrar en cada uno de nosotros, Sus ademanes que combinaban la humildad con la autoridad, la sabiduría con el buen humor, transmitían, cuanto menos en mí, una verdadera hermandad que jamás podría disfrutar de la abundancia mientras alguien no tuviera lo suficiente, y que no hallaría satisfacción hasta que la abundancia divina fuera concedida a todos a través del hálito del Espíritu Santo, es decir, por medio de la Manifestación de Dios. 'Abdu'l-Bahá terminó de hablar con las siguientes palabras, contenidas en el libro La Promulgación de la Paz Universal:

> ***Confía en la Gracia de Dios. No des atención a tus propias capacidades porque los Dones pueden transformar una gota en un océano y convertir una pequeña semilla en un árbol frondoso. Los Dones divinos son, en verdad, como el mar; nosotros somos cual peces en ese mar. Y los peces no deben contemplarse a sí mismos, sino mirar el vasto y maravilloso océano provisto de sustento para todos. Así la Gracia divina llega a cada uno de nosotros y el Amor eterno nos ilumina a todos.***

Esta fue una de las charlas más breves de 'Abdu'l-Bahá. La parte final, contenida en La Promulgación de la Paz Universal, fue la respuesta a una pregunta del público.

Yo le había pedido al Maestro que hablara algo más extensamente de lo que era Su costumbre, puesto que yo compartía la obsesión general que el valor de una conferencia era proporcional a su duración. No me cabe duda de que Su charla fue tan breve porque quiso demostrarme que unas cuantas palabras, inspiradas por el Espíritu Santo e iluminadas con Sabiduría Celestial eran mucho más poderosas que todos los volúmenes de sermones hechos por el hombre.

El que yo tuviera la osadía de hacerle semejante petición revela, nuevamente, cuán lejos me hallaba todavía de reconocer Su rango y de comprender la Realidad espiritual. Inclusiva ahora sólo la vislumbro y sospecho que la gran mayoría de mis congéneres comparten conmigo esta profunda ignorancia. Bahá'u'lláh ha dicho que, comparado con las maravillas y glorias del universo espiritual, el universo material se asemeja a “la pupila del ojo de una hormiga muerta”. Yo le había pedido a este Hombre, para Quien el mundo del Espíritu era un libro abierto, que Su charla tuviera una duración adecuada a mis propios deseos, y en sólo quince minutos Él había dicho, demostrado mucho más de la verdadera Hermandad – de la Hermandad divina capaz de transformar este mundo en un paraíso – que lo que yo pudiera haber soñado.

¡Cuán ciegos y sordos somos! ¡Y qué terrible precio está pagando la humanidad por su indiferencia ante esa “Luz que ilumina a todo hombre que viene al mundo!”

El 24 de mayo, cinco días después de haber hablado en la Iglesia de la Fraternidad, 'Abdu'l-Bahá dio una charla a los pastores reunidos en la asamblea anual de mayo de la Confraternidad Universal, celebrada en Boston. Se hallaban presentes los representantes de la Fe Unitaria de América, un grupo intelectual que tal vez sostuviera las opiniones más “avanzadas” sobre la religión en ese país. Sin embargo, 'Abdu'l-Bahá, “habló en el desierto”. Varios de los pastores comentaron posteriormente “es una persona muy interesante, pero no nos dijo nada nuevo”.

Ésta es la reacción típica de la mayoría de los asistentes a las pláticas de 'Abdu'l-Bahá. Teníamos oídos pero no escuchábamos. Yo sugeriría que el lector de estas líneas examinara cuidadosamente, como yo lo he hecho, la conferencia de Boston según el texto de La Promulgación de la Paz Universal, página 138, y determinara por sí mismo si contiene o no algo “nuevo”. 'Abdu'l-Bahá dijo: “Los Profetas divinos revelaron y fundaron la religión”. Esto puede no ser nuevo en el sentido de que las enseñanzas no hayan sido formuladas, pero para la concurrencia de Boston – que unánimemente, por no decir entusiastamente, rechazó toda

creencia en una religión revelada – fue básicamente nuevo porque el Orador era el hijo carnal del último de esos Profetas divinos que vivió y enseñó, sufrió y murió durante la vida de algunos de los que escuchaban. La charla de 'Abdu'l-Bahá estaba destinada a llamar la atención al hecho de que el árbol de la religión envejece y se marchita como cualquier árbol, y que la verdadera religión desaparece de la tierra si no se planta un nuevo Árbol con la semilla del antiguo. Su público estaba compuesto por hombres y mujeres cuyas vidas estaban dedicadas a vivificar el árbol marchito y lo regaban no con el "agua de la certeza" que únicamente fluye de los Labios del divino Revelador, sino con teorías y teologías humanas que, como su propia experiencia debió enseñarles, se veían obligados a rechazar casi en el momento de oírlas. "¡No dijo nada nuevo!" Si hubieran sabido cómo esas palabras estaban destinadas a revolucionar el mundo de las ideas y de la acción, cómo despertarían en la humanidad un nuevo anhelo de unidad y hermandad, cómo llegarían a ser la causa de todo esfuerzo por terminar con las guerras, la pobreza, las enfermedades y los crímenes, cómo los corazones de los hombres despertarían a una nueva vida por el hálito del Espíritu Santo, cómo toda la vida humana adquiriría un nuevo sentido y fuerza… hubieran escrito Sus divinas palabas "con una pluma de diamantes sobre una página de oro".

Para mí la charla de 'Abdu'l-Bahá en la Iglesia de la Fraternidad y las palabras que pronunció en la Asamblea Unitaria celebrada en Boston, marcaron una nueva fase en mi trayectoria espiritual desde el "yo" hacia Dios. Ya había escuchado varias de Sus conferencias públicas pero nunca había estado tan cerca de Él como para observar Su semblante. Ahora no sólo me impresionaban Sus palabras, Su acento, Su voz, sino que había un fulgor en Su mirada que parecía encender un fuego latente dentro de mí. Quizás pueda expresarme mejor relatando un incidente.

En una de las reuniones realizadas en casa de los amigos que con frecuencia he mencionado, donde el Maestro pasó gran parte del tiempo durante Su estancia en Nueva York, se hallaba presente una dama que no era y nunca admitió ser una creyente. Pero había pureza en su corazón; amaba a Cristo y se esforzaba por seguir Sus enseñanzas divinas. Las dos habitaciones grandes estaban repletas de amigos y almas atraídas por Él. Se había dejado un pasillo libre entre ambas habitaciones y mientras el Maestro hablaba, caminaba de una habitación a la otra; el intérprete que se hallaba cerca de mí, traducía con fluidez. La dama aludida estaba absorta y noté que la emoción la embargó cuando 'Abdu'l-Bahá caminó hacia nosotros con su indescriptible gracia y majestad; Sus manos movidas rítmicamente con ese elevado y sugerente significado que jamás había visto en ningún otro orador, y Sus ojos brillando con esa luz intensa que iluminaba cada uno de Sus rasgos.

Varios meses más tarde conversaba yo con una amiga íntima de esa dama y me preguntó por 'Abdu'l-Bahá, a Quien ella nunca había visto. “Según lo que me ha dicho… debe ser un hombre extraordinario”. Mi amiga intentó hablarme sobre Él pero las lágrimas casi no le permitieron pronunciar palabra. Yo quise saber qué había de extraordinario en ese hombre y todo lo que pudo decirme fue: “¡Oh, deberías haberle visto! ¡Deberías haberle visto!”.

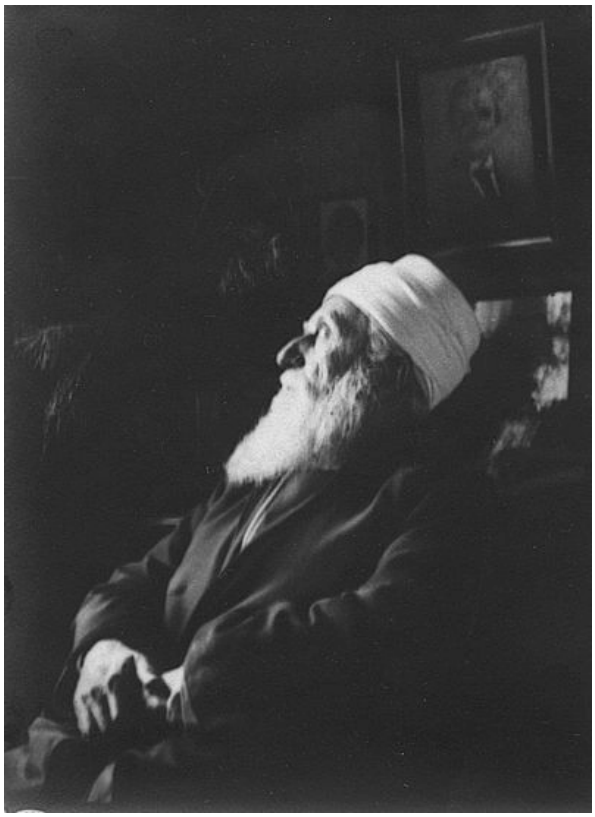
En verdad, bastaba haberle visto siempre que la chispa encendida en el alma se transformara en flama por medio de la meditación y la oración desprovista de egoísmo. Nunca podré sentirme lo suficientemente agradecido de que esa flama prendiera en mí. Fue en esa época, siete semanas después de haber conocido a 'Abdu'l-Bahá, que empecé a recitar para mí mismo unas breves estrofas: “Si cada gota de mi sangre tuviera un millón de lenguas y cada lengua cantara alabanzas por toda la eternidad, ello no bastaría para expresar mi gratitud”.

CAPÍTULO SÉPTIMO

EL MATRIMONIO EN EL ORDEN MUNDIAL DE BAHÁ'U'LLÁH
UN LAZO ETERNO. LA BODA.
LA NECESIDAD DE REFORMAR LAS LEYES REFERENTES AL DIVORCIO.
LAS LEYES DE BAHÁ'U'LLÁH.
CUATRO CLASES DE AMOR.
LOS HIJOS DEL NUEVO DÍA.

Es por lo tanto evidente que en el mundo de los humanos, el Rey Supremo y Soberano es el Amor. Si el Amor fuera extinguido, dispensado el poder de la atracción y destruida la afinidad de los corazones, desaparecería el fenómeno de la vida humana.

'Abdu'l-Bahá



Al seguir el desarrollo de la institución del matrimonio, es interesante notar que los pasos progresivos desde la promiscuidad primitiva de la humanidad hasta el sistema más o menos monógamo que ahora predomina en la mayoría de los países civilizados, han estado en relación directa con el desarrollo ético y espiritual de la raza. Más aun, este desarrollo ha corrido al parejo con la aparición y las enseñanzas de los grandes Profetas y Mensajeros de Dios a la humanidad.

Lo poco que se sabe de las relaciones y costumbres matrimoniales de los diversos pueblos antes de la venida de Moisés, Buda, Jesús y Muhammad, revela que estas relaciones eran más liberales y menos éticas que las establecidas después de Sus enseñanzas.

Sería pues razonable esperar que la Revelación de Bahá'u'lláh y su ejemplificación en 'Abdu'l-Bahá establecerían en lo tocante al matrimonio, leyes y reglamentos basados en principios espirituales eternos mucho más avanzados que los que hasta ahora se han practicado, adaptables a las necesidades de una civilización mundial.

Las enseñanzas de Bahá'u'lláh se refieren principalmente, a la Realidad del Hombre, a su rango como ser inmortal y eterno en un universo infinito regido y apoyado por leyes inmutables basadas en la rectitud y la verdad.

El matrimonio es entonces, bajo el régimen bahá'í, un lazo eterno, ya que permite sólo una unión verdadera que se perpetúa a través de todos los mundos de Dios.

Esta suposición hace necesaria una nueva ley tanto para el matrimonio como para el divorcio porque como el hombre aun no ha alcanzado la madurez e influyen en él la pasión y deseo, caería en errores al elegir a su compañera… errores que deben corregirse en la forma más rápida y sencilla posible.

El que dos personas vivan juntas bajo una unión forzosa en que ya no existe la armonía, la cooperación, la felicidad y el verdadero amor eterno, va contra una ley básica de la Revelación bahá'í: la Ley de la Unidad. No sólo es recomendable sino también admisible, que semejante falsa unión sea disuelta. Es probable que esta medida sea cada vez menos necesaria cuando el hombre comprenda cabalmente las Enseñanzas Divinas porque al percibir la dicha suprema de la verdadera unión física y espiritual, no se contentará con nada menos. Además, Bahá'u'lláh ha formulado leyes tan sólidas y 'Abdu'l-Bahá las ha explicado en forma tan amplia que, a medida que la experiencia demuestre su eficacia en lograr y conservar la felicidad humana, en la opinión pública nacerá la tendencia a hacerlas cumplir.

Cuando 'Abdu'l-Bahá estuvo en este país en 1912, en más de una ocasión hizo hincapié en lo sagrado del lazo matrimonial y señaló, con reglas y ejemplos, la actitud que le corresponde al bahá'í.

La más notable de estas ocasiones tuvo lugar el 17 de julio de 1912, fecha que el propio 'Abdu'l-Bahá unió en matrimonio a Harlan Ober and Grace Roberts de acuerdo con la ley de Bahá'u'lláh. 'Abdu'l-Bahá sugirió que yo ayudara haciéndome cargo de la ceremonia legal con objeto de "cumplir con las leyes del país".

A las mentes que tienen el concepto de que el mundo en sí y lo que en él acontece constituyen algo absoluto en vez de ser la antesala de una vida más amplia y libre, es difícil presentarles una escena en la cual la nota dominante es la Eternidad.

Mientras mis ojos recorrían aquella habitación ricamente amueblada, que reflejaba nuestra cultura moderna y entre cuya concurrencia había representantes de Paris; Berlín; Londres; Tehrán y Ghom, Persia; Bombay, India; Bakú, Rusia; y Haifa, Palestina; un número apreciable de personas de la raza negra y cerca de un centenar de compatriotas, tuve la convicción de estar participando en un evento transcendental. Porque ésta era, en realidad, una reunión de representantes de todo el mundo, de todos los grados de pobreza y riqueza, de cultura y de ignorancia, de todo nivel de capacidad espiritual.

Aquí estaban reunidos el Oriente y el Occidente para presenciar la representación preliminar, un símbolo, un vaticinio de un detalle fundamental del futuro orden social bajo el Plan Mundial de Bahá'u'lláh, el Reino de Dios sobre la tierra.

La figura del Maestro, envuelta en blanca túnica, dominaba la escena. Desde la edad de siete años se le había dado ese título para dirigirse o referirse a Él. El propio Bahá'u'lláh pidió que así se Le llamara.

El derecho a este título no radicaba en presunción alguna de autoridad o superioridad por parte de Él. Su actitud era de humildad y condescendencia. Sin embargo, en cada hogar que entraba Él era el anfitrión; en toda reunión era la figura central; en toda discusión era el árbitro; para todo problema era la respuesta.

Pero esto no se debía a Su deseo o voluntad. Por el contrario, cuando se le pidió que actuara como coordinador honorario de la Asamblea bahá'í de Nueva York (una de las primeras 72 Casas de Justicia de este país, que en el futuro formarán las unidades de gobierno comunal bajo el Plan de Bahá'u'lláh), respondió con calma y firmeza: ***"'Abdu'l-Bahá es un siervo".***

No obstante, era imposible estar en Su Presencia más de un breve instante sin llegar a comprender que Sus acciones y palabras estaban imbuidas de tal sabiduría, entereza y serena certidumbre, combinadas con una humilde consideración para Su interlocutor, que quien le mirara y escuchara recibía la Verdad innegable. Como ha dicho 'Abdu'l-Bahá al confrontar a los que negaban y se oponían a Bahá'u'lláh: "¿Cómo puede la oscuridad hacerse sentir en Presencia de la Luz? ¿Puede una mosca atacar a un águila o una sombra desafiar al Sol?"

En una reunión de seres que creían en una nueva era de la conciencia humana, una nueva época en la cual esa conciencia llegaría a fundirse con lo divino, vimos en 'Abdu'l-Bahá al Maestro de nuestros destinos, al Único Guía que en tiempos en que las supersticiones del pasado se mezclaban con la insensatez del presente, sabía cómo salir del laberinto humano para alcanzar la gloriosa libertad de los hijos de Dios.

Me senté muy cerca de Él y naturalmente todas mis facultades – vista, oído, mente y corazón – estaban concentradas en aquella radiante Personalidad. Pero yo no era el único que lo hacía. Cuando Él estaba presente, acaparaba toda la atención.

Después de la sencilla ceremonia nupcial y de que los novios regresaron a sus asientos, 'Abdu'l-Bahá se levantó, Su 'abá color crema caía hasta Sus pies formando pliegues armoniosos. Sobre Su cabeza llevaba un gorro turco, o fez, del mismo color, llegándole Su cabello blanco casi hasta los hombros. Sus ojos azules eran lo que más impresionaban, pues cambiaban de expresión continuamente según Su estado de ánimo. Su mirada era dulce o imperiosa; a veces reflejaba una profunda paz, como si contemplara gloriosas imágenes lejanas.

Sus cejas arriba de esos grandes ojos se semejaban a cúpulas de marfil. Su cuidada y recortada barba, de un blanco níveo, tocaba Su pecho, pero alrededor de Su boca, no había vellos rezagados que obscurecieran Sus labios.

'Abdu'l-Bahá, como era Su costumbre, habló a través del intérprete y no porque no pudiera expresarse en inglés sino para evitar posibles malas interpretaciones. Cada palabra que pronunció durante Su estancia en América fue transcrita de inmediato por un secretario persa en este último idioma, y también por una taquígrafa americana a medida que el intérprete traducía. De esta manera no habrá dudas respecto a las palabras reales, y a su significado, cuando en épocas futras se traduzcan y compilen los millares de escritos y charlas de Bahá'u'lláh y 'Abdu'l-Bahá.

Recorrió la habitación con una mirada envolvente y a la vez ausente. Levantó Sus manos al nivel de la cintura, con las palmas hacia arriba; cerró los ojos y entonó una oración por las almas que Él y yo habíamos unido. Por Él unidas

aquella mañana de acuerdo con las Leyes del Nuevo Orden Mundial, en que el espíritu del hombre debe ser educado para actuar en armonía con su breve envoltura material; por mí unidas en la tarde, siendo yo el representante de un régimen caduco en que las viejas supersticiones y lemas anticuadas con frecuencia envilecen las ceremonias más sagradas pero que, por constituir una costumbre, deben observarse “para no ofender a nadie”.

La oración de 'Abdu'l-Bahá, entonada en tonos incomparablemente dulces, es uno de mis más hermosos recuerdos de esa tarde. Aunque el idioma era persa y, por lo tanto, desconocido por mí, tuve la impresión de entenderlo.

Y tan real fue mi impresión que me pareció inoportuna la traducción del intérprete. ¿Qué necesidad había de traducir una lengua que llegaba al espíritu? Quizás esto podía explicar lo que sucedió en el Día de Pentecostés cuando cada uno de los allí presentes oyó las palabras de los discípulos en su propio idioma.

Se cuenta que un minero analfabeta hizo un largo viaje a pie para conocer a 'Abdu'l-Bahá cuando estaba en San Francisco. Este hombre, aunque inculto, tenía una gran fuerza espiritual. Asistió a una reunión en la que 'Abdu'l-Bahá dio una charla y escuchaba subyugado. Cuando el intérprete empezó a traducir al inglés, el minero pareció despertar de un sueño; en voz baja preguntó: “¿Por qué interrumpe ese hombre?” 'Abdu'l-Bahá volvió a hablar y cuando hacía una pausa, el intérprete traducía. Indignado, el minero exclamó: “¿Por qué permiten que ese hombre interrumpa? ¡Deberían sacarlo!” Alguien que estaba a su lado le dijo que era el intérprete oficial, que traducía del persa al inglés. El minero comentó ingenuamente: “¿Habla acaso en persa?... ¡Pero si cualquiera podía entenderlo!”

En cuanto a mí, mi corazón se sentía mucho más conmovido por la voz melodiosa de 'Abdu'l-Bahá que por la versión dada por el intérprete de la oración del matrimonio, no obstante de lo bella que es.

> ***Gloria a Ti, ¡Oh mi Dios! Este Tu siervo y ésta Tu sierva se han reunido bajo la sombra de Tu Gracia y se unen bajo Tu Protección y Generosidad. ¡Oh Señor! Ayúdales en este Tu mundo y Tu Reino, y que Tu Bondad y Merced los colme de todo bien.***
>
> ***Haz que se conviertan en los símbolos de la armonía y la unidad hasta el final de los tiempos. En verdad, ¡Tú eres el Omnipotente, el Omnipresente, el Todopoderoso!***

Como ya se ha indicado el matrimonio bajo el Orden Mundial de Bahá'u'lláh está basado en un concepto mucho más noble que el hasta ahora tenido sobre el destino del hombre. Esto se debe a que durante los 1900 años de doctrina cristiana,

la capacidad espiritual de la raza se ha desarrollado a un grado en que dicho concepto del rango del Hombre es por lo menos amplio.

El objeto de la venida de las Manifestaciones de Dos no es otro que el de elevar la conciencia del hombre a un nivel superior. Este es uno de los significados del término “Cielo” que emplean los Profetas de Dios. Es ese estado de conciencia al cual las enseñanzas del Espíritu eterno de Cristo exaltan el espíritu del verdadero creyente, independientemente del nombre con que Él aparezca en el horizonte de la historia.

Es pues esencial que bajo cada nueva Dispensación divina los Principios eternos, reiterados por los Mensajeros de Dios, sean explicados con tal claridad como para que puedan aplicarse en forma eficaz a los problemas de la época. Así, cuando Jesús apreció, abolió la Ley de Moisés en lo tocante al divorcio, la cual, aunque adecuada a la vida nómada de los judíos y a su condición de esclavos de los egipcios durante siglos, fue motivo de tantos abusos en el medio ambiente romano y el clericalismo de los fariseos y sacerdotes, que llegó a convertirse en escarnio.

Es evidente que en la actualidad las enseñanzas de Cristo en este respecto son acatadas de manera similar, y el espíritu se ha olvidado por completo. En los Estados Unidos de Norteamérica, donde se supone que rige un orden social cristiano, el vínculo matrimonial se considera menos sagrado que en cualquier otro país del mundo. El censo de 1930 reveló un divorcio por cada seis matrimonios. ¿Y quién puede enumerar las violaciones del juramento del matrimonio; el odio en los hogares; las separaciones que nunca llegaron a los tribunales? Es obvio que esta es una situación intolerable que, de no controlarse podría resultar en la desintegración total de la vida familiar y en la destrucción de la institución del matrimonio; desintegración social que ya ha comenzado en Rusia y que constituye una amenaza en otros países. Además, el llamado “amor libre” y “matrimonio de compañerismo” está obteniendo aceptación en algunas de nuestras propias instituciones educacionales y se señala como la única solución para este problema cada vez más generalizado.

El problema es de tal transcendencia, y su solución está tan llena de peligros o de seguridad para los destinos de la raza, que este siervo de la Gloria de Dios ha reunido toda la información posible sobre la materia y presenta los Escritos de Bahá'u'lláh y 'Abdu'l-Bahá para que el lector juzgue por sí mismo si no habría un orden social más satisfactorio cuando estas Leyes Divinas se pongan en práctica.

En primer lugar, siempre debe tenerse presente que Bahá'u'lláh habla de una unión mundial, un orden mundial, que presupone una estrecha relación del hombre

con Dios y la ayuda del Mundo Supremo, del Espíritu Santo, para establecer dicho Orden.

Al concebir el Reino de Dos sobre la tierra, Bahá'u'lláh ve realizados la unión de todas las razas y todos los pueblos; la abolición de todo prejuicio; un amor genuino y apasionado por la Verdad; la difusión de la educación básica de todos los pueblos por medio de estas leyes.

Su visión es de universalidad; abarca los problemas del Oriente y Occidente, del Norte y del Sur, y le corresponde a la Casa Universal de Justicia aplicar estos principios cuando surjan problemas especiales o individuales.

Si el lector conserva lo anteriormente expuesto en su mente y se esfuerza por liberarse de todo prejuicio, le será más fácil comprender la sabiduría contenida en el Plan para un Nuevo Orden Mundial de Bahá'u'lláh.

Esto no es una tarea fácil ya que es natural que el hombre tienda a acepar, como normas, los convencionalismos y costumbres prevalecientes en su época. Pero el proceder en esta forma significa desconocer la historia del pasado, que claramente indica la mutación o abolición inevitables de toda institución humana y la tendencia general, a través de los tiempos, de simplificar, depurar y ennoblecerla. El destino de la raza es muy elevado e inclusive las Leyes de Bahá'u'lláh no se proponen como definitivas. En el curso de los próximos mil o diez mil años el hombre logará aun mayores progresos en su trayecto hacia la Perfección divina, a la cual todos los Profetas de Dios lo han emplazado. “Debéis ser perfectos, tan perfectos como vuestro Padre que está en los Cielos”.

En esta etapa del desarrollo de la raza, las Leyes promulgadas por Bahá'u'lláh sin duda parecen satisfacer mejor las necesidades del hombre. Para los que estudian los Escritos de Bahá'u'lláh y comprenden la majestuosa Autoridad que implican, estas Palabras sublimes que invitan al hombre a participar en un Orden social muy superior al que hasta ahora haya existido, no pueden dejar de avivar una esperanza, un valor perdido, y volver a encender el fuego del amor a Dios en los corazones indiferentes.

Teniendo presente todo lo anterior, abordaremos el tema de las relaciones matrimoniales siguiendo las Enseñanzas de Bahá'u'lláh, con la reverencia debida para con un Maestro, que, por Su convicción de llevar un Mensaje para la humanidad, sufrió durante un período de cuarenta años toda clase de afrentas, humillaciones y torturas de parte de dos crueles soberanos, el Sháh de Persia y el Sultán de Turquía, y de sus pueblos.

Con el objeto de que el lector comprenda en qué basa Su autoridad Bahá'u'lláh y cuáles son las metas hacia las cuales incita a la humanidad, citamos el siguiente

párrafo de Sus Escritos traducidos por Su bisnieto Shoghi Effendi, el Guardián de la Fe bahá'í:

> ***El primer deber impuesto por Dios a Sus siervos es la aceptación de Aquel Quien es el Manantial de Su Revelación y la Fuente de Sus Leyes, Quien representa a la Deidad tanto en el Reino de Su Causa como en el mundo de la creación… Aquellos a quienes Dios ha dotado con discernimiento reconocerán que los Preceptos dictados por Dios están destinados a mantener el orden en el mundo y la seguridad de las gentes. El que no los acate puede considerarse entre los abyectos y necios. Porque en verdad os hemos ordenado que rechacéis los dictados de vuestras malas pasiones y deseos corruptos y que no propaséis los límites establecidos por la Pluma del Altísimo porque constituyen el Hálito de Vida para toda criatura. Los mares de la Sabiduría Divina y del Lenguaje divino se han agitado al soplo de la Brisa del Todo Misericordioso. ¡Daos prisa en beber vuestra parte, oh hombres de entendimiento!***[1]

En lo concerniente al matrimonio, el siguiente es un resumen de las Leyes prescritas por la "Pluma del Altísimo" para orientación de la raza durante los próximos miles de años. Nuevamente se llama la atención del lector al hecho de que estas Leyes no sólo son para un país o religión o grupo, sino que para todo el mundo.

Bahá'u'lláh prescribió el matrimonio para todos implicando que la monogamia es el único medio hacia la felicidad. Condenó la actitud de ciertos grupos religiosos, que prohíben el matrimonio al clero: "Es Mi Mandato que criéis hijos que Me mencionen entre Mis siervos".

Bahá'u'lláh ordenó que el matrimonio debe realizarse: primero, con la venia de ambas partes interesadas y también con el consentimiento de los padres de los contrayentes, porque "Su deseo es que haya amor, afecto y unión entre todos los siervos de Dios; que no exista causa para que surja el oído".

Recomienda que el hombre dé una dote a la mujer y fija una cantidad bastante pequeña. Evidentemente, el objeto de ello es evitar la impresión de absoluta dependencia de la esposa en el esposo, lo que es de especial importancia en países orientales.

En el caso de desacuerdo entre marido y mujer, de que surgieran discusiones o aversiones, el esposo no debe divorciarse de ella sino tener paciencia durante un año, "porque tal vez la fragancia del amor emane de ellos". Sin embargo, el

---

[1] ***Pasajes de los Escritos de Bahá'u'lláh, p. 331***

divorcio es permitido si al cabo de ese tiempo “no se difunde la fragancia del amor”.

'Abdu'l-Bahá escribió lo siguiente en una Tablilla para los bahá'ís de América:

> ***Los amigos (bahá'ís) deben abstenerse del divorcio a no ser que surja una situación que los obligue a separarse debido a la aversión que sienta el uno por el otro; en ese caso, con el conocimiento de la Asamblea Espiritual (el cuerpo directivo local), pueden decidir su separación. Sin embargo, deben ser pacientes y esperar que transcurra un año. Si durante ese tiempo no se restablece la armonía entre ellos, el divorcio puede llevarse a cabo… los cimientos del Reino de Dios descansan en la armonía, el amor, las buenas relaciones y la unión – no en el desacuerdo, sobre todo entre marido y mujer. Si uno de ellos motiva el divorcio, es indudable que confrontará grandes dificultades y calamidades y sentirá un profundo arrepentimiento.***[1]

Bahá'u'lláh exhorta a los hombres a que no se guíen por su “yo” material, porque instiga a la transgresión y a acciones impuras, sino más bien que sigan al Soberano de todas las cosas, Quien les ordena practicar la virtud y rectitud. Las constantes referencias a una Ley Suprema, junto con su comprensión de las debilidades humanas, hacen a que el estudio de Sus Escritos sea tan fascinante. Uno busca en vano en las leyes pasadas y presentes esa mezcla de autoridad y de amor; en la Ley de Moisés no hay indicios de ello. Es como si el Sermón de la Montaña hubiera sido reducido a un código y entregado a los hombres por una mano gentil. Este hecho es el que da la convicción no sólo de su Origen divino sino también de su aceptación final por todo el mundo. Porque cuando se apela tanto al corazón del hombre como a su razonamiento, es inevitable su adhesión a la Ley propuesta. Bahá'u'lláh exhorta al esposo que, en el caso de ausentarse por un largo período del lado de su esposa, la informe de sus pasos y de la fecha de su regreso. “Si cumple su promesa, cumplirá con los mandamientos de su Padre y figurará entre los que proceden bien”. Si una causa justificada impide su regreso, debe avisar a su esposa y tratar de volver. De no hacerlo, la mujer lo esperará nueve meses y después estará en libertad de elegir otro marido. “Pero cuánto mejor si es paciente, porque Dios ama a los que muestran paciencia”.

Si durante los nueve meses de espera, la mujer recibe noticias del esposo, debe ser bondadosa y cortés, porque Él desea que la paz reine entre sus siervos. “¡Cuidaos de crear un ambiente de obstinación!”

---

[1] ***Cita del libro: Bahá'u'lláh y la Nueva Era.***

Imaginemos un futuro en que prevalezca un ambiente semejante. No resentiría si el lector dudara que esto fuera posible, porque nadie ha dudado tanto como yo. Pero he llegado a encontrar en las Palabras Divinas de Bahá'u'lláh no sólo belleza y sabiduría sino también una fuerza innata que influye en el corazón y la voluntad del hombre. El hecho de que varios millones de seres de todas partes del mundo acepten Sus Enseñanzas y Leyes, con frecuencia a costo de sus vidas y pertenencias, puede justificar la esperanza de que en un futuro no muy lejano una minoría influente de hombres sensatos también acepte y ponga en práctica estos Preceptos divinos.

En cuanto a la condición de que los padres de ambos contrayentes den su consentimiento, 'Abdu'l-Bahá respondió por escrito a una pregunta diciendo que este consentimiento debe obtenerse después de que los novios hayan llegado a un acuerdo satisfactorio. Antes de que esto suceda, los padres no tienen derecho a intervenir, lo cual anula la costumbre oriental de que los padres conciertan el matrimonio muchas veces sin el consentimiento o deseo de las personas más interesadas. 'Abdu'l-Bahá agregó en Su epístola que como resultado de esta medida, para los bahá'ís casi no existen las relaciones tirantes entre los familiares de un matrimonio – que ha llegado a ser proverbiales en países cristianas y musulmanes – y también es muy raro que haya divorcios.[1]

Muchas han sido las declaraciones y los escritos de 'Abdu'l-Bahá sobre el particular. A continuación se citan algunas de las más importantes:

> ***En esta Época Misericordiosa los prejuicios absurdos han sido eliminados por completo. El compromiso matrimonial bahá'í significa la comunión perfecta y el consentimiento mutuo de ambas partes. Sin embargo, tanto el uno como el otro deben demostrarse la máxima atención y aprender a conocerse; el firme compromiso contraído debe convertirse en un lazo eterno, fijando como meta una unión y vida eterna, afinidad y amistad.***
>
> ***En presencia de los testigos y de unas cuantas personas, el novio debe decir:***
>
> ***"En verdad, estamos contentos con la Voluntad de Dios". Y la novia debe responder: "En verdad, estamos satisfechos con el deseo de Dios". Este es el Matrimonio bahá'í.***
>
> ***Tablas de 'Abdu'l-Bahá***

---

[1] ***Bahá'u'lláh y la Nueva Era***

En lo que respecta al matrimonio, debéis saber que es un Mandato Eterno. Jamás cambiará ni ser alterado. Es una Creación Divina y no existe la menor posibilidad de que sufra cambio o alteración.

Tablas de 'Abdu'l-Bahá

Entre la mayoría de los pueblos el matrimonio consiste de relaciones físicas y la unión es sólo temporal, porque la separación física está predestinada. Pero el matrimonio de la gente de Bahá debe consistir tanto de relaciones físicas como espirituales porque ambos son animados por el Vino de una misma Copa, atraídos por Un Semblante Incomparable, alentados por una sola Vida e iluminados por una sola Luz. Esta es la relación espiritual y la unión eterna.

Así también en el mundo físico están ligados con lazos sólidos e inquebrantables. Cuando existen entre ellos buenas relaciones, unidad y concordia, desde un punto físico y espiritual, la unión es verdadera y por lo tanto eterna. Pero si únicamente se basa en lo físico, no hay duda que es temporal y que al final la separación es inevitable.

En consecuencia, cuando la gente de Bahá desea contraer los sagrados vínculos del matrimonio, debe haber entre ellos una asociación eterna e ideal, una relación física y espiritual de pensamientos y conceptos de la vida, para que en todos los grados de la existencia y en todos los mundos de Dios esa unión perdure para siempre. Porque esta Unión es un resplandor de la Luz del Amor de Dios.

De igual manera, si las personas llegan a creer verdaderamente en Dios, se verán conducidas a este estado elevado en sus relaciones, manifestarán el Amor del Misericordioso y se regocijarán con el Amor de Dios. Es evidente que tales relaciones son eternas.

Las almas que se sacrifican a sí mismas, que se liberan de las imperfecciones de los dominios del hombre y de los lazos de este mundo efímero, sentirán brillar en sus corazones los rayos de la Unión Divina y tendrán dicha y relaciones ideales en el Paraíso Eterno.

'Abdu'l-Bahá

En los primeros dos escritos se notará el énfasis en la eternidad de la verdadera unión matrimonial. El tercer escrito revela que hay tres maneras de lograr dicha unión: (a) Cuando dos seres que aman a Dios ven esa Luz reflejada en ellos, y la llama que brilla en ambos se funde en una sola. (b) Cuando dos seres físicamente unidos son iluminados por el Amor Eterno, esa unión también llega a ser eterna.

En cierta ocasión 'Abdu'l-Bahá escribió algo refiriéndose a una creyente que había contraído nupcias con un no creyente, o que estaba a punto de hacerlo: “Este matrimonio es permitido pero ella debe esforzarse día y noche por orientar a su esposo. No debe descansar hasta lograr que él sea en su vida un compañero tanto espiritual como fisco”. (c) En el último párrafo se hace referencia a aquellas personas que jamás encuentran al compañero espiritual y se ven privadas de esa gran alegría en esta vida transitoria. A ellas 'Abdu'l-Bahá les dice: “Si os liberáis de este mundo efímero y de las imperfecciones de los dominios del hombre, el esplendor de la Unión Divino brillará en vuestros corazones y tendréis dicha y relaciones ideales en el Paraíso Eterno”.

Hablando sobre la realidad del amor, 'Abdu'l-Bahá ha dicho:

Sólo hay cuatro clases de Amor:

(1) El Amor de Dios por Su Creación, el reflejo de Sí Mismo en el espejo de la Creación. De ese amor deriva toda otra forma de amor.

(2) El Amor de Dios para Sus hijos, Sus siervos. A través de este amor se le confiere al hombre existencia física hasta que por el hálito del Espíritu Santo que es el mismo Amor – recibe la Vida Eterna y se convierte en la imagen del Dios Viviente. Este Amor es el origen de todo amor en el mundo de la creación.

(3) El amor del hombre a Dios que constituye la atracción hacia el Mundo Divino, la entrada al Reino de Dios, el recibir las Bondades de Dios, el ser iluminado con las Luces del Reino. Este amor es el origen de toda filantropía; este amor hace que el corazón humano refleje los rayos del Sol de la Realidad.

(4) El amor del hombre por el hombre. El amor que existe entre los que creen en Dios es impulsado por el ideal de la unión de los espíritus. Este amor se obtiene a través del Conocimiento de Dios y así los hombres ven el Amor Divino reflejado en el corazón. Cada uno ve en el otro la Belleza de Dios reflejada en el alma y, al encontrar esta semejanza, se sienten atraídos entre sí por el amor. Este amor hará de todo hombre olas de un solo mar, estrellas de un solo cielo, frutos de un solo árbol.

Pero el amor que a veces existe entre amigos no es verdadero, porque está sujeto a la transformación. El árbol tierno se inclina en la dirección que sopla el viento; si el viento viene del oeste, se inclina hacia el este. Tal

clase de amor tiene origen en circunstancias fortuitas de la vida. No es amor sino una relación casual que sufre cambios…[1]

Es casi imposible leer estas Palabras divinas sin sentir la convicción de que el Hombre, por designio Providencial, es llevado hacia un mundo nuevo y hasta ahora desconocido: el mundo de la Realidad; el mundo del Espíritu. Es difícil imaginar el mundo del hombre, el futuro Orden social, cuando se impregne con este Espíritu, cuando lo ilumine este Sol Supremo.

Y cuando en la vida misma de 'Abdu'l-Bahá hemos visto esta Luz, cuando el poder y la belleza de tales ideales se han manifestado ante nosotros, cuando con Palabras de insuperable hermosura y sabiduría se nos ha dicho que esa vida está al alcance de todo el que se someta a los Rayos del Amor Supremo… ¡el corazón se siente impulsado a realizar esta experiencia y nace el deseo de ayudar a establecer el Reino de Amor sobre la tierra!

'Abdu'l-Bahá se ha referido en numerosas ocasiones a los niños del Nuevo Día. Sus alusiones a tales niños, especialmente si son el fruto de la unión sublime descrita con anterioridad, son muchas y muy hermosas. Al relacionarlas con lo dicho sobre el matrimonio y su lazo eterno, dan una idea de lo que puede ser la sociedad humana cuando se establezca el Orden Mundial de Bahá'u'lláh. Por razones de espacio, sólo se citan las siguientes:

Estos niños o son ni orientales, occidentales, asiáticos, americanos, europeos o africanos; son los hijos del Reino; el Cielo es su hogar y el Reino de Abhá es su refugio.

'Abdu'l-Bahá

El niño recién nacido de ese Día aventajará a los hombres más sabios y venerables de ahora y el más humilde e iletrado de esa época tendrá mayor entendimiento que el erudito del presente.

El Báb

Os incumbe nutrir a vuestros hijos del seno del Amor de Dios, infundirles lo espiritual, guiarlos hacia Dios para que lleguen a tener buenas costumbres, loables virtudes y cualidades en el mundo de los hombres. Os corresponde hacerlos estudiar las ciencias con diligencia para que se sientan atraídos por las Fragancias de la Santidad desde la infancia y sean criados dentro de una disciplina religiosa y del espíritu.

---

[1] ***Sabiduría de 'Abdu'l-Bahá***

ORACIÓN DE UN NIÑO

¡Oh Señor mío! ¡Oh Señor mío! Soy un niño de tierna edad; nútreme del seno de Tu Misericordia, ensénname en el regazo de Tu Amor.

Edúcame en la escuela de Tu Guía y haz que crezca bajo la sombra de Tu Bondad. Líbrame de la oscuridad; hazme una luz brillante. Líbrame de la desdicha; conviérteme en flor de Tu Rosedal. Permite que llegue a ser un siervo ante Tu Umbral y confiéreme el carácter y la naturaleza de los justos. Haz que sea una causa de bondad para el mundo de la humanidad y corona mi cabeza con la diadema de la Vida Eterna.

En verdad, ¡Tú eres el Poderoso, el Fuerte, el que Ve, el que Escucha!"

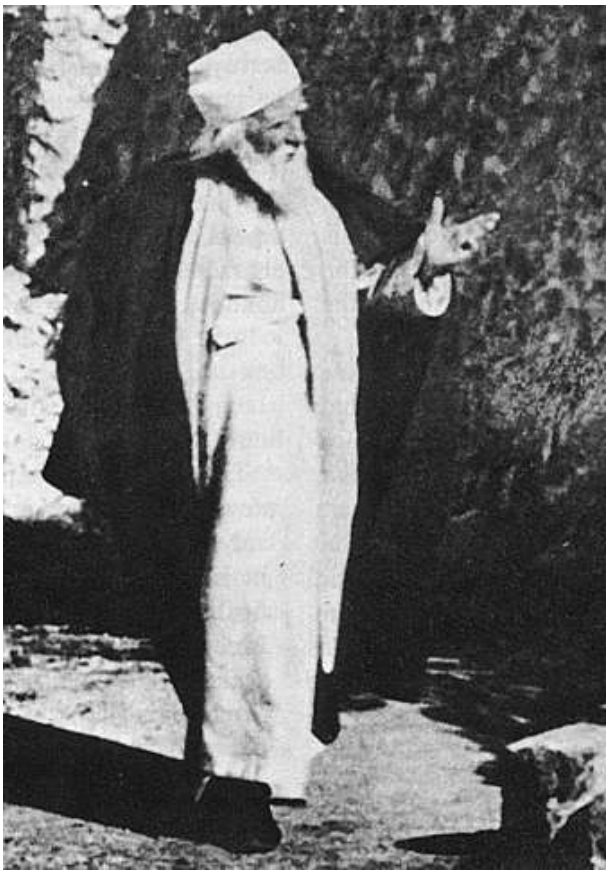
'Abdu'l-Bahá

CAPÍTULO OCTAVO

EL DUBLÍN, N.H. CON 'ABDU'L-BAHÁ. “EL CABALLERO MÁS PERFECTO QUE HAYA CONOCIDO”. EL MAESTRO DE MAESTROS. EL GUERRERO ESPIRITUAL. UNA FÁBULA. “OS CORRESPONDE MANIFESTAR LA LUZ”. EL OBSEQUIO. LA PRIMERA TABLILLA.

Hemos venido a trabajar y a servir, no para gozar del aire y del paisaje.

'Abdu'l-Bahá



En agosto de aquel año en que abrió un Nuevo Mundo, fui invitado como huésped de 'Abdu'l-Bahá en Dublín, New Hampshire:

Una de las amigas de Washington, en cuya casa de esa ciudad 'Abdu'l-Bahá había estado de visita y dado varias charlas, puso a Su disposición la gran mansión ubicada en su hermosa hacienda de Dublín. Sin embargo, como esta casa fue ocupada por un grupo de amigos persas y americanos que lo acompañaron, 'Abdu'l-Bahá alquiló una habitación en la Posada de Dublín y allí fue donde me atendió el fin de semana del 9 de agosto de 1912.

Dublín es un bello refugio de verano en las montañas, donde cada año se reúnen acaudalados intelectuales precedentes de Washington, D.C. y de diversas ciudades importantes. La permanencia de 'Abdu'l-Bahá en ese lugar durante un período de tres semanas constituye otra prueba de Su singular poder de adaptación a todo ambiente; de Su gran humildad dentro del grupo de personas que fuere y a las cuales, aunque parecía seguir, realmente dirigía de Su evidente sabiduría.

Imagínense a este Oriental, que recién había cumplido más de cincuenta años de exilio y prisión, repentinamente situado en un ambiente representativo de la más soberbia cultura del mundo occidental. Sería razonable suponer que en el curso de Su vida no había recibido la preparación adecuada para desenvolverse en dicho medio.

Durante Su mocedad no tuvo educación académica. En Su juventud, durante los años formativos, no se relacionó con esa clase de gente refinada. Tampoco en Su edad avanzada gozó de las comodidades y el reposo que permiten el desarrollo del intelecto.

Por el contrario, Su vida, como he tratado de describirla, había sido una sumisión continua a toda forma de adversidad y privaciones si se considera únicamente desde un punto de vista material. Los calabozos y las cadenas fueron Su sino; las torturas frecuentes, el confinamiento en el cepo, o cualquiera indignidad que los crueles carceleros pudieran concebir. La Biblia y el Corán fueron los únicos libros que tuvo a Su alcance.

¿Cómo puede explicarse entonces que en este ambiente no sólo se mezclara con los más destacados representantes de la riqueza y la cultura sin que existiera una situación embarazosa para nadie, sino que los eclipsara en el propio terreno de sus especialidades?

Cualquiera que fuera el tema que se abordara, 'Abdu'l-Bahá participaba en su discusión con toda naturalidad, sin abandonar esa modestia innata y respetando las opiniones de los demás. Ya me he referido a Su invariable cortesía, muy superior a

lo que la palabra generalmente implica para la mente occidental. El mismo término persa se usa tanto para la veneración como para la cortesía. 'Abdu'l-Bahá “veía el Rostro de Su Padre Celestial en el de todo ser” y veneraba el alma que en ellos habitaba. ¡Era imposible demostrar descortesía ante semejante actitud para todos!

El esposo de la anfitriona de 'Abdu'l-Bahá en Dublín, aunque nunca admitió ser un creyente, tuvo muchas oportunidades de reunirse y conversar con el Maestro. Cuando se le pidió su opinión acerca de Él, respondió, después de breve meditación: “Creo que es el caballero más perfecto que haya conocido”. Este era el veredicto de un hombre de fortuna y sumamente culto, acostumbrado a juzgar a los demás por sus cualidades sobresalientes y para quien la palabra “caballero” representaba lo que mejor tenía en estima. Y había aplicado el término a un hombre que, con toda probabilidad, durante Su larga vida de reclusión jamás había oído pronunciar esa palabra en relación a Él.

Al pensar en este hecho portentoso, quizás sea posible vislumbrar lo que Bahá'u'lláh desea expresar cuando dice: “La raíz de todo conocimiento es un punto: los ignorantes lo han multiplicado”. Puede ser cierto, como Él muchas veces lo ha reiterado, que la única Vida verdadera es la del espíritu y que cuando constantemente se vive, actúa y piensa en un plano espiritual todas las cosas, tanto grandes como pequeñas, se realizan a la perfección.

En las diversas ocasiones que tuve de estar en contacto con este Maestro de la Vida, siempre manifestó una conducta superior ya sea en el dominio de las acciones materiales o en la enseñanza intelectual o espiritual.

Recuerdo una comida ofrecida en Dublín, a la cual asistieron algunos de estos veraneantes para conocer a 'Abdu'l-Bahá. Entre las quince o veinte personas que concurrieron, todas provenientes de un medio intelectual o de opulencia se encontraban un famoso científico, dos artistas de renombre y un destacado médico. ¿Podría uno imaginarse un contraste más profundo con la vida que había tenido 'Abdu'l-Bahá?

La anfitriona, que visitó al Maestro en 'Akká cuando aun era prisionero y cuya vida se había transformado a través de su contacto espiritual con Él, me ha hablado sobre dicha reunión en varias ocasiones. Naturalmente que deseaba que sus amigos, a quienes frecuentaba desde hacía mucho tiempo en la vida social de Washington, Baltimore y Nueva York, conocieran al Maestro – por lo menos hasta cierto punto – como ella lo había conocido, pero sentía cierta ansiedad porque ellos no tenían tendencias religiosas. En realidad, varios eran abiertamente agnósticos y ninguno se interesaba en ese aspecto de la vida. Ella quería que la reunión fuera un éxito pero más que nada anhelaba que sus amigos vislumbraran ese Mundo de

Realidad en el cual 'Abdu'l-Bahá la había introducido. Se preguntaba cómo 'Abdu'l-Bahá controlaría la situación, porque sabía que esa no sería responsabilidad de ella. 'Abdu'l-Bahá siempre era el Anfitrión y Su voz era la que imperaba.

Yo también asistí a esa reunión en que, sin yo percibirlo, lentamente se abrían de par en par los portales de la libertad espiritual, no deja de asombrarme mi poco entendimiento de lo que realmente estaba sucediendo. Ahora veo lo ardua que es la tarea de abrirles los ojos a los ciegos. No es de extrañar que nuestro Señor Jesucristo se maravillara de aquéllos a quienes hablaba y sonreía, teniendo ojos, no vieran, teniendo oídos, no escucharan; teniendo corazones, no comprendieran. No es de extrañar que por tradición hayamos heredado la confusión del pensamiento de quienes recibieron las revelaciones del milagro de la percepción espiritual. Para ellos, y aun para nosotros, con demasiada frecuencia la visión material fue la mayor bendición; su pérdida la mayor tragedia; su recuperación el mayor milagro. Pero para Jesús y para todo el que realmente ve, la visión física es ceguera comparada con la del espíritu. 'Abdu'l-Bahá dice que es ver mediante ***"La Luz Divina"*** y agrega:

> ***Buscad esta Luz Celestial con todo vuestro corazón para que podáis comprender las Realidades, para que podáis conocer las cosas secretas de Dios, para que los caminos ocultos aparezcan ante vuestros ojos. Con la ayuda de esta Luz resplandeciente se han aclarado todas las interpretaciones espirituales de las Escrituras Sagradas, se han manifestado las cosas ocultas del universo de Dios, y hemos podido comprender el propósito Divino para el hombre.***[1]

En verdad, el más grande de los milagros es el que los ojos cegados por lo terrenal alguna vez se abran al Mundo de la Realidad.

La mayor parte de los asistentes a la comida sabían algo sobre la vida de 'Abdu'l-Bahá y posiblemente esperaban que Él hablara acerca de la Causa bahá'í. La anfitriona le había sugerido al Maestro que se refiriera al tema de la Inmoralidad. Sin embargo, como en el transcurso de la comida no hubo otro comentario que los comunes de la buena educación, la anfitriona hizo una observación que, según ella creía, serviría para que 'Abdu'l-Bahá hablara sobre cosas espirituales. La reacción de Él fue preguntar si podía contarles una historia y les relató una de las muchas fábulas orientales que sabía, la que todos celebraron con alegres carcajadas.

---

[1] ***La Sabiduría de 'Abdu'l-Bahá***

El hielo se había roto. Otros contaron historias que la anécdota del Maestro les había hecho recordar. Luego 'Abdu'l-Bahá, con el rostro resplandeciente de felicidad, narró fábula tras fábula. Su risa repercutía en toda la habitación. Dijo que los orientales tenían muchos cuentos similares que ilustraban diferentes aspectos de la vida y que algunos eran sumamente divertidos; que era bueno reír porque la risa es un descanso espiritual, que cuando estaba en prisión, sufriendo grandes privaciones y dificultades, al terminar el día cada uno de ellos relataba el suceso más cómico que hubiese tenido lugar. A veces era algo difícil seleccionarlo pero siempre reían hasta que las lágrimas rodaban por sus mejillas. Agregó que la felicidad jamás depende de las circunstancias materiales; de lo contrario, ¡qué triste hubieran sido esos años! Pero siempre reinó entre ellos un ambiente de alegría y felicidad.

Esa fue la única referencia que hizo de sí mismo y de las Enseñanzas Divinas, pero ninguna disertación hubiera causado en ese grupo el sentimiento de reverencia que flotaba en la atmósfera al terminar la reunión.

Cuando los invitados se retiraron y 'Abdu'l-Bahá se disponía a regresar a Su hotel, se acercó a la anfitriona y le preguntó sonriendo con cierta ansiedad – según decía ella, como un niño buscando aprobación – si la había complacido. Jamás podía ella referirse a este incidente sin mostrar una profunda emoción.

En la mañana de ese domingo 'Abdu'l-Bahá iba a dar una charla en la iglesia unitaria, pero me había indicado que hablaría conmigo antes del Servicio; alrededor de las nueve y media esperaba yo Su llegada en uno de los amplios salones de la posada.

Los acontecimientos de ese día se encuentran entre mis pensamientos más nítidos relacionados con el Maestro. En esa época, cerca de cuatro meses después de mi primera reunión con Él y siete meses después de haber oído hablar de este Movimiento mundial, al parecer yo aún no comprendía de qué se trataba. Me hallaba en una agitación constante en el turbulento Mar del Espíritu: por instantes me sentía atrapado en las olas del océano de la Verdad y momentáneamente deslumbrado por la Luz del Sol de la Realidad… pero sólo por instantes. Luego caía otra vez en la depresión del mar y desaparecía esa Luz. Siempre que veía el esplendor, me aferraba a él diciendo dentro de mi corazón: “Esta vez no Os dejaré ir” y cuando la obscuridad volvía a rodearme, mi agonizante corazón murmuraba: “La Luz se ha ido para siempre. Sólo fue un sueño nacido de vanas esperanzas”.

Me he referido antes a esta confusión interior. Vuelvo a mencionarla con la esperanza de que otras almas en conflicto puedan encontrar, en el análisis de mi experiencia, una sugerencia para analizarse a sí mismo. Porque este siervo tiene la

certeza de que todo ser que anhela debe luchar en un terreno semejante… y la lucha no cesa jamás. “En esta lid no hay tregua”, porque cada guerra ganada abre un campo de batalla más amplio en contra de ese enemigo siempre alerta, el “yo”, y el mundo contingente.[1]

En aquellos días en que empecé a reconocer este hecho, con frecuencia comparé esa lucha con la gran guerra de las naciones que inclusive entonces retumbaba en los Balcones. Porque al igual que el soldado sale de su trinchera cuando llega la hora cero y se abalanza contra el enemigo a través de una lluvia de balas y granadas, sin retroceder nunca, sin abandonar jamás el terreno conquistado… así también el guerrero espiritual refuerza cada paso que da, cada yarda de terreno ganado, y no mira hacia atrás. Tampoco olvida que camino adelante se encuentra la fortaleza principal del enemigo, la ciudad del “yo” y del deseo: el apego a este mundo. Sólo cuando logra derrumbarla, reemplazándola con la “fortaleza poderosamente armada” de la Voluntad y el Deseo de Dios, es posible obtener una paz permanente y honorable. Más aún, nunca olvida que hay un Comandante en Jefe dirigiendo la Guerra con la ayuda de las “Huestes del Concurso Supremo”; sabe, por lo tanto, que la victoria final está asegurada.

Durante los primeros y terribles días de esta lucha, a veces estuve tentado a retroceder. No era fácil confrontar los comentarios altaneros de mis colaboradores en el trabajo ministerial, las críticas adversas de mi familia y mis amigos, la frialdad demostrada por los miembros influentes de mi congregación. Uno de los ministros me preguntó cierta vez: “¿Sigues bahá’iando?” y un miembro de mi propia familia me dijo que yo era un caso patológico y que necesitaba atención médica.

No sé por qué no retrocedí. Supongo que en parte se debió a que no daba cuenta a dónde conducía el Sendero. Si en ese entonces me hubiese sido revelado todo lo que iba a suceder en los siguientes cinco o siete años, dudo que hubiera tenido la suficiente valentía para afrontarlos.

Por otra parte, los reflejos que en ocasiones tenía de la Gloria de Dios; las posibles realizaciones humanas por primera vez reveladas; la inefable felicidad que me embargaba, aunque fuera por breves instantes, compensaban todo lo perdido. Me hallaba “asido por Dios”. Cuando caía en las profundidades y la obscuridad se cernía sobre mí, era tan intolerable que por fuerza debía volver a encontrar la Luz. Aun si lo deseara, no hubiese podido retroceder.

---

[1] En la terminología bahá'í significa el mundo que nos rodea, que nos presiona, que nos cerca, distrayendo nuestra atención al grado de ser capaces de olvidar a Dios.

Poco tiempo después, con el objeto de ayudar a un amigo que tenía una lucha similar, inventé una pequeña fábula para ilustrar esta situación.

En cierta ocasión un viajero se perdió en la inmensidad de un desierto.

Parecía que durante una eternidad había vagado desamparado.

No había sendero, ni sol que lo orientara.

Las zarzas desgarraron su carne, el viento y la lluvia azotaron implacables. Él no tenía un hogar.

Pero súbitamente, cuando había perdido la esperanza, llegó a una cima de una montaña que dominaba un hermoso valle y en el cual yacía un palacio divino: el Hogar de los sueños.

Con gran alegría se dispuso a entrar.

Pero apenas había puesto un pie en el recinto cuando una Mano fuerte lo tomó por el cuello y… nuevamente se encontró en el temido desierto.

Pero ahora no carecía de esperanzas porque había visto su Hogar.

Con valentía hasta entonces desconocida, emprendió la búsqueda.

Actuó con más cautela. Buscó señales del Sendero, y trató de encontrar en la penumbra un rayo de Luz.

Después de una penosa búsqueda, volvió a ver su Hogar.

Pero no se apresuró a entrar.

Observó su ubicación. Se orientó por el Sol.

Y con suavidad y reverencia caminó hacia el interior.

Pero, ¡ay!, otra vez la Mano fuerte lo arrancó de ese amado Hogar y volvió a encontrarse en el inmenso desierto.

Sólo que ahora su corazón no estaba abatido.

Tenía un rumbo y con gran alegría emprendió nuevamente la búsqueda.

Y esta vez marcó los árboles para poder encontrar de nuevo el Sendero.

El Cielo se despejó y el Sol empezó a brillar.

No tardó en estar frente a su Hogar otra vez y entró en él.

En esta ocasión se sentía más calmado y seguro.

En esta ocasión no tuvo temor de esa Mano fuerte.

Y cuando ésta se posó en él y volvió a encontrarse en el desierto viciado de cosas mundanas, reinició su búsqueda con paso seguro.

Ahora el Sol brillaba con fuerza y el canto de los pájaros recreaba el oído.

Y esta vez abrió un Sendero, arrancando la maleza que obstruía el Camino.

Porque bien sabía que lo recorrería con frecuencia mientras estuviera en este mundo.

Pero había hallado su Hogar y cuando llegó la obscuridad y la confusión creada por el bullicio humano, se apresuró en desprenderse del "yo" para regresar con Dios.

El domingo transcurrido en compañía de 'Abdu'l-Bahá en Dublín fue uno de mis días luminosos. Entró a la habitación donde yo Lo esperaba, me abrazó y preguntó si me sentía bien y feliz. Dijo que siempre debemos estar contentos porque es imposible vivir en el Mundo Espiritual sintiendo tristeza. Dios desea que todas Sus criaturas sean dichosas, especialmente el hombre porque es capaz de comprender la Realidad. El Mundo de Espíritu yace abierto para él; no así para las especies irracionales. Y es por medio de esta fuerza espiritual que puede conquistar la naturaleza a su voluntad. A través de todas las edades Dios ha enviado a Sus Mensajeros para ayudar al hombre en esta conquista. No recuerdo las palabras exactas de 'Abdu'l-Bahá, pero Su punto de vista y atmósfera de Verdad quedaron grabados en mi conciencia. Durante el curso de dicha conversación volví a preguntarle por qué debía creer en Bahá'u'lláh como el más reciente y más universal de estos Mensajeros.

Me observó con mirada penetrante y sonrió. Parecía que otra vez disfrutaba de algo divino que no carecía de comicidad. Volvió a tornarse tiernamente serio y, después de un silencio más o menos prolongado, dijo que no todos tenían el privilegio de hablar con frecuencia a los hombres sobre Cristo, su Santidad; que todos los días debía yo dar gracias a Dios por esta merced, porque los hombres han olvidado las enseñanzas de esa "Esencia de Separación". Advirtió que su Santidad, Bahá'u'lláh, se refiere a esto en el "Libro de la Certeza" y que yo debía estudiarlo cuidadosamente. En ese libro se explica cómo estas estrellas del Cielo de la Revelación de Cristo cayeron a la tierra de los deseos mundanos. En sus bocas la mención de Dios a menudo se convirtió en un nombre vacío y entre ellos Su Palabra Sagrada fue letra muerta. 'Abdu'l-Bahá agregó que a esto se refiere Cristo cuando habla de "La opresión o aflicción de los Últimos Días". ¿Puede concebirse

mayor aflicción que la obscuridad en que se encuentran los líderes espirituales que se proclaman a sí mismos?[1]

Loado sea Dios porque buscáis la Luz. Os corresponde darla a conocer; expresar con palabras y hechos las enseñanzas de Cristo, su Santidad. Él dijo: "Ante el soberbio mostrad humildad y compasión para los humildes, con el ignorante actúa como un estudiante ante el maestro y con el pecador como si fueras el peor de los pecadores; para el pobre debéis ser un benefactor, para el huérfano un padre, para el anciano un hijo. No os guiéis por los líderes de teologías sectarias, sino por el Sermón de la Montaña. No busquéis recompensa terrenal; aceptad más bien, como lo hicieron Sus primeros discípulos, las penalidades que impliquen el servir Su Causa".[2]

'Abdu'l-Bahá me sonrió en forma tan radiante que me sentí embargado por una emoción indescriptible. Luego guardó silencio y cerró los ojos. Pensé que estaba fatigado porque Su constante actividad no le permitía descansar lo suficiente, pero después comprendí que oraba por mí.

Permanecí silencioso también. ¡No hubiera podido hablar! Me hallaba en un Mundo muy lejano a mi estado habitual de conciencia. En esos momentos de felicidad suprema hasta me parecía posible hacer lo que Él ordenaba. Yo sabía que eso era, lo que debía hacer y por primera vez tuve la convicción de que no descansaría hasta llegar al rango al cual Él me llamaba… si no en este mundo, en algún otro.

Al cabo de un rato 'Abdu'l-Bahá abrió los ojos, volvió a sonreír y dijo que el que realmente busca, encuentra; que la puerta hacia el Mundo de la Realidad nunca está cerrada para quienes golpean con paciencia. Este es el Día de las realizaciones.

Hasta la atmósfera de aquella habitación parecía estar impregnada con el Espíritu Santo. Nos sentamos silenciosos durante unos momentos y luego llegó un mensaje de que era tiempo de ir a la iglesia. Antes de irse, 'Abdu'l-Bahá volvió a abrazarme.

Continué sentado por un instante tratando de ajustarme otra vez al medio ambiente porque en realidad había sido transportado a otro mundo. No tardaron en llegar unos amigos, que deseaban que los acompañara a la iglesia para escuchar la charla del Maestro.

---

[1] ***Véase "El Libro de la Certeza" de Bahá'u'lláh***

[2] ***Pasajes de los Escritos de Bahá'u'lláh, CXXX***

No recuerdo el tema ni palabra alguna de Su conferencia. Sólo retengo en la memoria la visión de la tranquila iglesia de Nueva Inglaterra, los bancos repletos de gente y 'Abdu'l-Bahá sobre la plataforma. Su túnica color crema; su cabellera y barba blanca; Su sonrisa radiante y porte cortés. ¡Sus ademanes!... Ni un solo movimiento dogmático de las manos ni la presunción de un profesor ante sus alumnos. Siempre alzaba las manos, dando la impresión de que nos fuera a levantar con ellas. ¡Y Su voz!... Semejante a una campana del más fino timbre; voz suave pero de calidad tan penetrante que las paredes de la habitación parecían vibrar con su música.

Recuerdo, sin embargo, que lo que dijo me impresionó con la fuerza del impacto de la Verdad Divina. No había dudas en mi mente respecto a la autoridad con que se expresaba. ¡De cierto no como de los escribas! Al salir de la iglesia, le dije a uno de los amigos de Nueva York que asistieron a la charla: “Por fin lo sé. Jamás volveré a dudar o hacer preguntas”. Pero había hablado demasiado pronto.

La disciplina académica había penetrado profundamente en mí. No era fácil romper el hábito de confiar en los conocimientos adquiridos a través de la lectura, que, como Bahá'u'lláh ha dicho: “Envuelve al mundo en tinieblas de polvo”.[1]

Aquella tarde sentí la necesidad de volver a hablar con 'Abdu'l-Bahá. Deseaba expresarle la inmensa gratitud que albergaba en mi corazón. Esperé Su regreso a la posada al terminar el día. Ya era tarde cuando lo vi subir lentamente las escaleras que lo conducían a Su habitación.

Ahora me asombra el haberme atrevido a seguirlo. Cuando llegué hasta Su habitación, Él ya había entrado en ella. Llamé a Su puerta y Él mismo la abrió. No supe qué decirle. Con un ademán me invitó a que entrara. Le pedí que rezara conmigo y me arrodillé. Él colocó las manos sobre mi cabeza y entonó una corta oración en persa. Todo transcurrió en el lapso de tres minutos, pero esos instantes me trajeron una paz que nunca antes había conocido.

Antes de finalizar mi relato sobre lo ocurrido en Dublín, mencionaré un incidente que no presencié pero que me fue referido. Al parecer, la persona que lo vio ocupaba una habitación en la posada en que se alojó 'Abdu'l-Bahá. Cierto día, cuando se estaba vistiendo, casualmente miró por la ventana y vio a 'Abdu'l-Bahá caminando de un lado a otro mientas dictaba a Su secretario. En ese momento pasó frente a la posada un anciano andrajoso y 'Abdu'l-Bahá mandó a buscarlo con Su secretario.

---

[1] ***Los Siete Valles de Bahá'u'lláh***

Cuando llegó el anciano, el Maestro se le acercó sonriendo y le dio la mano en señal de bienvenida. Los pantalones del pobre hombre estaban rotos y sucios y apenas cubrían las piernas. 'Abdu'l-Bahá conversó con él un rato y en Su rostro se reflejaba la bondad. Parecía que estaba tratando de animar al anciano, quien por fin sonrió levemente. 'Abdu'l-Bahá lo envolvió con Su mirada y luego río suavemente; dijo algo respecto a los pantalones del anciano y que había que remediar esa situación.

Era una hora temprana y la calle estaba desierta. Mi amiga observó que 'Abdu'l-Bahá entró en la sombre del pórtico y que a tientas parecía buscar algo debajo de su ‘abá, a la altura de la cintura. Después se agachó y Sus pantalones cayeron al suelo. Se envolvió con Su túnica y volviéndose hacia el anciano le dio los pantalones diciéndole: ***“Que Dios lo acompañe”.*** Luego se reunió con Su secretario como si nada hubiera sucedido. ¿Y qué pensaría el anciano al seguir su camino? Quisiera creer que esa breve mirada que dio a un mundo en el cual alguien se interesaba en él lo suficiente como para darle su propia ropa marcó una época en su vida y, como ha dicho Bahá'u'lláh, transformó ***“el bronce de este mundo en oro mediante la alquimia del espíritu”.***

Durante Su vida de prisión en 'Akká, 'Abdu'l-Bahá con frecuencia cedió Su lecho a los que carecían de uno y siempre se negó a tener más de un abrigo. Solía decir: ***“¿Por qué he de tener dos cuando hay tantos que no tienen ninguno?”***

Hago mención de estas cosas para demostrar que 'Abdu'l-Bahá practicaba lo que predicaba. En este incidente vi reflejado el consejo que me dio en la posada aquel domingo memorable.

A los pocos días de haber regresado de Dublín, le escribí a 'Abdu'l-Bahá agradeciéndole Su bondad y cortesía. Aunque yo no esperaba una contestación, no tardé en recibir Su primera Tablilla. Estaba fechada el 26 de agosto de 1912. A continuación trascribo el texto de la misma en vista del sentido universal de toda palabra escrita por Él:

Oh tú, mi reverenciado amigo:

Tu carta trajo gran alegría porque su contenido revela interés en el Reino de Dios y que arde en ti el Fuego del Amor a Dios.

Cientos de miles de ministros han pasado por este mundo sin dejar huellas ni frutos, sin que sus vidas fueran productivas.

El ser estéril en el mundo de la humanidad es una pérdida evidente. Una persona sabia no arraiga su corazón a las cosas efímeras; por el

contrario, constantemente busca la vida inmortal y lucha por obtener la felicidad eterna.

Loado sea Dios porque has vuelto tu rostro hacia el Reino y aspiras a recibir Gracias Divinas del Reino Poderoso.

Tengo la esperanza y he orado para que puedas recibir otra Merced, buscar otra Vida, alcanzar otro Mundo, acercarte más a Dios, tener conocimiento de los Misterios del Reino, lograr la Vida Eterna y que te veas rodeado por la Gloria Imperecedera.

¡Que la Gloria del Más Glorioso sea contigo!"

'Abdu'l-Bahá

Escrita en Malden, Mass. 26/8/1912

Recuerdo muy bien lo que sentí al leer esta Tablilla. En ese entonces fue para mí solo una hermosa carta con alegorías orientales. No comprendí, sino al cabo de varios años, que el último párrafo es un llamado para entrar en otro Mundo; para conocer los Misterios hasta ahora ignorados; para lograr la Gloria Imperecedera y pasar, aun estando en este planeta, a una Vida nueva y superior… tan libre, tan infinita, tan dichosa, que sólo la palabra "eterna" sería aplicable.

Sin embargo, en el transcurso de los años, he visto claramente que dichas palabras describían el mundo superior en que 'Abdu'l-Bahá vivía y que Su gran tarea fue la de hacer que los hombres se acercaran lo más posible a ese mundo, conforme a su capacidad.

CAPÍTULO NOVENO

EL ITINERARIO EN NORTEAMÉRICA. EL PODER DEL ESPÍRITU. LA VERDADERA GRANDEZA. EL DIVINO MÉTODO DE ENSEÑAR

Es verdaderamente sabio aquél a quien el mundo y todo lo que hay en él no le han impedido reconocer la luz de este Día; aquél que no permite que las palabras vanas de los hombres lo desvíen del Camino de la Rectitud. Quien en el maravilloso amanecer de esta Revelación no ha sido revivido por su Brisa animador es, en realidad, como un muerto. Quien no ha reconocido al Supremo Redentor y ha dejado a su alma, acongojada y desválida, encadenada al deseo, es, en verdad un cautivo.

Pasajes de los Escritos de Bahá'u'lláh LXXXV



Durante el resto de verano estuve sumamente ocupado realizando trabajos que me llevaron a diversas partes de los estados del Este, mientras que 'Abdu'l-Bahá hacía su memorable recorrido por el Occidente.

En ese intervalo de tres meses, desde mi visita a Dublín y próximo encuentro con el Maestro en Nueva York el 15 de noviembre, 'Abdu'l-Bahá había cumplido un itinerario tal y había dado tantas conferencias que, tomando en cuenta Su edad, Su pasado histórico y el gran número de amigos que lo siguieron a todas partes, tiene pocos paralelos en la historia.

Desde que separé de Él en Dublín, N.H., Su itinerario fue el siguiente:

Agosto	16-21	Greenacre, Eliot, Maine	5 conferencias
	25-30	Boston y Malden, Mass.	4 conferencias
Sept.	01-10	Montreal, Canadá	5 conferencias
	16-19	Chicago, Illinois.	1 conferencia
	20-22	Minneapolis y St. Paul, Minneapolis	2 conferencias
	24	Denver, Colorado	2 conferencias
Oct.	1-15	San Francisco, Oakland, Palo Alto, California	4 conferencias
	18	Los Ángeles, California	3 conferencias
	25-26	Sacramento, California	2 conferencias
	31	Chicago, Illinois	1 conferencia
Nov.	5	Cincinnati, Ohio	1 conferencia
	6-12	Washington D.C.	10 conferencias
	15 – dic. 5	Nueva York	13 conferencias

Lo que hace un total de cincuenta y tres conferencias, además, probablemente hubieron numerosas entrevistas personales y charlas informales a pequeños grupos de amigos.

Desde la fecha de Su llegada a este país y de Su estadía en Dublín, Su itinerario y conferencias fueron como sigue:

Abril	11-19	Nueva York	13 conferencias
	20-25	Washington D.C.	13 conferencias

	30-mayo 5	Chicago, Illinois	15 conferencias
Mayo	6	Cleveland, Ohio	2 conferencias
	7	Pittsburgh, Pennsylvania	1 conferencia
	11-20	Nueva York	7 conferencias
	23-24	Boston	3 conferencias
	26-junio 8	Nueva York	7 conferencias
Junio	9	Filadelfia	2 conferencias
	11-julio 15	Nueva York	20 conferencias
Julio	23-25	Boston	3 conferencias
Agosto	5-6	Dublín. N.H.	2 conferencias

No es sólo el hecho de que este hombre pudiera realizar, a la edad de sesenta y ocho años, esta hazaña extraordinaria de resistencia física e intelectual, lo que me induce a detallar el trabajo que llevó a cabo en el verano.

Hay un significado más profundo, que podrá ser percibido por quienes lo acompañaron en sus viajes o aun por aquellos que lean cuidadosamente esta crónica. Durante ese mismo verano el poeta y erudito, Rabindranath Tagore, fue contratado para dar una serie de charlas en América. Después de haber cubierto una parte de su supuesto itinerario, que no era tan extenso como el de 'Abdu'l-Bahá, se sintió agotado, canceló su contrato y regresó a la India. Dijo que no toleraba las vibraciones materialistas de América. Cabe mencionar que mientras el contrato de Tagore estipulaba una considerable remuneración económica, 'Abdu'l-Bahá no tenía otro contrato que la Alianza de desinteresada Servidumbre hecho con Bahá'u'lláh en el santuario de Su corazón; además, en vez de pedir o esperar una recompensa económica, siempre rechazó la remuneración más mínima y a las atenciones de sus anfitriones correspondía con valiosos obsequios, tanto para ellos como para los sirvientes. Al contrario de Tagore, realzó la capacidad espiritual del pueblo norteamericano. Cuando se hospedaba en hoteles, con frecuencia provocaban asombro las generosas “propinas” que daba a los mozos que lo atendían. Pero esto no era todo lo que 'Abdu'l-Bahá daba. Tengo conocimiento de que era tal la influencia espiritual que ejercía sobre las camareras y mozos de servicio que, en cierta ocasión uno de ellos le dijo a un acompañante del Maestro: “Este es dinero sagrado. Jamás lo gastaré en mí mismo”. Sobran los comentarios. ¿De dónde provenía la fuerza física, mental y espiritual de este Hombre – que no estaba acostumbrado a la tensión nerviosa, a la competencia y al ajetreo del Occidente, que durante toda Su vida fue objeto de odio, persecuciones y

encarcelamiento, y que de repente se vio lanzado a un medio para el cual no había recibido preparación – para dominar cualquiera situación que confrontaba? Ya he mencionado cómo Su dominio se extendía a los grupos selectos de la sociedad culta y fastuosa no siendo ni menos notorio ni menos digno, cuando se encontraba entre los humildes y afligidos.

¿Cómo es posible ignorar tan arrolladora majestad? ¿Cómo puede uno dejar de buscar, con apasionada intensidad, el secreto de Su poder? Para mi, después de tantos años de estudio y oración en busca de esta clave, sólo puede haber una respuesta, la respuesta dada por el propio 'Abdu'l-Bahá y, en forma más convincente aún, por la Bendita Belleza (Bahá'u'lláh)

Meditad cuidadosamente las siguientes citas:

Aunque el cuerpo estaba débil e inepto para las vicisitudes de cruzar el Atlántico, nos alentó el amor para hacer este viaje. A veces el espíritu debe ayudar al cuerpo. Con sólo la fuerza física no es posible realizar grandes cosas; el espíritu debe fortalecer nuestra energía corporal.

Por ejemplo: el cuerpo humano puede soportar la prisión durante diez o quince años bajo las condiciones de un clima templado y de una rutina física descansada.

En el curso de nuestro encarcelamiento en 'Akká carecimos de comodidades y estábamos rodeados de toda clase de dificultades y persecuciones; no obstante estas condiciones tan adversas, soportamos tales pruebas durante cuarenta años. ¿Cuál fue la razón? El espíritu constantemente fortalecía y resucitaba al cuerpo. En ese largo y difícil período, vivimos con el mayor amor y servidumbre. El espíritu debe ayudar al cuerpo en ciertas circunstancias porque, por sí mismo, el cuerpo no resiste la presión de tales penalidades.

En la medida que el cuerpo humano es débil, el espíritu del hombre es fuerte. Posee una fuerza sobrenatural que transciende todo lo contingente. Tiene vida inmortal que nada puede destruir o pervertir… ¡Cuán poderoso es el espíritu del hombre en comparación con su débil cuerpo!... En consecuencia, es Designio Divino el que la sensibilidad espiritual del hombre tenga precedencia y subyugue a sus fuerzas físicas. En esta forma se prepara para dominar al mundo humano con su nobleza y avanza, libre y sin temor, dotado con los atributos de la vida eterna.

El cuerpo humano requiere la fuerza material, pero el espíritu necesita al Espíritu Santo… Si recibe esta merced de Espíritu Santo, llegará a tener gran poder; descubrirá realidades, conocerá los misterios.

El poder del Espíritu Santo está aquí para todos.

El cautivo del Espíritu Santo está libre de toda prisión.

Las Enseñanzas de Su Santidad Bahá'u'lláh, son el Hálito del Espíritu Santo que vuelve a crear al Hombre.

Hay una fuerza en esta Causa que Trasciende más allá del conocimiento del hombre y de los ángeles.

'Abdu'l-Bahá

Estas selecciones, entre las centenares que podríamos citar, darán una idea sobre la Fuente del Poder de 'Abdu'l-Bahá para dominar toda situación que confrontaba. Incluso Su estado físico era constantemente fortalecido con este Poder Divino. En cierta ocasión, después de un día especialmente agotador, regresaba ya entrada la noche de una reunión en la que había hablado con suma energía y efectividad. En el automóvil que lo conducía, se veía muy fatigado y poco a poco cayó en un estado casi comatoso. Los amigos que lo acompañaban se sintieron muy alarmados y al llegar a su destino prácticamente lo llevaron en peso hasta Su habitación. Después de quince minutos, mientras los amigos esperaban angustiados en la planta baja, se oyó resonar Su voz con más energía que nunca llamando a Su secretario, y luego apareció en lo alto de las escaleras, sonriente, lleno de vitalidad y con Su habitual majestad.

Bendito aquél que se ha extasiado con Mis maravillosas Melodías y ha rasgado los velos mediante la potencia de Mi Poder.[1]

Durante el verano le escribí una o dos veces a 'Abdu'l-Bahá porque no hallaba yo paz en mi mente y en mi corazón. En mis viajes por los estados del Este llevé conmigo un pequeño maletín conteniendo únicamente los libros y las Tablillas de 'Abdu'l-Bahá escritas a maquina (de los cuales hay disponibles una gran cantidad, además de numerosos volúmenes aun no traducidos al inglés) y en esos meses casi no leí otra cosa, ni siquiera periódicos. Lo anterior da una idea de la perturbación mental y espiritual que yo sentía. Era como si el eje de mi vida de súbito se hubiera desviado y todos mis intereses giraran alrededor de uno nuevo y desconcertante.

En el otoño, cuando se reiniciaron las actividades en mi iglesia, me fue imposible obtener la ayuda económica necesaria para continuar el trabajo de la Iglesia de la Hermandad y, en contestación a mi carta informándole de esto y también sobre mi creciente e intenso interés en las enseñanzas de Bahá'u'lláh, recibí la segunda Tablilla de 'Abdu'l-Bahá. Evidentemente fue escrita en Su trayecto de Washington a Nueva York, y traducida y enviada a mi desde esa ciudad por Su secretario. El texto es el siguiente:

---

[1] ***Tablilla a los cristianos, Bahá'u'lláh***

Oh amigo espiritual: vuestra carta ha sido recibida y me causó gran tristeza al saber que la Iglesia de la Hermandad ha sido cerrada. Cuando estuve allí os dije que no deberías confiar en esas gentes porque hablan mucho pero no cumplen nada.

Vos contestasteis que "mi ayudante principal es un filósofo". La verdad es que la filosofía de esta época consiste en el hecho de que el hombre está alejado de Dios; está alejado del Reino de Dios y carece de sensibilidad espiritual; está alejado del Espíritu Santo y de la Realidad Ideal. Es decir: posiblemente es un agnóstico, un cautivo de lo tangible.

En verdad, su alteza la Vaca posee este atributo, esa cualidad. La Vaca, por su naturaleza, desconoce el Reino, lo espiritual, las realidades del Cielo. La Vaca ha alcanzado estas virtudes sin esfuerzo; por lo tanto, es una filósofa emérita.

Nuestros filósofos de ahora, después de veinte años de estudio y meditación en universidades, obtienen el rango de la Vaca. Sólo reconocen los sentidos como verdad.

En consecuencia, su alteza la Vaca es una gran filósofa, porque lo ha sido desde el comienzo de su vida y no después de duro trabajo mental de veinte años.

Yo os dije que esas promesas eran inestables. No deberíais confiar en una persona que está alejada de Dios.

En resumen: Que no os embargue la tristeza. Esto ha sucedido para que os liberes de toda otra ocupación; para que día y noche guíes a la gente hacia el Reino; para que difundas las Enseñanzas de Bahá'u'lláh, inaugures la Era de la Nueva Vida, proclames la Realidad, y os santifiques y purifiques de todo para estar con Dios. Abrigo la esperanza de que lo logres.

Coronad vuestra cabeza con esta diadema del Reino, cuyas joyas tienen tal poder de iluminación que brillará por siglos.

Dentro de poco llegaré a Nueva York y volveré a ver a mi amado amigo. ¡Qué Bahá El Abhá (la Gloria del Más Glorioso) sea con vosotros!

'Abdu'l-Bahá Abbas

Esta Tablilla causó en mí dos impresiones diferentes.

La más obvia se debió a su sentido de humor. Fue para mí la primera revelación personal de la actitud sabiamente humorística de 'Abdu'l-Bahá ante los accidentes

de la vida. Ya me he referido a Su risa, siempre pronta a estallar, especialmente cuando hablaba sobre cosas profundamente serias. Las dificultades corrientes de la experiencia diaria que a la mayoría de nosotros nos afectan en forma negativa, parecían divertirle.

Recuerdo que en la primera reunión que tuve con Él después de nuestra prolongada separación durante el verano, me preguntó, si su alteza la Vaca no era una noble filósofa. La sonrisa y sonora carcajada que acompañaron a estas palabras parecían resumir lo fundamentalmente absurdo que yace en "la polvorienta penumbra que circunda al mundo, producida por hombres de conceptos limitados".[1]

Lo segundo que me impresionó fueron las palabras finales de la Tablilla, con su mandato de buscar la renunciación, de dominar y proclamar las Enseñanzas de Bahá'u'lláh en todo el continente, y su afirmación de que los resultados serían divinos y universales a través de los siglos y ciclos.

Fueron estas palabras, con su énfasis en un rango de tal excelsitud que sólo los siglos y los ciclos podrán fijar su esplendor, las que me hicieron vislumbrar la clase de grandeza a la que 'Abdu'l-Bahá se refería en aquella ocasión en que me dijo: ***"Este es un Día de <u>Grandes Acontecimientos</u>."***

Es natural que consideremos famosos a aquellos hombres que lograron destacarse como estadistas o intelectuales. Cuando cabe mencionar a las grandes figuras de la historia, pensamos de inmediato en Julio César, Napoleón, Ciro el Grande, Aristóteles, Herbert Spencer, Einstein, si se trata de intelecto.

En otras palabras, juzgamos a los hombres de acuerdo con nuestras propias normas y es evidente que únicamente los seres superiores pueden determinar la verdadera grandeza, porque sus normas son las más elevadas y sólo ellos las cumplen y ejemplifican tal grandeza.

Durante los primeros dos siglos de la era cristiana, ¡cuán pocos reconocieron la deslumbrante grandeza del Sol de la Realidad en Jesucristo! ¡Quién hubiera pensado en relacionar la palabra "Grande" con los humildes pescadores que lo siguieron! Sin embargo, ¿qué quedó de los reyes e imperios cuyo poder doblegaba al mundo? ¿Y dónde están ahora esas personas humildes?

Cuando ese ser realmente Superior me habló sobre el Día en que sucederían Acontecimientos Muy Grandes, Él tenía en Su mente los siglos futuros en que el humilde de los siervos de la Gloria de Dios (Bahá'u'lláh) resplandecería en los

---

[1] ***Los Siete Valles, Bahá'u'lláh***

Cielos del Universo de Su Revelación. Y aunque en el sendero hacia esa grandeza se sufriera el escarnio de hombres de normas estrechas, se pasara por toda clase de críticas e ignominia – incluso por el martirio - ¿no sería acaso un privilegio el estar asociado con quienes antes, también por Designios Divinos, recorrieron el mismo Camino y encontraron ese Fuente de Alegría que es “el manantial de toda la felicidad del mundo”?

En verdad, el que aspira a la grandeza debe ser el siervo de todos “los esclavos del mundo”. “Regocijaos y sentíos contentos porque antes que a vos, así persiguieron a los Profetas”.

Recuerdo que un día del siguiente inverno [invierno] , después del regreso de 'Abdu'l-Bahá a Tierra Santa, estaba yo parado en una esquina de Broadway en el centro de Nueva York cuando repentinamente tuve una clara comprensión de esta verdadera grandeza y de la futilidad y falsedad de todas las normas mundanas. Ajeno a la muchedumbre repetí en voz alta las palabras de Emerson, aunque con significado muy diferente: “Adiós, mundo vano, regreso a mi Hogar”.

'Abdu'l-Bahá tenía la virtud de revelarles su propia capacidad a las personas que, con deseo sincero de encontrar el Camino de la Vida, le pedían orientación. Esta virtud era la que lo convertía en Maestro supremo y encausaba a los demás por el Sendero Recto y angosto. Nunca se ponía en el plano de su interlocutor a no ser que viera su falta de comprensión de cosas elevadas. Según su grado de desarrollo, les hablaba en términos que los llenaban de felicidad. A una madre que le preguntó ansiosa cómo debía tratar a un niño difícil, le respondió que le diera felicidad y libertad. Esta fue la actitud que Él siempre adoptó ante un alma inquieta.

Los hombres, atribulados por las circunstancias, engañados por las ilusiones de los sentidos, vagan en la soledad del Tiempo y Lugar. No se percatan de ello y esta ignorancia constituye la tragedia de la vida. Pero anhelan, por sobre todo, huir de esa soledad que los hace desdichados y bajo la presión de este deseo intuitivo, prueban todos los caminos que ofrezcan una pequeña esperanza de libertad. Para la gran mayoría, la huida parece más fácil escogiendo el sendero de lo que ellos llaman placer. Otros se sienten atraídos por la fama y el poder, que parecen decirles: “Seguidme y os daré, con la adulación del mundo, el descanso que buscáis de vuestro propio yo”. Y hay quienes encuentran un refugio en el intelecto: aplicando las barreras de la naturaleza, explorando el universo microscópico, desintegrando el átomo y bombardeando el electrón, escudriñando el especio interestelar con telescopios cada vez más poderosos. En todas estas empresas, aunque no lo sepan, buscan a Aquél Quien está en lo más íntimo de sus corazones, “más cerca de ellos que su propia identidad”. Aunque inherentemente,

fundamentalmente, en esencia, sin escape e insatisfechos con todo lo que el mundo contingente puede ofrecer, sin embargo tratan de encontrar dentro de él una respuesta a su mente y espíritu inquietos, sin la cual no encontrarán reposo. Instintivamente saben que deben huir del propio yo y por eso buscan, al lanzarse al mundo que los rodea, la forma par liberarse de su acecho. Anhelan un Hogar eterno, conocer y amar a Dios… pero esto lo ignoran.

'Abdu'l-Bahá, al igual que todos los líderes de la Humanidad, sí lo sabía. Ellos no ignoran lo que yace en lo profundo del corazón del hombre. Por estos, porque no había secretos para Él en el corazón del hombre que dudaba, respondía a lo inefable.

Cuando empecé a comprender esta maravillosa técnica de enseñar, me di cuenta por primera vez de la verdadera función sublime de cualquier ser que aspira a conducir a otro por el Camino de la Verdad; entendí por qué el Maestro de esta técnica parecía eludir muchas de mis preguntas y se refería a las grandes oportunidades de servir y de amar que yo tenía dentro de las actividades que entonces desempeñaba.

Si los rectores, directores y maestros de nuestras escuelas y universidades tan siquiera tuvieran una leve idea de esta técnica de enseñar, ¡cómo rebosarían las aulas con la bulliciosa alegría de estudiantes caminando con afán, por este Sendero! Lo único que se necesita es reconocer plenamente un hecho fundamental; que en este mundo todo ser ***"busca desatinadamente al Amigo".***[1]

Aunque así lo crean, no anhelan una respuesta para sus problemas personales. Sólo desean una cosa: la Verdad básica que los libere de la erudición de los libros creada por los hombres, la cual como ***"polvorienta penumbra surge de conceptos limitados"*** y envuelve al mundo entero. Desean la luz del Sol del Mundo de la Realidad y una vez que salgan de las penumbras del mundo contingente y de la ***"prisión del propio yo",*** podrán ver el Sendero por sí mismos. En ese glorioso esplendor toda pregunta contiene una respuesta, el Cielo está al alcance de la mano y Dios es el oído con el que el hombre escucha la contestación de todas sus preguntas. Porque cuando hablamos de ***"Dios",*** hablamos de la Verdad, la Sabiduría del Camino hacia una vida feliz y satisfactoria, de la ***"Morada de la Paz",*** de la Vida Eterna y del Mundo de la Realidad, pues éstos son sinónimos de Dios y lograr este conocimiento debería ser la meta de toda educación.

El saber esta Verdad permitió a 'Abdu'l-Bahá llegar hasta el ***"Yo"*** divino, oculto bajo la podredumbre del mundo contingente producida por la mente objetiva y la

---

[1] ***Los Siete Valles, Bahá'u'lláh***

estéril energía del cuerpo funcional. En cierta ocasión me dijo lo que después repitió a otros***: "Tengo la esperanza de que alcancéis un rango tal, que jamás volváis a dudar".***[1]

Nuestro primer encuentro con el Maestro después de Su regreso de Nueva York tuvo lugar en una reunión de los amigos en el estudio de Juliet Thompson, en W. 10th St., donde ella pintó el retrato inmortal de 'Abdu'l-Bahá. Me había convertido en un asiduo concurrente a una clase que allí se daba todos los viernes en la tarde y debido a estos contactos mi interés nunca decayó.

Aquella tarde 'Abdu'l-Bahá en Su charla se refirió primero al poder y a la majestad evidentes de Bahá'u'lláh, puesto que, a pesar de Su riguroso encarcelamiento, Su domino sobrepasó las murallas de la prisión y doblegó a alcaldes y carceleros. En segundo lugar, demostró en forma irrefutable que las enseñanzas de Bahá'u'lláh contenían muchos conceptos nunca antes revelados por los anteriores Profetas de Dios.

En la ciudad-prisión de 'Akká, cerca del Monte Carmelo, Bahá'u'lláh estuvo encarcelado durante 28 años después de 12 años de exilio y Su hijo, 'Abdu'l-Bahá, pasó en la cárcel exactamente 40 años. Sin embargo, desde esa prisión, Bahá'u'lláh escribió al Sháh de Persia y al indescriptible tirano Abdu'l-Hamid "amonestándolos severamente por la opresión de sus súbditos y el mal uso que hacían de su poder".

> ***Consideramos cuan maravilloso era el hecho de que un prisionero bajo la vigilancia y el control de los turcos amonestara con tanta valentía y severidad al rey mismo responsable de su encarcelamiento. ¡Qué inmenso poder! ¡Qué grandeza! La historia no registra nada similar. Aun estando prisionero en una fortaleza, no tomó en cuenta a estos reyes ni a su poder sobre la vida y la muerte; por el contrario, se dirigió a ellos en lenguaje claro y sin temor.***[2]

Es imposible describir la majestad de 'Abdu'l-Bahá cuando pronunció estas palabras. Su rostro estaba iluminado con un resplandor que no era de este mundo. Su propio ser parecía estar poseído por ese mismo Poder del cual hablaba. Con frecuencia tenía la costumbre de caminar de un lado a otro mientras la cadencia de Su voz llenaba la habitación y el intérprete traducía Sus palabras frase por frase. Sin embargo en esta ocasión, como la habitación no era muy grande y estaba repleta de amigos, había poco espacio para moverse en el lugar en que Él se

---

[1] ***La Promulgación de la Paz Universal***

[2] ***Promulgación de la Paz Universal***

encontraba de pie. No obstante, Su vitalidad espiritual parecía inundar el cuarto, dando la sensación (por lo menos, así lo creí yo) de que iba de un extremo a otro ahondando en cada corazón. Era como si dijera: Este es el Poder al cual refirió Cristo; las legiones de ángeles que Él se negó a llamar fueron evocadas por Bahá'u'lláh, porque había llegado el Momento predicho por Cristo y el Rey de reyes había subido a Su Trono.

El segundo tema al cual se refirió 'Abdu'l-Bahá fue a las Enseñanzas anunciadas por Bahá'u'lláh, que eran absolutamente nuevas y no se encontraban en Revelación alguna de las Dispensaciones del pasado. No repetiré la esencia de Sus palabras. Basta mencionar que especificó nueve puntos en la Revelación de Bahá'u'lláh, que eran nuevos. Dijo: “Esto es una respuesta a los que preguntan: ¿qué hay en las enseñanzas de Bahá'u'lláh que no se haya escuchado antes?”

Sus palabras finales expresaron el poder que surge de la persecución.

Orad para que se multipliquen Mis enemigos. Ellos son Mis heraldos.

Orad para que aumenten en número y vociferen con mayor fuerza. Cuanto más me injurien y mayor sea su agitación, más grande y poderoso será el efecto de la Causa de Dios.

Gradualmente desapareará la penumbra del mundo exterior y la Luz de la Realidad brillará hasta que toda la tierra esté resplandeciente con Su Gloria.[1]

[1] ***La Promulgación de la Paz Universal***

CAPÍTULO DECIMO

EL UNIVERSO DE BAHÁ'U'LLÁH
LA EVOLUCIÓN DEL HOMBRE
LA GLORIA DE AUTOSACRIFICIO

He ofrecido Mi alma y Mi cuerpo en sacrificio por Dios, el Señor de todos los mundos. Sólo hablo por Mandato Suyo, y mediante el Poder de Dios sólo acepto Su Verdad. En realidad, Él recompensará a los veraces.

Pasajes de los Escritos de Bahá'u'lláh LXVI



La gran asamblea reunida en el banquete que tuvo lugar en el Great Northern Hotel la tarde del 29 de noviembre, fue la culminación de las charlas públicas dadas por 'Abdu'l-Bahá en este país. No recuerdo que hubiera otra ocasión tan plena de significados. Se habían reunido más de 600 personas y la magnífica sala de banquetes estaba repleta. Asistieron representantes de todos los grados de riqueza y pobreza, de gente culta e inculta; de las razas blanca, amarilla, negra y cobriza, como también de muchas naciones de Oriente y Occidente.

El objeto de esta reunión fue tan universal como el público asistente. No se realizó para mover ambiciones personales o políticas; no en provecho de ningún grupo social o financiero, ni de organización religiosa alguna. Este sólo hecho basta para señalarla como algo único y si consideramos la propia definición de 'Abdu'l-Bahá en cuanto a sus objetivos, vemos que estos sobrepasan en grandeza su índole excepcional.

> ***Vuestra reunión esta noche es de carácter universal; su propósito es sublime y divino porque significa la unidad del mundo de la humanidad y promueve la Paz Internacional. Está dedicada a la solidaridad y hermandad de la raza humana, al bienestar espiritual del hombre, a unir las enseñanzas religiosas con los principios de la ciencia y de la razón. Promueve amor y fraternidad entre todos los seres, busca la abolición y destrucción de las barreras que separan a la familia humana, proclama la igualdad de hombres y mujeres, inculca éticas y preceptos divinos, ilumina las mentes con percepción sublime, atrae las bondades infinitas de Dios, elimina los prejuicios raciales, nacionales y religiosos, y establece las bases del Reino celestial en los corazones de todos los pueblos.***[1]

Es difícil asignar a cualquier conjunto de hechos de la Fe bahá'í la razón para su aceptación. Sin embargo, no es mucho decir que, en la etapa de compresión que en ese entonces había alcanzado, a mí me parecía que ninguna mente racional podría negarse por lo menos a estudiarla con ahínco y entusiasmo. Indudablemente nadie podría dejar de reconocer el mérito de tales objetivos.

Pero el cuadro que nos dé este resumen no es completo si no incluye la personalidad y la historia de la vida del que habló.

Teníamos ante nosotros al representante vivo, a la encarnación misma de los ideales que exponía con tanta serenidad. Cada palabra, cada pensamiento, cada acto de Su vida diaria eran un ejemplo de los mismos. Y no hago esta afirmación por lo que he leído sobre Su útil vida desde que tenía ocho años, ni porque hasta

---

[1] ***La Promulgación de la Paz Universal***

Sus enemigos y perseguidores llegaron a reconocer el amor que sintió por ellos y por todos los seres, a pesar de su actitud para con Él y Su Fe. Lo afirmo basándome en mi cuidadosa observación durante las muchas ocasiones que tuve de tratar a esa sublime Personalidad.

Quienes hayan leído este relato detenidamente, buscando el espíritu en palabras mal hilvanadas, comprenderán lo que quiero decir. "La percepción espiritual llega al significado de las cosas, no así el antagonismo o la disputa".[1] Suponer que 'Abdu'l-Bahá bajara al plano de los prejuicios personales y mostrara animosidad hacia cualquier criatura viviente, que evitara un argumento racional, que actuara o hablara conforme a otra conducta que la dictada por el Espíritu Santo, sería como imaginar que el Sol dejara de brillar. Sus enseñanzas reflejan su condición de ser; practicaba lo que predicaba. ¿Es acaso extraño que esa reunión pueda considerarse de naturaleza tan singular, casi sin paralelos en la historia?

Otra cosa en esa charla que me impresionó profundamente fue que no hubo mención de la Fe bahá'í como tal, ni de Él mismo, ni de Bahá'u'lláh. Es como si 'Abdu'l-Bahá dijera: he aquí los ideales y propósitos que represento. Si os parecen valiosos, tal vez queráis investigar de donde viene el Poder que en los últimos sesenta años ha hecho que la humanidad se interese en ellos, no obstante que, en el curso de la historia, los ha desdeñado y rechazado. Después que aceptéis y tratéis de vivir la vida que os presento, habrá tiempo suficiente para que estudiéis la doctrina, la filosofía, la dinámica espiritual que encierra las enseñanzas. ***"El que hiciere las obras, conocerá la doctrina"***.

Con frecuencia se me ha preguntado: "¿Por qué cree usted en las Enseñanzas de Bahá'u'lláh?" Quizás el resumen anterior de las enseñanzas objetivas y la descripción de mis relaciones con el Maestro ayudarán al lector a encontrar la respuesta. Pero posiblemente también se requiera una contestación más explícita y esta se encontrará en la necesidad que tiene todo ser humano normal de una verdad básica sobre la cual pueda construir su vida.

No soy creyente debido a explicaciones preconcebidas de esta Verdad fundamental basada en las ideas de quienes me rodean, como lo es el musulmán porque nació donde prevalece tales principios; como el cristiano porque fue criado bajo esas enseñanzas; y como son los diversos creyentes de diversas teológicas del mundo. Desde el punto de vista humano soy, antes que nada, un ser racional. Tengo una mente que requiere satisfacciones intelectuales. En las enseñanzas de Bahá'u'lláh y 'Abdu'l-Bahá he encontrado explicaciones mucho más satisfactorias

---

[1] ***Los Siete Valles, Bahá'u'lláh***

que ninguna otra sobre el significado, el origen y el destino de la vida. No vacilo en afirmar que si mañana me fuera presentada una filosofía mejor y más clara, una dinámica más espiritual, la aceparía sin titubeos. Y esto me parece a mi razón concluyente para su aceptación.

Recuerdo que hace muchos años invitamos a nuestra casa a una amiga que deseaba saber por qué habíamos aceptado con tanto entusiasmo la Fe bahá'í. Se trataba de una mujer joven con grandes méritos. Era artista y escultura; poseía una amplia cultura y experiencia, además de un espíritu inquieto. Después de haber estado conversando durante un rato, hizo la siguiente observación: "¿Pero cómo puede uno decidirse entre tantas religiones de la humanidad? Por ejemplo, yo tengo un amigo judío que está tan seguro de que su fe implica todo lo que necesita la mente y el corazón, como usted lo está respecto a la Fe bahá'í. Otra de mis amigas es una ferviente seguidora de la Ciencia Cristiana[1] y no comprende por qué los demás no comparten su fe. Y naturalmente muchas de mis amistades son cristianos sinceros, tanto católicos como protestantes, que igualmente están seguros que los principios de su religión contienen todo lo necesario para esta vida y la otra. El budista, el musulmán, el teósofo abrigan la misma certeza. ¿Cómo, entonces, se puede tomar una decisión?"

Yo le contesté: "Deberíamos estar agradecidos que en todas las religiones hay personas que sinceramente buscan y siguen la Verdad… porque hay una sola Verdad. Sin embargo, me gustaría saber si entre sus amigos son muchos los que creen y aplican de corazón las enseñanzas y el ejemplo de los Fundadores de todas las religiones. En otras palabras, ¿simpatiza su amigo católico con su hermano protestante y lo quiere realmente? ¿Acepta su amiga de la Ciencia Cristiana las enseñanzas del amigo judío? ¿Puede usted imaginarse a un budista aceptando y amando al cristiano, al musulmán y al judío como participantes de la Fuente de la Verdad Universal?"

Sin titubear nuestra amiga respondió: "Por supuesto que no. Nadie podría hacer algo semejante".

Con gentileza agregué: "Eso es exactamente lo que requieren las enseñanzas bahá'ís. Nadie puede considerarse como tal si no acepta a todos los Profetas como Voceros del mismo Dios. Sus enseñanzas básicas son idénticas; las leyes que promulgan son superficialmente diferentes, puesto que su función es la de guiar a los hombres hacia una civilización superior y las necesidades de cada época exigen una aplicación específica de esos principios eternos. En consecuencia, el aceptar a

---

[1] ***Secta cristiana fundada en los Estados Unidos por Mary Baker Eddy en 1866***

Una de estas Manifestaciones de la Sabiduría y del Poder Infinitos es aceptarlas a Todas: el rechazar a Una de Ellas, significa rechazarlas a Todas. Esto es lo que Bahá'u'lláh quiere decir cuando habla de creer en “La Unidad e Indivisibilidad de Dios”.

Lo anterior ilustra el significado que le doy a una razón terminante para la aceptación lógica y racional de las Enseñanzas de Bahá'u'lláh. El Círculo trazado por Él es tan amplio que ninguna criatura queda excluida; ninguna pregunta queda sin respuesta; ningún problema sin resolver; ninguna duda sin esclarecer. Y no porque estos problemas intelectuales, sociales, económicos y religiosos sean menospreciados, sino porque se simplifican, se reducen a lo esencial, ordenándolos y clasificándolos en tal forma que cualquier adolescente puede regular su vida conforme a ellos.

Por ejemplo: Nuestra teoría materialista sobre la evolución comienza con la primera célula y termina con el hombre, dejando intacto un amplio campo. El dominio emocional, ético, moral y espiritual del hombre se convierte en una especie de Tierra de Nadie. ¿Acaso es de extrañar la controversia que ha surgido en este campo? Bahá'u'lláh enseña que Dios y Su creación son coeternos, puesto que es imposible imaginar que el Creador existiera antes de lo creado por Él, como tampoco a un rey sin reino o a un general sin ejército. Como vemos, esto pone fin a las interminables discusiones respecto al origen del hombre y a los comienzos de la vida. Lo aceptamos o no, es imposible negar que sea básico.

En cierta ocasión le preguntaron a 'Abdu'l-Bahá qué es lo más importante en la evolución del hombre, la herencia o el medio ambiente. Respondió que ambos son importantes pero que, en cuanto a la evolución siempre debemos recordar que Dios es el verdadero Padre del Hombre. No podríamos concebir nada tan fundamental para nuestro razonamiento porque no excluye ninguna explicación intelectual o materialista (de haberla) sobre el origen del hombre; por lo contrario, incluye todo el campo que nuestros sabios pasan por alto. No niega lo primero sino que le confiere una radiante sencillez una claridad de sentido, sin lo cual sobrevienen interminables disputas. Además, no hay nada en esta hipótesis que vaya en contra de las más avanzadas ideas científica: “Algunos lo llaman evolución y otros lo llaman Dios”.

He aquí otro ejemplo de cómo Bahá'u'lláh simplifica las cosas fundamentales. Recomienda al hombre que se libere de la maraña, confusión y esclavitud de las palabras de definición, que Él llama “Mar de Nombres”, y que vean la Realidad que vanamente tratan de representar y limitar.

Refiriéndose al tema de la economía política, 'Abdu'l-Bahá ha dicho: ***"Todos los problemas económicos pueden resolverse aplicando la <u>Ciencia</u> del Amor a Dios".*** Es decir: si la Regla llamada áurea es tratada como si fuera de plomo (peor aún, porque el plomo tiene sus usos y la Regla Áurea ha sido olvidada en un estante lleno de polvo) y si realmente se aplicara a los problemas económicos del mundo que si no se resuelven, amenazan destruirnos, y si el amor a Dios – la clase de amor que hace feliz a un hogar – se usara como una medida científica para controlar los asuntos nacionales e internacionales, para fijar las relaciones entre el capital y el trabajo y entre ricos y pobres, para controlar el sistema comercial y monetario, ¿puede haber duda que los resultados serían mejores para la humanidad que los de nuestras políticas actuales?

Bahá'u'lláh afirmó que la raza humana es esencialmente una y que el concepto de "La Unidad del Hombre" es básico para la civilización moderna. En Sus charlas sobre este tema, 'Abdu'l-Bahá ha demostrado en forma terminante que todas las razas tienen una sola raíz y que las diferencias superficiales de color, fisonomía, etc., se deben a influencias multiseculares de clima y alimentación por las continuas migraciones de los primeros hombres. Nuevamente aquí no sólo estamos en acuerdo absoluto con los descubrimientos más avanzados de los antropólogos y etnólogos sino que, tomándolos como corolario de los principios mencionados más arribe, tenemos una base científica para abordar el problema de los llamados pueblos "subdesarrollados", "atrasados", "sometidos", la cual, una vez que se comprendiera y aplicara como descubrimiento científico, establecería una política internacional que en una sola generación eliminaría los prejuicios raciales, nacionales, económicos, y religiosos con sus consiguientes horrores de linchamientos, masacres, expatriaciones, fronteras armadas y otras males ligeramente menores, tales como impuestos aduanales, monopolios económicos, "expansión colonial", y toda una gama de anomalías similares.

Habrían muchos otros ejemplos, pero éstos bastan para explicar lo que deseo, es decir que las Enseñanzas de Bahá'u'lláh son sencillas y claras y fáciles de entender por una mente normal, innegables para la mente científica, apropiadas para solucionar todos los problemas modernos, y de naturaleza tan universal que pueden ser aplicadas por cualquier individuo o pueblo.

Me he extendido un tanto en la materia porque es esencial que la entiendan cuando se da respuesta a una pregunta formulada con frecuencia: "¿Qué hay en estas enseñanzas digno de ser adoptado por mí o por cualquier otra persona reflexiva? La Revelación de Bahá'u'lláh nos presenta un Orden Mundial totalmente nuevo basado en principios esenciales y eternos que, cuando se apliquen, resultarán en una paz, prosperidad y felicidad nunca antes conocidas. Las bases son, por

cierto, espirituales o religiosas, pero estos términos se emplean con un significado absolutamente nuevo y conforme a toda investigación científica, a toda experiencia humana.

Las palabras finales de esta breve charla en el banquete efectuado en el 'Great Northern Hotel' enfatizan este concepto fundamental de valores:

> ***Esta reunión es, en verdad, la más nobel y valiosa de todas las reuniones del mundo debido a los objetivos espirituales y universales que implica. Una asamblea y un banquete como éstos imponen la devoción sincera de todos los presentes y atraen la bendición de Dios… Tened confianza y sed firmes; vuestros servicios han sido confirmados por los Poderes del Cielo porque os guía una intención elevada y un propósito digno y puro. Dios ayuda a las almas que dedican sus esfuerzos al bienestar y mejoría de toda la humanidad.***[1]

Seis días después asistí a una reunión en la que 'Abdu'l-Bahá habló sobre "El Misterio del Sacrificio". Desde que empecé a conocer las Enseñanzas bahá'ís, tuve gran interés en este aspecto de ellas, lo que consta en las preguntas que le hice al Maestro acerca de la renunciación.

Ni aun ahora podría decir por qué me interesaba este aspecto, ya que a la mayoría de las personas que en ese entonces rodeaban al Maestro parecía importarles más la alegría y felicidad por el Nuevo Nacimiento. Para mí los dolores del parto eran demasiado evidentes, demasiado dolorosos para pasar inadvertidos. El cortar el cordón umbilical que me unía a la matriz de este mundo, exigía tanta concentración, que no había tiempo ni ocasión para valorar el mundo en que me veía introducido.

Quizás mi intenso interés en el tema de la renunciación se debía a que desde hacía mucho tiempo comprendía que el egoísmo, el orgullo en las realizaciones propias (por limitadas que fueran), la escala de valores personales, eran los grandes impedimentos para la paz y el progreso espiritual y material. No había duda de que tanto yo como los demás que me rodeaban – por no decir nada de las motivaciones de los estadistas, hombres de negocio, de las cortes de justicia y costumbres sociales – estábamos todos obsesionados por la psicología animal del "yo". Los teólogos no se diferenciaban en esto. En realidad, insistían en el sacrificio pero el Sacrificio de Otro, lo que parecía una fácil puerta de escape, una actitud deshonesta y totalmente irracional.

---

[1] ***La Promulgación de la Paz Universal***

Sin embargo, cualquier observador comprende que el sacrificio es un principio fundamental de toda vida. La relación que existe entere el alimento y el que se alimenta por lo general se juzga únicamente desde el punto de vista del que come. Pero si los alimentos fueran consultados su reacción sería otra. Hay dos posibles criterios de apreciación: el de resentimiento por perder su rango de animal o vegetal o el de regocijo por pasar del rango de animal y vegetal al del organismo humano y convertirse en parte activa del músculo, del nervio y del cerebro del hombre. Contemplamos al mundo de la Naturaleza y lo vemos como un campo de batalla entre el débil y el fuerte. Pero también puede verse como el campo de sacrifico, en donde formas de vida inferiores o más débiles se transforman, por medio del autosacrificio en otras superiores y más fuertes. En realidad, es muy posible que este mismo principio de sacrificio se encuentre detrás de la lenta evolución de las especies.

Así, cuando 'Abdu'l-Bahá inició Su charla con las siguientes palabras: ***"Esta tarde deseo hablaros sobre el misterio del sacrificio"***[1], despertó en mí el más vivo interés. Después de indicar que la explicación generalmente aceptada del Sacrificio de Cristo es pura superstición puesto que no responde al sentido común ni a la razón, dio a conocer el verdadero significado de la palabra, dividiéndole en cuatro partes.

Primero: el sacrificio de Cristo consistió en la renunciación voluntaria a todo lo que ofrece este mundo, incluyendo la misma vida, para poder guiar a los hombres por el Camino de la verdadera Vida.

Si hubiera deseado salvar Su propia vida y no ofrecerse en sacrificio, no hubiera podido guiar a una sola alma. Este es uno de los significados del sacrificio.

Un segundo significado yace en la verdadera explicación de Sus palabras: "Aquel que se alimente de Mi cuerpo vivirá eternamente".

No hay duda que el cuerpo físico de Cristo nació de María pero la Realidad de Cristo, las perfecciones de Cristo vinieron del Cielo.

En consecuencia, Él quiso decir que si algún hombre compartiera estas perfecciones y por las perfecciones divinas sacrificara las del mundo material, entraría en el mundo celestial de Cristo y se libraría de las limitaciones del mundo de los mortales.

---

[1] ***La Promulgación de la Paz Universal***

El tercer significado: Una semilla se sacrifica por el árbol que brotará de ella. Aparentemente, la semilla se pierde pero se encarnará en el árbol, en sus ramas, en sus flores y frutos. Si la identidad de la semilla no hubiera sido sacrificada por el árbol, no habría ramas, flores o frutos. Cristo desapareció en apariencia pero las bondades, las cualidades divinas y perfecciones de Cristo se manifestaron en la comunidad cristiana que Él creó al sacrificarse".

El cuarto significado del sacrificio es el principio de que una realidad sacrifica sus propias características. El hombre debe separarse del mundo de la naturaleza y de sus leyes, porque el mundo material es el mundo de la corrupción y la muerte; es el mundo del mal y la obscuridad, de lo bestial, de sed de sangre, avaricia y ambición, de adoración de sí mismo, egoísmo y pasión. El hombre debe liberarse de estas tendencias, que son propias del mundo exterior, del mundo material.

Por otra parte, el hombre debe adquirir cualidades y atributos divinos. Debe convertirse en imagen y semejanza de Dios; debe manifestar el amor de Dios, ser luz que guía, el árbol de la vida, el depositario de las bondades de Dios.

<u>Es decir, el hombre debe sacrificar las cualidades y los atributos del mundo de la naturaleza por las cualidades y los atributos del mundo de Dios.</u>

Quisiera pedirle al lector que se fije en la escala ascendente de estas definiciones y el énfasis final sobre la responsabilidad del individuo para lograr el rango de perfección. Aquí no hay dependencia en el sacrificio del otro. El llamamiento es para todos, para que abandonemos a cualquier costo, el mundo del hombre material, a fin de poder entrar en el mundo de la Realidad, que no está sujeto a las leyes de tiempo, lugar y decadencia. ¡Con cuánta lógica y sencillez se presenta! ¿Podría haber algo más hermoso, más atrayente, que Su ejemplo del sacrificio del hierro por el fuego?

Observad las cualidades del hierro… es sólido, negro y frio. Cuando el hierro absorbe el calor del fuego, sacrifica sus cualidades de frialdad por las del calor, propias del fuego; así pierde el hierro lo sólido, lo negro, lo frio. Se hace luminoso y se transforma sacrificando sus cualidades por las del fuego.

En igual forma el hombre, al liberarse de los atributos del mundo de la naturaleza sacrifica las cualidades y exigencias del dominio de los mortales y manifiesta las perfecciones del Reino… así como

desaparecieron las cualidades del hierro y fueron substituidas por las del fuego. En consecuencia, todo ser perfecto todo individuo celestial e iluminado, se encuentra en el rango del sacrificio… Que la Luz divina se manifieste en vuestros rostros, que aspiréis la fragancia de lo Sagrado y que el Hálito del Espíritu Santo os dé Vida Eterna.[1]

Al finalizar estas palabras me pareció ver por primera vez, después de largos años de búsqueda y de lucha, que tenía ante mí una meta segura, alcanzable. La meta no es otra que la perfección y nada costaría demasiado para alcanzarla.

Es necesario hacer una interpretación en cuanto al significado de perfección en la terminología bahá'í. Nunca debe olvidarse que las afirmaciones de 'Abdu'l-Bahá son, en esencia, lógicas y científicas. Toda afirmación (por lo menos, en principio) debe comprobarse. Por ejemplo, al usar la palabra "perfección", se acepta el principio de relatividad. La afirmación de Jesús: "Nada hay bueno, excepto Dios", se entiende como un axioma científico; es decir, la perfección parece imposible excepto para el Incondicional, el que "Subiste por Sí Mismo"… toda otra perfección es relativa. Hablamos de una rosa perfecta pero no queremos decir que es imposible imaginar otra más hermosa, sino que, según nuestra experiencia, en este instante esa rosa nos parece la más bella, la más perfecta que hayamos visto. Tampoco comparamos la perfección de esa rosa con otros objetos, ni tan siquiera con otra rosa de distinto tipo y color. Es posible que la siguiente instante nos refiramos a una perfecta puesta del sol, a un bebé perfecto o a una acción perfecta, pero siempre teniendo en cuenta la relatividad.

Lo mismo rige cuando hablamos de un hombre perfecto. No queremos decir – ni siquiera sería posible decirlo – que no pudiera ser más noble o más "perfecto" independientemente del grado de nobleza que haya alcanzado. Simplemente nos referimos a que su condición superior, comparada con el nivel común del comportamiento humano, se acerca más a nuestro ideal, hasta entonces conocido.

De manera que llega a ser una cuestión de niveles personales e individuales. El ideal de perfección de un gangster sería muy diferente al de Abraham Lincoln. Cada alma debe crear o asimilar un ideal de perfección, que a la vez esté a su alcance y le satisfaga.

La diferencia entre el ideal bahá'í y cualquiera hasta ahora hayamos presentado, radica en el hecho de que el ideal bahá'í incluye la perfección de grupo. Implica el postular al hombre como un ser gregario, social, cosmopolita, internacional, mundial. Bajo esta categoría, un hombre perfecto simplemente debe tener

---

[1] ***Promulgación de la Paz Universal***

atributos, que, si se extienden a un número suficiente de personas, darán como resultado un Orden Mundial, cuya meta es eliminar aquellos factores que en el pasado (y aún ahora) han tendido a imperfecciones relativas tanto en el individuo como en la sociedad.

Cuando mencioné la palabra “perfección, quise decir que por primera vez vi la posibilidad, más bien tuve la certeza, de que los ideales que como cristiano sostuve durante muchos años podrían realizarse o sea, adherir mis normas de conducta a las establecidas por Cristo. Me dije a mí mismo: “Aunque demore cien mil años, en esta vida o en la otra, puede y debe hacerse”.

En esa época aún no se establecía el “Orden Mundial” de Bahá'u'lláh pero estaba previsto en Sus Escritos y había sido explicado por 'Abdu'l-Bahá. Sin embargo, inclusive entonces era evidente para cualquier persona que pensara con claridad que sólo se requería su difusión y aceptación para que disminuyera el desorden mundial imperante, de guerras, crímenes, pobreza y confusión. Las Palabas de Bahá'u'lláh y 'Abdu'l-Bahá revelan cuáles serán las condiciones del mundo cuando estos ideales se pongan en práctica.

Este mundo llegará a ser como un Jardín, como un Paraíso.
Este trozo de tierra llegará a ser un trozo de Cielo.

Tal vez lo que más profundamente me conmovió fue la clara explicación de lo que significa alcanzar “el rango del sacrificio”. ¡Liberarse del “yo” animal, mezquino y egoísta! ¡Una meta maravillosa y ya no vaga e ilusoria! Se había convertido, por lo menos en ese momento de clara percepción, en una meta posible.

Más aún, la palabra “sacrificio” era ahora tentadora. Ya no significaba sufrimiento y privaciones; representaba el cambio de algo de poco valor por algo infinitamente valioso, el no renunciar a lo que se desea sino lograr lo deseado. En vez de ser una proposición dudosa en que los beneficios son inciertos e intangibles, había asumido las proporciones de una clara transacción. Acudí al mercado para comprar perlas y ahora estaba interesado en la Perla de Mayor Precio.

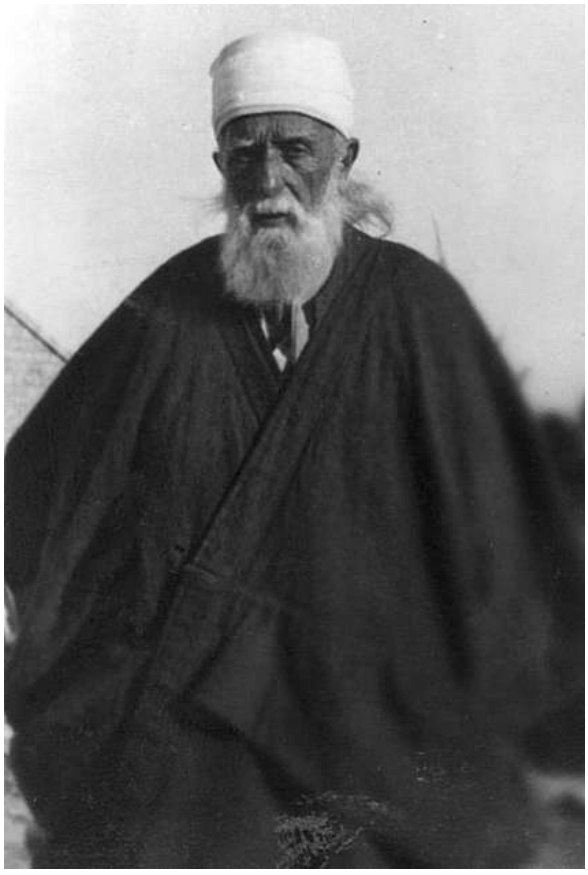
CAPÍTULO DECIMOPRIMERO

INSTRUCCIONES SOBRE COMO VIVIR. ¿QUÉ ES LA AUTORIDAD? LA CIENCIA DEL AMOR A DIOS

La Belleza Eterna ha aceptado ser encadenada para que la humanidad se libere de la esclavitud; ha aceptado convertirse en prisionera dentro de esta poderosa fortaleza para que el mundo entero logre la verdadera libertad.

Ha escanciado hasta sus heces la copa del dolor para que todos los pueblos puedan alcanzar una alegría permanente y estén plenos de felicidad.

Pasajes de los Escritos de Bahá'u'lláh XLV



A medida que se acercaba el día que marcaría el término de la visita a América de 'Abdu'l-Bahá, se hizo cada vez más intolerable el pensar en Su partida, y por lo consiguiente la imposibilidad de cambiar con Él aunque fueran unas pocas palabras, y el no tener ya el invaluable privilegio de observarlo mientras hablara, caminara o se sentara en silencio cuando otros tuvieran la palabra. En los primeros cinco días de diciembre de 1912, dediqué escaso tiempo a mi familia y a mi congregación. Dondequiera que 'Abdu'l-Bahá estuviera, allí estaba yo siempre que podía escabullir mis deberes. La única vez que falté fue en ocasión de la charla que dio en la Sociedad Teosófica la tarde anterior a Su partida, por tener yo un compromiso ineludible. Por lo demás, día y noche acudí a la casa número 780 de West End Ave. donde 'Abdu'l-Bahá pasó aquellos últimos días con los amigos a quienes con frecuencia me ha referido en esta narración y que pusieron cuanto tenían a Su disposición durante Su permanencia en el país.

Guardo en mi memoria, como uno de mis más caros recuerdos, la tarde del 2 de diciembre, cuando el Maestro habló ante un grupo de amigos, tocando las cuerdas más sensibles en la naturaleza humana, en forma tan encantadora, sólo comparable a las últimas palabras que Jesús dirigió a Sus discípulos. ¡Que juzgue el lector si esta comparación es atinada! 'Abdu'l-Bahá habló brevemente; según los archivos que contienen la serie de charlas que dio en este país, no fueron más de 300 palabras, que citaré en su totalidad por su valor intrínseco. Pero ninguna transcripción de las Palabras en sí, por conmovedoras y enaltecedoras que sean, podría expresar la majestad, la delicadeza, la humildad y el amor que las animaba. Me senté muy cerca de Él y parecía que de Su ser al mío fluía un abrumador torrente de fuerza espiritual que por momentos era arrollador. Primero dijo que puesto que esos eran los últimos días que pasaría con nosotros, deseaba darnos Sus "instrucciones y exhortaciones finales, que no eran otras que las Enseñanzas de Bahá'u'lláh". Luego prosiguió:

> ***Debéis mostrar amor y afecto absolutos para con toda la humanidad. No os consideréis superiores sino que iguales a los demás, y reconocedlos como siervos de un solo Dios. No olvidéis que Dios es compasivo para todos; en consecuencia, amad a vuestros congéneres desde el fondo de vuestro corazón, antes que a vosotros mismos, dad preferencia a las personas de otras religiones. Mostrad amor hacia las razas y sed bondadosos con las gentes de todas las nacionalidades. Nunca os refiráis a nadie con menosprecio; os corresponde alabar sin hacer distinciones. No contaminéis vuestras lenguas hablando mal de otros. A vuestros enemigos reconocedlos como amigos y a quienes os deseen mal consideradlos como portadores del bien. No debéis ver la maldad como tal y luego***

contradeciros en vuestras opiniones porque es hipocresía tratar con gentileza y bondad al que consideráis malo o enemigo, y esto es indigno e inadmisible. ¡No! Debéis considerar a vuestros enemigos como amigos, aceptad a aquellos que te desean mal como aceptáis a aquellos que te desean bien, y tratarlos de conformidad con esto. Actuad de manera que en vuestros corazones no anide el odio y no os sintáis ofendidos con nadie. Si alguien comete un error y os daña, perdonadlo de inmediato. No os quejéis de los demás ni reprendáis a nadie; si deseáis amonestar o aconsejar, hacedlo en tal forma que no hieras el corazón del que os escuche. Pensad siempre en verter alegría en los corazones.

¡Guardaos de ofender a nadie! Ayudad al mundo de la humanidad en cuanto os sea posible. Sed fuente de consuelo para el que sufre y apoyo para el débil. Socorred al indigente, glorificad al humilde y proteged al que teme.

En otras palabras, que cada uno de vosotros sea fanal que alumbre con las virtudes del mundo de la humanidad. Sed dignos de confianza, sinceros, afectuosos y plenos de castidad. Sed una inspiración; sed espirituales, divinos, gloriosos, vivificados por Dios. Sed bahá'ís.[1]

En esta época de falta de fe, en que el mundo del intelecto está obsesionado con ilusiones de su propia infalibilidad; en que la ciencia sólo acepta depender de sus descubrimientos; en que la mismísima palabra “Autoridad”, como fuente de toda verdad, es anatema hasta para la persona más reflexiva y espiritual, estas Palabras brillan cual el sol que se levanta sobe un mundo lleno de tinieblas.

Si pudiéramos interrogar a estos “ignorantes a quienes los hombres llaman sabios” (citando las propias palabras de Bahá'u'lláh), quisiera que uno o todos ellos definieran lo que es “Autoridad”. ¿Niegan toda dependencia en ella, o sólo en la forma de autoridad que trata aspectos relacionados con lo que pueden captar los cinco sentidos? ¿Aceptan a Aristóteles, Newton, Hegel, Spencer y Einstein como “autoridades” en sus propias disciplinas, pero rehúsan aceptar a Moisés, Buda, Jesucristo, Muhammad, Bahá'u'lláh y 'Abdu'l-Bahá como autoridades en las suyas? Antes de siquiera ponerse a pensar, ¿pretenden creer acaso que en la vida del hombre no existen cosas tales como la esposa, el hijo, el amigo, el hogar, donde el amor y el auto-sacrificio se consideran como partes integrantes de la naturaleza del hombre? ¿Excluyen toda aspiración, todo amor a la belleza y a la verdad, todo heroísmo y remordimiento?

---

[1] ***La Promulgación de la Paz Universal, p. 520***

Me parece que alguien responde: “¡Ah!, pero es que usted se precipita. No aceptamos a ninguno de los hombres a los que se refiere como “autoridades” en sus propias disciplinas. Si lo hiciéramos, no habría progreso alguno, ni invenciones, ni esperanzas de nuevas verdades. Los aceptamos como “autoridades” sólo cuando lo contrario queda refutado. Por ejemplo, cuando Einstein y Minkowsky publicaron sus ideas revolucionarios que cambiaron todas nuestras nociones sobre el espacio y tiempo – y poco después Rutherford introdujo ideas que igualmente cambiaron nuestros conceptos fundamentales sobre la materia, no los aceptamos como “autoridades”. Por el contrario fueron atacados y objeto de toda clase de preguntas agudas hechas por científicos del mundo entero. Sólo después de esto, pero a reserva de futuros descubrimientos, fueron proclamados autoridades provisionales. En cualquier momento puede presentarse un nuevo factor que altere por completo las bases sobre las cuales descansan sus hipótesis. Esta es la razón por la cual no podemos aceptar en el campo de lo inmaterial lo que no aceptamos en el dominio de los sentidos”.

Aun cuando pudiera pecar de inexactitud, este es el nivel de pensamiento del científico. Cabría preguntarle entonces si por casualidad cree que el pensador moderno adopta, en cuanto a lo espiritual, una actitud diferente ante lo que él llama Verdad revelada. Por lo que al bahá'í se refiere, este no es el caso.

El primer principio por el que se guía el firme pensador bahá'í es “La libre investigación de la verdad”. Esta es una recomendación (casi dije una orden) de Bahá'u'lláh. Al explicar esta norma fundamental, 'Abdu'l-Bahá ha dicho:

> ***La religión debe estar de acuerdo con la ciencia y la razón; de lo contrario, es superstición. Dios ha creado al hombre para que perciba la realidad de la existencia, y lo ha dotado con mente y razón para que descubra la verdad. En consecuencia, el conocimiento científico y la creencia religiosa deben concordar con el análisis hecho por esta facultad divina del hombre.***

Y nuevamente:

> ***Si la religión se opone a la razón y a la ciencia, la fe es imposible; cuando en el corazón no existe fe y confianza en la religión divina, no puede haber progreso espiritual.***

Y aún más:

> ***Dios le ha dado al hombre el don de la mente para que pueda aquilatar todo hecho o verdad que se le presente, y juzgarlo de manera razonable.***

Y finalmente:

Sería mejor no tener religión alguna, que una religión que no concordara con la razón.

Es decir, las definiciones del moderno pensador sobre la "autoridad" concuerdan, en todo sentido, con las del científico. Nada queda aceptado hasta no haber pasado por el alambique de la razón humana. La única diferencia radica en el hecho de que el bahá'í (cuyo término significa él que busca con sinceridad la Luz y la ama independientemente de donde provenga su brillo) amplía los límites de su búsqueda de la verdad para incluir, no sólo los recursos de los sentidos, sino también las emociones, los ideales, las aspiraciones del espíritu del hombre.

Me he rebelado íntimamente, desde hace mucho, en contra de la presunción de los así llamados "intelectuales", de que la "ciencia" cae únicamente en el dominio de los sentidos. ¿Por qué no habría de incluir la palabra ciencia todo al campo de la experiencia humana? Alguien ha dicho que nada de lo que es digno de prueba, puede probarse. Si nos dijeran que no existe nuestro amor por la esposa o por el hijo porque no puede someterse a prueba del microscopio, creo que con toda razón nos sentiríamos ofendidos. Sin embargo, el Amor es tan susceptible de "prueba" como lo es la ley de gravitación, sobre la cual, dicho sea de paso, nuestros científicos modernos empiezan a tener dudas. Pero no se atreven a dudar del fenómeno del Amor y de sus diversas manifestaciones en la experiencia del hombre, ya que es susceptible de prueba por todas las facetas de dicha experiencia.

Por consiguiente, cuando acepto sin titubeos como palabras "autorizadas" las aquí citadas en relación con la vida ideal y satisfactoria, lo hago sólo después de haber pasado la prueba de mi razón y juicio. Creo que la mente no podrá negar que estas exhortaciones son sencillas y razonables; ni las emociones, el "corazón" que tampoco podría rechazarlas como pueriles e insatisfactorias. Y la experiencia, tanto la personal como la de la historia del hombre, no podría desconocer sus buenos resultados al aplicarse a los problemas humanos; de lo contrario Marco Aurelio, Epicteto, Emerson, y muchos otros de su casta, serían unos ilusos.

Entonces, si las autoridades en el campo de la ciencia material sólo lo son en el sentido aceptado de que están supeditadas al desafío del razonamiento individual, y el bahá'í (cualquiera que busque la Verdad con sinceridad y libre de prejuicios) define su autoridad en los mismos términos; si ambos sostienen que tales autoridades pueden ser desplazadas por una Verdad superior de serles presentadas; si el campo cubierto por una de estas "Autoridades" es más grande que el otro, mucho más satisfactorio para la naturaleza humana, más beneficioso en términos de la vida misma… creo que estamos en lo cierto al afirmar que los dos corresponden al domino de la "ciencia", pero la "ciencia" más fundamental es aquélla que abarca el dominio más amplio.

CAPÍTULO DECIMOSEGUNDO

EL CENTRO DE LA ALIANZA
EL NUEVO ORDEN MUNDIAL
UNA CIVILIZACIÓN DIVINA
EL REINO DE DIOS SOBRE LA TIERRA

El equilibrio del mundo ha sido trastornado por la vibrante influencia de este más grande, este nuevo Orden Mundial. La vida ordenada de la humanidad ha sido revolucionada por medio de este Sistema único y maravilloso, nada semejante al cual jamás han presenciado ojos mortales.

Pasajes de los Escritos de Bahá'u'lláh LXX



En la tarde del mismo día 2 de diciembre, 'Abdu'l-Bahá dio una charla a un numeroso grupo de amigos en la casa a que hice referencia en el capítulo anterior. El tema fue las enseñanzas espirituales peculiares a la Revelación de Bahá'u'lláh. Para que el lector comprenda las influencias que han ejercido un efecto tan revolucionario en la vida del que escribe, es necesario que nos refiramos con más detalles a las palabras de 'Abdu'l-Bahá sobre este tema.

Antes quisiera desviarme un poco para explicar por qué me he propuesto escribir con tanta franqueza acerca de lo íntimo y personal en mí que, de haber seguido mis propias inclinaciones, hubiera quedado como un secreto en mi corazón. La razón es una sola. Por muchos años he tratado de evadir la responsabilidad que esta obligación me ha impuesto, lo que ya no es posible debido a la insistencia de mis amigos.

La humanidad es única y todo individuo está física y espiritualmente relacionado con los demás. Las enseñanzas, los anhelos, las aspiraciones de algunos, son las de todos. Los altos y bajos de la vida, las alegrías, las victorias y derrotas varían en intensidad de acuerdo con la capacidad y valentía de cada quien, pero el camino y la lucha son más o menos semejantes para todos.

Entonces si alguno de esta masa de aspirantes y buscadores, ha logrado encontrar el Sendero hacia la “Morada de la Paz”; si ha ganado batallas, si es que no toda la campaña, en este Campo universal y sabe que muchos de sus hermanos todavía se encuentran “desconcertados, en busca del Amigo”; que aún están desesperada e innecesariamente ligados a una civilización desfalleciente, a la que se podría dar nuevo vigor y esperanzas enseñándole el Camino para abandonar ese desierto… Camino hallado por uno que luchó en el mismo campo en que tantos luchan con desesperación y sin objetivo; ¿no debería relatarse entonces la historia de esa campaña para que otros, desconcertados y que sufren lo que sufrí, puedan, con la gracia de Dios, enfrentar y vencer al mismo ejército de enemigos espirituales? Creo que ésta es una responsabilidad imposible de eludir y por eso hago esta narración.

Este capítulo está dedicado a dar un resumen de las Enseñanzas de Bahá'u'lláh, tal cual fueron presentadas por 'Abdu'l-Bahá aquella tarde memorable.

'Abdu'l-Bahá comenzó diciendo que mencionaría algunas de las enseñanzas que corresponden a la doctrina de Bahá'u'lláh y que muchas otras están contenidas en los Libros, Tablillas y Epístolas escritos por Bahá'u'lláh, tales como: Palabras del Paraíso, Palabras Ocultas, Buenas Nuevas, Tablilla del Mundo y el Libro de Aqdas, o la Más Sagrada Ley; enseñanzas que no se encuentran en ninguno de los Libros antiguos ni en las epístolas de otros Profetas.

'Abdu'l-Bahá inició la charla con las siguientes palabras: “Una de las enseñanzas fundamentales de Bahá'u'lláh es la unidad del mundo de la Humanidad”. Dirigiéndose al hombre dijo:

> ***Todos sois hojas de un solo árbol y frutos de una rama… Esto quiere decir que el mundo de la humanidad es como un árbol; las naciones y los pueblos son las diversas ramas y brotes de ese árbol y cada ser humano es el fruto o la flor. En todas las enseñanzas religiosas del pasado se presenta al mundo humano dividido en dos partes: una de ellas corresponde a las “gentes del Libro” (seguidores de algún Profeta en particular) o al árbol puro; la otra al pueblo de los infieles y del error, o al árbol del mal… Bahá'u'lláh, en Sus enseñanzas, ha sumergido a toda la humanidad en el mar de la Generosidad Divina.***
>
> ***Algunos están dormidos; deben ser despertados. Algunos están enfermos y necesitan ser curados. Otros, como los niños, no han llegado a la madurez y requieren enseñanza. Pero todos reciben las bondades y la gracia de Dios.***

Que el lector juzgue si la aplicación de este principio a los problemas internacionales de estado, comercio, y religión, conduciría o no a la felicidad y prosperidad del hombre.

Si el lector dudara de la exactitud científica de esta aseveración (es decir, la afirmación implícita de que todas las razas tienen la misma capacidad de progreso mental y espiritual; que todas se ven afectadas por los mismos contratiempos y encuentran la libertad a través de medios análogos), yo sugeriría que consultara a un destacado etnólogo contemporáneo al respecto.

'Abdu'l-Bahá continuó:

> ***Otro nuevo principio es el mandato de investigar la Verdad; es decir, ningún hombre debe guiarse ciegamente por sus antepasados. No, cada quién debe ver con sus propios ojos, escuchar con sus propios oídos e investigar la Verdad por sí mismo para poder sustentarla, en vez de aceptar e imitar ciegamente credos ancestrales.***[1]

En el capítulo anterior hice ver cuan profundamente se ve afectado por esto el sentido tradicional de la palabra “autoridad”, pero también debemos considerar la forma en que el sentido dado por el hombre, a lo largo de la historia, a las palabras “religión”, “ley”, “gobierno”, “educación”, en realidad, casi no hay un solo aspecto

---

[1] ***La Promulgación de la Paz Universal***

de nuestra vida social, económica o religiosa, que no esté regido por lo que alguna persona haya dicho sobre la materia en un pasado remoto. En las leyes imperan los precedentes establecidos ya sea por la jurisprudencia romana o anglosajona. Los términos en que se redactan nuestros documentos legales son los mismos usados en las cortes de hace mil años o más. En el terreno educacional rigen las mismas disciplinas de otros tiempos, en que es obvio que las condiciones de vida y los ideales tanto de los estudiantes como de los maestros eran muy diferentes a los de ahora.

¿Pero para qué continuar? Los hechos se destacan por sí solos y esta monstruosa esclavitud que persiste en el mundo nuevo del radio, la aviación, etc., no se limita al llamado populacho irreflexivo. Es verdad que aun durante algunos siglos gran parte de la humanidad se conformará con seguir a un dirigente en vez de convertirse en líder. Como James Truslow Adams ha dicho: “Es tan irracional esperar que dentro de un tiempo prudente la gran masa piensa como John Dewey, como lo es el esperar que esculpa cual Fidias o pinte cual Rembrandt… Se dejará guiar por sus deseos y emociones”. Pero cuando esta subordinación de una mente a otra, que posiblemente funcionara hace 2,000 años, se extiende a los que dirigen a la humanidad en las esferas intelectuales, educacionales, gubernamentales, religiosas y legales, nos corresponde estudiar cuidadosamente que tipo de terreno yace en el fondo del precipicio hacia el cual nos apresuramos en forma tan insensata. ¿Cuán duro es el terreno? ¿Cuán destructivo será el golpe de una civilización que insiste en ser guiada por la superstición en vez de la razón?

¡Con cuánta sencillez, nobleza y sentido científico Bahá'u'lláh aborda el problema crucial!

> ***¡Oh hijo del Espíritu! Ante Mis ojos, la más amada de todas las cosas es la Justicia; no te apartes de ella si Me deseas. No la descuides para que confíe en ti. Con su ayuda verás con tus propios ojos y no por los ojos de otros, conocerás con tu propio conocimiento y no mediante el conocimiento de tu prójimo. Pondera en tu corazón cómo te corresponde ser. En verdad, la Justicia es Mi don para ti y el signo de Mi amorosa bondad. Tenla, pues, ante tus ojos.***[1]

Vuelvo a pedirle al lector que considere el efecto que sin duda tendrá sobre la civilización el que los dirigentes del pensamiento mundial se convencieran, de repente, que el Autor de este párrafo sublime pertenece a la larga línea de Profetas divinamente inspirados que ha aparecido en este época para actuar como Líder de

---

[1] ***Palabras Ocultas, Bahá'u'lláh***

la raza estableciendo un Nuevo Orden Mundial, y uno de cuyos preceptos básicos hace ver la propia responsabilidad de cada individuo. Consideremos cómo la aplicación de este solo principio terminaría con los abusos en las esferas religiosas, legales, educacionales y gubernamentales. El impulso emocional de Amor a Dios (amor al nuevo Mesías colocado en un Santuario dentro del Templo Terrenal de la "Gloria de Dios"), nos permite predecir la belleza y alegría de la civilización que habrá dentro de dos o tres generaciones.

'Abdu'l-Bahá prosiguió:

Su Santidad, Bahá'u'lláh, ha anunciado que la base de todas las religiones es una sola; que la Unidad es la Verdad y la Verdad es Unidad que no permite pluralidades.

Bahá'u'lláh establece, para esta época, el principio de que la religión debe ser causa de unidad, armonía y acuerdo entre los hombres. Si ocasionara discordia y hostilidad, si condujera a separaciones y creara conflictos, sería preferible que el mundo careciera de ella.

Bahá'u'lláh proclama, además, que la religión debe estar de acuerdo con la ciencia y la razón; de lo contrario, es superstición.

No es menester extenderse sobre la sabiduría y el sentido común de estos principios, o hablar de los resultados prácticos que derivarían de ellos, puesto que son evidentes.

Además, Bahá'u'lláh establece la igualdad entre el hombre y la mujer, lo cual es propio de las Enseñanzas de Bahá'u'lláh ya que todas las demás religiones consideran al hombre superior a la mujer.

Quisiera señalar que este principio fue enunciado por el Fundador de la Fe bahá'í en 1853, en Persia, país en el que desde tiempos inmemorables la mujer era tratada al nivel de los animales y hasta se le negaba que tuviera un alma. Por el año 1848 apareció en Persia una mujer, que bien pudiera ser considerada como la primera sufragista. Se llamaba Qurratu'l-'Ayn (Consuelo de los Ojos) y fue la única mujer entre los dieciocho discípulos de El Báb, el divino Precursor de Bahá'u'lláh.

Ella se despojó del velo, sostuvo discusiones con los hombres más sabios y en cada reunión los aventajó. Fue apedreada en las calles, desterrada de un pueblo a otro, amenazada de muerte, pero nunca desistió de luchar por la liberad de sus hermanas. Soportó la persecución con gran heroísmo y hasta en la prisión ganó conversos. A un ministro persa, en cuya casa estuvo prisionera, le dijo: "Puede matarme cuando quiera, pero no puede detener la emancipación de la mujer". Terminó siendo

estrangulada y su cuerpo fue arrojado en un pozo vacío y cubierto con piedras. Al prepararse para su ejecución, se vistió con sus mejores galas como si fuera a una ceremonia nupcial.

Así habló 'Abdu'l-Bahá de esta heroica dirigente femenina, quien dio su vida para librar a su sexo en una época en que Susan B Anthony, Frances Willard y otras aún no habían iniciado la campaña.

Un nuevo principio religioso es que el prejuicio y el fanatismo, ya sean sectarios, institucionales, patrióticos o políticos, destruyen los cimientos de la solidaridad humana. Por lo tanto, el hombre debe liberarse de semejantes cadenas para que la unidad del mundo de la humanidad se haga evidente.[1]

El prejuicio es el cáncer que consume el corazón de la sociedad. Afecta toda relación en la vida, desde la vulgar presunción hasta los antagonismos raciales y religiosos cuyas consecuencias son los linchamientos y masacres, como lo de San Bartolomé, y la persecución que durante siglos sufrieron los armenios. No espero que el lector crea que este cáncer pueda ser eliminado de inmediato, pero quizás habría posibilidades de exterminarlo si una minoría influente de dirigentes mundiales, y con ellos sus seguidores, se convencieran (por medio del estudio científico) de la “Autoridad” del proclamador de este principio.

Bahá'u'lláh asegura que la Paz Universal será una conquista fundamental de la Religión de Dios; que la paz prevalecerá entre las naciones, los gobiernos y los pueblos; entre las religiones, razas, y todos los grupos humanos. Esta es una de las características especiales de la Palabra de Dios revelada en esta Manifestación.

Esto es los que Bahá'u'lláh llama “La Más Grande Paz”. Es de notar que no sólo implica el cese de la guerra sino que llega hasta la raíz del problema y toma en cuenta en todas sus fuerzas, la vida del individuo, la sociedad en que se mueve y las emociones, que son las principales fuentes de acción.

Bahá'u'lláh declara que toda la humanidad debe adquirir conocimientos y tener educación.

Quisiera volver a señalar que este principio fue enunciado en una época en que en el mundo entero se suponía que la educación era prerrogativa sólo de determinada clase. No estaba al alcance de millones de niños y adultos cuyas condiciones de vida los excluían de los privilegios que otorga el desarrollo del

---

[1] ***La Promulgación de la Paz Universal***

intelecto y que constituye la fuente del poder. Era obvio que si el pueblo tenía igual acceso a las fuentes de poder que los soberanos poseían, podría derrocar a los poderosos. Es una coincidencia interesante el que con este edicto de Bahá'u'lláh empezara la educación gratuita de "la gente común", y con ella nacieron los primeros esfuerzos en pro de la libertad en todo campo de actividad humana.

> ***Bahá'u'lláh ha propuesto la solución y ha dado el remedio para el problema económico.***
>
> ***Ha establecido la Casa de Justicia que funciona tanto en lo político como en lo religioso, consumando así la unión de Iglesia y Estado. Esta Institución se encuentra bajo la fuerza protectora de Bahá'u'lláh mismo. También se organizará una Casa de Justicia universal o internacional, cuyas resoluciones serán tomadas según los Mandatos y Enseñanzas de Bahá'u'lláh y lo que determine la Casa Universal de Justicia será acatado por toda la humanidad. La Casa Universal de Justicia será designada y organizada por las Casas de Justicia (locales y nacionales) del mundo entero, el cual quedará bajo su administración.***[1]

Es decir, Bahá'u'lláh ha planteado y ordenado un tipo de organización mundial que tiene semejanza con el sentido de que prevé una Federación de naciones del mundo sujeta a una "Casa de Justicia" central. Sin embargo, existe una diferencia importante y de grandes proyecciones; el Plan de Bahá'u'lláh implica que este cuerpo gubernamental tendrá una función religiosa y política. Esto causa alarma a los que relacionan la "religión" con los abusos provocados por las guerras entre musulmanes y cristianos, entre católicos y protestantes, y las luchas menos intensas entre las numerosas sectas de toda religión.

Pero cuando se comprende que esta Religión-Estado proclamada por Bahá'u'lláh se basa en una unión mundial en actividades sociales, económicas, educacionales y religiosas; cuando se comprende que "las resoluciones tomadas por la Casa de Justicia estarán de acuerdo con los Mandatos y Enseñanzas de Bahá'u'lláh", que derogan los prejuicios, el fanatismo y las disputas… las objeciones a tal unión tienden a desaparecer.

Para hacer una comparación supongamos que en el Concilio de Nicea, el año 325 d.C., se hubiera dictado una ley para el gobierno del Santo Imperio Romano basada en el Sermón de la Montaña, el capítulo XIII de la Primera Epístola a los Corintios, el capítulo XII de la Epístola a los Romanos, la Epístola de Juan y algunos párrafos dispersos pero de igual importancia ética del Antiguo Testamento.

---

[1] ***La Promulgación de la Paz Universal***

Supongamos, también, que esa ley incluyera el principio de que los Profetas de toda otra religión tenían igual autoridad que Cristo y Moisés; que reconociera autoridad análoga a la de Cristo en Zoroastro, Krishna y Buda, y que Sus seguidores gozaran de los beneficios derivados de esta unión de pueblos y religiones bajo el Santo Imperio Romano. Más aún, supongamos que el propio Cristo dejara una ley escrita a tal efecto; que hubiera nombrado a uno de Sus discípulos como el primer encargado del consejo gobernante del Imperio y preparado un programa definido para la selección de sus sucesores, sujeta a la decisión de un Gabinete o Consejo elegido por sufragio popular de todos los pueblos del mundo en esa época conocido… Entonces, si podemos imaginarnos todo esto, llegaremos a la conclusión justa de que la historia de la religión en los últimos mil novecientos años hubiera sido muy diferente.

Sin embargo, todo lo que me he aventurado a presentar como una suposición en el caso del cristianismo es poco comparado con los hechos sobre los cuales se basa el establecimiento de la Religión Mundial bahá'í. Creo que esto quedará demostrado más adelante.

La última de las características relevantes de la Revelación de Bahá'u'lláh, a las que se refirió 'Abdu'l-Bahá aquella tarde, es una en que generalmente no se hace hincapié pero tiene suma importancia. 'Abdu'l-Bahá la llamó “la característica más sobresaliente de las Enseñanzas de Bahá'u'lláh.

> ***Es el estabelecimiento y la designación del Centro de la Alianza. Mediante esta disposición, Él ha salvaguardado y protegido la religión de Dios contra diferencias y cismas, haciendo imposible la creación por otros de una nueva secta o facción. Para asegurar la unidad y armonía, ha hecho una Alianza con todos los pueblos del mundo y ha nombrado al Intérprete de Sus Enseñanzas para que nadie entienda o explique la religión de Dios según sus propios conceptos, creando así una secta con base en su interpretación personal de las Divinas Palabras.***[1]

Es decir, en Su Voluntad y Testamento, Bahá'u'lláh nombró a Su propio Hijo, 'Abdu'l-Bahá, como el único Intérprete de Sus Enseñanzas. Dijo que lo había hecho “no porque sea Mi hijo sino porque es el canal más puro en el mundo para propagar el Agua de la Vida”.

Para dar una idea más completa, es necesario hacer referencia a la Voluntad y Testamento de 'Abdu'l-Bahá, quien falleció en 1921. En Su Voluntad y Testamento nombró a Su nieto Shoghi Effendi, que entonces tenía 25 años, como Guardián de

---

[1] ***La Promulgación de la Paz Universal***

la Causa de Dios y Cabeza de la Primera Casa de Justicia. Una de las principales funciones del Guardián es interpretar con claridad el significado y las implicaciones de las Enseñanzas de Bahá'u'lláh.

Volvamos a usar nuestra imaginación. Supongamos que Pedro, en vez de ser un pescador-discípulo de Jesucristo, hubiera sido Su hijo y que desde la infancia recibiera Sus cuidados y enseñanzas. Observamos cómo Jesucristo, a medida que envejecía, escribía innumerables libros y epístolas y sostenía largas conversaciones con Sus adeptos (que antes de morir Él sumaban centenares de miles); y había visto morir como mártires de Su Causa a miles de creyentes, no obstante que en los últimos cuarenta años de Su vida los pasó en el exilio y la prisión.

Supongamos, finalmente, que Pedro, Su hijo, vivió veintinueve años después de la muerte de Jesucristo (recordando que Jesucristo nombró a este hijo como único intérprete de Sus Palabras); que durante esos años escribió libros y millares de cartas contestando a toda pregunta sobre el significado de las Enseñanzas de Jesucristo; y finalmente que Pedro pasó diez años viajando por el mundo, recibiendo a su paso ni burlas ni persecuciones, sino honores y respeto de parte de toda clase de gente, y luego, antes de morir a la edad de setenta y siete años, nombró a su nieto Guardián de la pureza de las Enseñanzas de Jesucristo.

Creo que concordarán conmigo en que no sólo la iglesia cristiana hubiera sufrido menos divisiones que la han desgarrado a lo largo de su historia, sino que el Santo Imperio Romano hubiera podido establecer la unión y la paz, obrando siempre en pro del bienestar y la felicidad de la raza humana. Porque no hay que olvidar que sus leyes se habría basado exclusivamente en las Palabras de los Profetas de Dios, que culminaron con el Sermón en la Montaña, y que no se permitía discriminación alguna entre los seguidores de cualquiera de estos Voceros del Eterno.

He hecho esta analogía hipotética en forma algo extensa porque me parece la mejor manera de presentar con claridad el Orden Mundial planeado y ordenado por Bahá'u'lláh, explicado, ejemplificado y ampliamente presentado por 'Abdu'l-Bahá, y que ahora es una fuerza en acción gracias a Shoghi Effendi.

Aun queda por señalar un punto importante del Plan de Bahá'u'lláh que debe enfatizarse. Su Ley contiene el Mandato que en todo el mundo se construyan Templos para adorar a Dios, en los cuales toda persona será bien recibida independientemente de la denominación que elijan. Estos Templos consisten de diez edificios: uno central, construido según un plan establecido, con nueve costados, nueve entradas, y desde estas, nueve caminos conducentes a los otros nueve edificios que rodean el Templo de Culto central. Estos nueve edificios

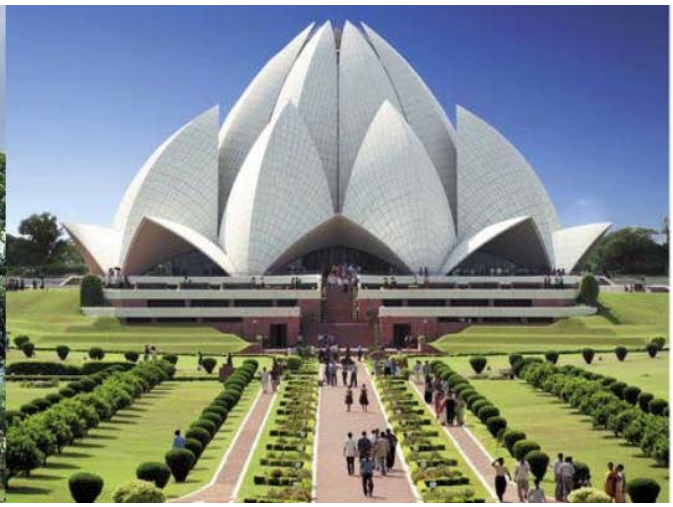
representan y simbolizan las diversas formas en que el amor de Dios fluye, manifestándose en el amor del hombre por el hombre. Por ejemplo: un hospital, un centro educacional, un hogar para ancianos, una institución para cuidar y enseñar a los ciegos, un orfanato, un laboratorio para investigaciones científicas, una institución para sordo-mudos y seres anormales, un edificio con salas de conferencias y aulas para difundir los principios y objetivos de la religión pura ya que esto no corresponde al Templo de Culto. Dentro de esas paredes sagradas jamás se oye hablar; no se pronuncian sermones; no se celebran ritos. Sólo se entonan las Palabras de Dios expresadas por Sus Profetas. Además, los servicios de un maestro espiritual no son remunerados.

Entre los nueve edificios que rodean al Templo Central, hay un hotel o posada en que se da la bienvenida a los visitantes, se les atiende y se les ofrece hospedaje gratuito por un tiempo determinado. Actualmente existen 8 Templos de Culto, denominados también como "Casas de Adoración". El Templo en Ishqábád, Rusia fue destruido.

En este grupo de edificios vemos, por primera vez en la historia humana, un ejemplo de lo que Jesucristo describió como la síntesis de la Ley y de las enseñanzas proféticas – el Amor a Dios expresado en amor por el hombre. ¿Es extraño entonces que haya descrito el cumplimiento de Sus Palabras proféticas como ***"El Reino de Dios sobre la Tierra"***?



Sydney, Australia



New Delhi, India



Frankfort, Alemania



Kampala, Uganda



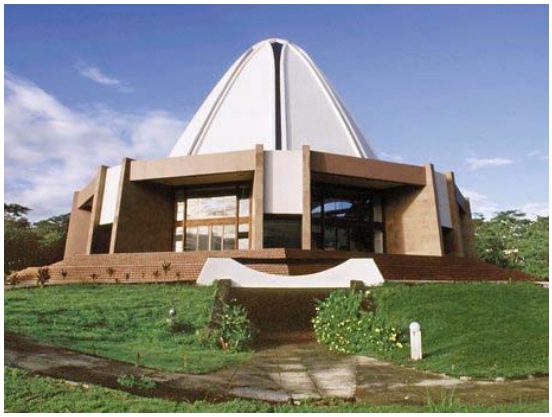
Wilmette, Illinois, EE.UU.



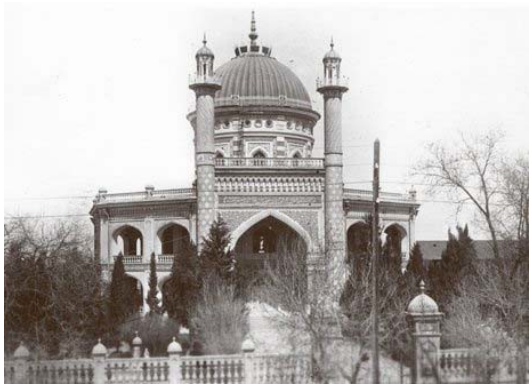
Santiago, Chile



Ciudad de Panamá, Panamá



Apia, Samoa



Ashkhabad, Turkmenistán (antes de su destrucción)

El Orden Administrativo, que desde la ascensión de 'Abdu'l-Bahá ha evolucionado y está adquiriendo forma ante nuestros propios ojos en no menos de cuarenta países[1], puede considerarse como la estructura de la Voluntad de 'Abdu'l-Bahá, la fortaleza inviolable en donde se nutre y desarrolla este niño recién nacido. A medida que se extienda y consolide el Orden Administrativo, manifestará y revelará, sin lugar a dudas, las potencialidades e implicaciones de este extraordinario Documento – esta incomparable expresión de la Voluntad de Una de las más notables Figuras de la Dispensación de Bahá'u'lláh. Cuando empiecen a funcionar sus instituciones orgánicas con vigor y eficacia, confirmará su afirmación y demostrará su capacidad para que se le considere no sólo como el núcleo sino también como el modelo del Nuevo Orden Mundial destinado a abonar en la plenitud del tiempo, a toda la humanidad.[2]

Shoghi Effendi

Tan firme y poderoso es esta Alianza que, desde el principio de los tiempos hasta el presente, ninguna Ley divina ha producido algo similar.[3]

'Abdu'l-Bahá

---

[1] ***Ahora, 232 países, 1997***

[2] ***Dispensación de Bahá'u'lláh, p. 52, Shoghi Effendi***

[3] ***Ibíd., p. 54***

CAPÍTULO DECIMOTERCERO

ALGUNAS CARACTERÍSTICAS DIVINAS. LA HUMILDAD DE SERVIR. EL VERDADERO RANGO DEL HOMBRE

La vida del hombre es divina, eterna; no es mortal ni sensual. Lo sublime del hombre está en su conocimiento de Dios. La felicidad del hombre está en la fragancia del amor a Dios. Este es el más alto grado de desarrollo en el mundo humano.

'Abdu'l-Bahá[1]



[1] ***La Promulgación de la Paz Universal***

Durante los tres días anteriores a la partida de 'Abdu'l-Bahá, busqué continuamente Su presencia. Esos días de principios de diciembre sentí frio tanto en el corazón como en el cuerpo. Aunque hasta ese momento no había llegado al punto en que pudiera decir con sinceridad que aceptaba las enseñanzas bahá'ís básicas sobre el rango divino de Bahá'u'lláh y Su lugar entre los Profetas, no había dudas en mi mente respecto al rango de 'Abdu'l-Bahá.

Qué importaba que yo le atribuyera un rango en términos algo diferentes a los empleados por los amigos que lo rodeaban. Para mí era suficiente ver en Él al hombre perfecto y yo hubiera renunciado con gusto a todo cuanto poseía o pudiera poseer por alcanzar esa perfección.

No era solamente que jamás Él me había fallado en lo referente a las circunstancias y condiciones de la vida diaria, que no dejaba nada por desear en cuanto a sabiduría, humildad, valor, gentileza y cortesía. Si esto hubiera sido todo, significaría una actitud dogmática de mi parte. ¿Quién era yo para determinar si Él era sabio o no? Dentro de mi ignorancia, ¿cómo podía yo saber algo al respecto? ¿Podía yo juzgar Su rango sino por comparación conmigo mismo y con quienes conocía? Desde ese punto de vista no podía haber dudas. Él era incomparablemente superior; destacaba entre los hombres como un Monte Blanco sobre una llanura.

Pero había algo más que deben haber notado los que han leído esta narración y que no puede ser descrito con palabras. Sin embargo, lo intentaremos porque es precisamente lo que contribuye a explicar Su poder.

Una de Sus características fascinantes y provocativas era la facilidad con que reía al hablar sobre temas que, por lo general, se tratan con extrema gravedad. Por ejemplo, en Su último día en Nueva York tuve personalmente una entrevista final con Él. Le estaba yo diciendo adiós y mi corazón se sentía triste. Titubeantemente le manifesté mi pesar por Su partida y porque era probable que no lo volviera a ver. Nos hallábamos de pie y, en realidad, era el último adiós. 'Abdu'l-Bahá puso Su brazo alrededor de mis hombros y caminó conmigo hacia la puerta, diciéndome que estaría con Él en todos los mundos de Dios. Luego rió alegremente y yo, que tenía los ojos nublados con lágrimas pensé “¿Por qué ríe?”. No obstante, esas palabras, el tono con que fueron pronunciadas y Su risa, han iluminado mi sendero durante todos los años.

Otra de Sus características era el silencio. En el mundo social e intelectual al cual yo estaba acostumbrado, el silencio era casi imperdonable. Desde el estudiante hasta el abogado, médico, ministro o estadista… siempre había a flor de labios una palabra ingeniosa, un comentario juicioso, una sonrisa de sabio. Todos tenían su

“especialidad” y su mérito descansaba en su capacidad o incapacidad de responder atinadamente en la ocasión que se presentara.

En que forma tan diferente reaccionaba 'Abdu'l-Bahá ante una pregunta o durante una conversación. A una pregunta respondía primero con silencio; estimulaba a los otros a que hablaran y Él sabía escuchar. Jamás se notaba esa tensión angustiosa, esa inquietud con frecuencia tan evidente en el que parece estar esperando la oportunidad de hablar.

Se dice de algunas personas que “saben escuchar”, pero nunca supe de nadie que “escuchara” como 'Abdu'l-Bahá. Era algo más que oír. Daba la impresión de que las dos personas se convertían en una; como si 'Abdu'l-Bahá se identificara tan estrechamente con su interlocutor que ocurría una fusión de los espíritus y la respuesta verbal se hacía innecesaria, casi superflua. A medida que escribo, vienen a mi mente las palabras de Bahá'u'lláh: “Respondo al que con sinceridad Me llama en sus oraciones, convirtiéndome en el oído con que Me escucha”.[1]

¡Eso era precisamente! 'Abdu'l-Bahá parecía escucharme con mis propios oídos.

Ahora comprenderá el lector lo que quiero expresar cuando digo que pretendo describir lo indescriptible, aunque quizás le parezca algo fantástico. Es posible que otras personas no hayan tenido las mismas impresiones que yo al estar con Él, pero esta característica invariable de 'Abdu'l-Bahá es uno de mis recuerdos más vívidos y motivo de profunda meditación.

Cuando el que lo entrevistaba lo había dicho todo impulsado por la comprensiva simpatía de 'Abdu'l-Bahá, reinaba momentáneamente el silencio. 'Abdu'l-Bahá no contestaba de inmediato. A veces cerraba los ojos por un instante como si Él mismo buscara orientación divina; otras veces permanecía sentado, escudriñando el alma de Su interlocutor con una sonrisa amable y comprensiva que derretía el corazón.

Cuando finalmente hablaba, y esa modulada y resonante voz llenaba el cuarto, con frecuencia Sus palabras parecían tan ajenas al tema que al principio el interlocutor se sentía algo desconcertado pero siempre, por lo menos en mi caso, sobrevenía una calma y un entendimiento superiores a los que la mente podía percibir.

Podría citar aún otra de Sus tantas características de las muchas que tengo en la memoria. Su penetración hasta lo más íntimo de cuanta materia se discutiera, que a

---

[1] ***Los Siete Valles – Bahá'u'lláh***

veces quedaba demostrada en una historia en la cual el ingenio y la sabiduría estaban tan entremezclados que uno no sabía si reír, o llorar, o mostrar asombro.

Cuando 'Abdu'l-Bahá estuvo en el Lago Mohonk, en donde dio una charla a los miembros de la Conferencia Internacional de Paz, cierta mañana, mientras caminaba con unos amigos, se encontró con un grupo de jóvenes.

Después de saludarlos, les dijo que les iba a contar una historia oriental: En cierta ocasión las ratas y los ratones celebraron una importante reunión sobre cómo hacer las paces con el gato. Al cabo de una larga y aclarada discusión, decidieron que lo mejor sería atar un cascabel alrededor del cuello del gato para poder percatarse de sus movimientos y ponerse a salvo. Este plan les pareció excelente hasta que se planteó el problema de quién correría el riesgo de colocarle el cascabel al gato. A ninguna de las ratas le gustó la idea y los ratones arguyeron que ellos eran demasiado débiles. La reunión terminó en la mayor confusión.

Todos rieron junto con 'Abdu'l-Bahá. Después de una pausa, agregó que el mismo ocurría en las Conferencias de Paz. Palabras y palabras, pero nadie abordaba el problema de quién le colocaría el cascabel al Zar de Rusia, al Emperador de Alemania, al Presidente de Francia y al Emperador de Japón. Los rostros se volvieron graves. 'Abdu'l-Bahá río nuevamente y dijo: “Hay un Mazo Divino que hará añicos su poder”.

Los acontecimientos mundiales durante los veinticinco años posteriores a la fecha en que 'Abdu'l-Bahá narró esa historia a un grupo de alegres jóvenes que acababan de escuchar un elocuente llamado en pro de la paz mundial hecho por personas bien intencionadas pero impotentes; la débil y pueril discusión de cómo ponerle el cascabel al gato; la clara comprensión del problema por parte de 'Abdu'l-Bahá, quien lo ilustró jovialmente con una antigua fábula, demuestran hasta cierto grado la característica a la que me he referido.

Dos años después estalló la guerra mundial e indudablemente algunos de esos jóvenes que rieron alegremente con 'Abdu'l-Bahá murieron en Flandes; el guerrero alemán huyó de su imperio y sus sueños se convirtieron en pesadilla; el torrente que inundó el mundo llevó a la ruina a muchos tronos, que desaparecieron como viviendas deshechas por una inundación de primavera. ¡Fue, en verdad, el Mazo Divino!

En uno de los últimos días de la estancia de 'Abdu'l-Bahá en los Estados Unidos, antes de que los amigos se reunieran, caminaba yo con uno de los creyentes persas, Mahmud, mientras el Maestro conversaba con otras personas a corta distancia de nosotros. Como siempre, estaba yo embebido en observarlo; Sus gestos, Su sonrisa, Su radiante personalidad eran una fascinación constante.

Mahmud dijo: “¿Puedo preguntarle si desde su púlpito se refiere alguna vez a la Causa de Bahá'u'lláh?” Le respondí: “Efectivamente. Aunque no lo hago con la frecuencia que desearía, muchas veces cito las Enseñanzas para ilustrar mi tema”.

“Al citar, ¿menciona usted al Autor?”, volvió a interrogar Mahmud. Le contesté algo sorprendido: “Por supuesto. Es natural que indique la autoridad que cito”.

Mahmud observó: “Eso requiere cierto valor porque seguramente se expone a críticas”. Respondí: “Nunca había pensado en ello. ¿Por qué habría de necesitarse valor para hablar de la Verdad y de la Fuente de donde emana? No estamos viviendo en la edad media”.

Mahmud se acercó a 'Abdu'l-Bahá y le dijo unas cuantas palabras en persa. El Maestro me sonrió mirándome en esa forma indescriptiblemente penetrante a la que a menudo me he referido e hizo la observación de que se requería muchísimo valor.

Esto sucedió en la tarde del 3 de diciembre, en la casa de Park Avenue de una dama que durante años estaba dedicada a la Causa a pesar de haber confrontado a veces la violenta oposición de su influyente esposo, quien llegó al extremo de hacerla examinar por psiquiatras pero que posteriormente llegó a ser un ferviente admirador de Bahá'u'lláh. La amplia sala estaba repleta cuando el Maestro nos dirigió la palabra. Su charla fue breve pero de gran significado; se refirió, una vez más, a las cualidades con que deben distinguirse los creyentes.

> ***Ofrezco súplicas al Reino de Abhá y pido que os colme de extraordinarias bendiciones y confirmaciones, para que vuestras lenguas tengan mayor fluidez, para que en vuestros corazones – cual límpidos espejos – brillen los rayos del Sol de la Verdad, para que tengáis pensamientos amplios, seáis más comprensivos y logréis el plano de las perfecciones humanas.***
>
> ***Mientras el hombre no logre la perfección para sí mismo, no podrá enseñarla a otros; mientras no obtenga la vida para sí mismo, no podrá transmitirla a los demás; mientras no encuentre la luz, no podrá reflejarla. Debemos, pues, esforzarnos para alcanzar las perfecciones del mundo de la humanidad; aferrarnos a la Vida Eterna y buscar el Espíritu Divino, para que así podamos conferir y dar el Hálito de Vida a otros.***[1]

Al escribir estas líneas, recuerdo una conversación que sostuve con uno de los editores de una conocida e “influyente” revista cristiana, quien ha escrito mucho y

---

[1] ***La Promulgación de la Paz Universal***

ha dado numerosas conferencias sobre las condiciones mundiales y defiende calurosamente la causa de la paz internacional. En la entrevista que le solicité después de haber leído uno de sus libros, hice mención al Templo Bahá'í, cuya impresionante cúpula era casi visible desde el lugar en que estábamos. Inmediatamente cambió de actitud.

"Si se refiere usted al bahá'ismo, no tengo nada más que decir", observó.

"¿Ha estudiado usted sus enseñanzas?" le pregunté sorprendido ante su actitud.

"No y no deseo hacerlo", contestó. Sin esperar respuesta, continuó: "Es posible que esto sea un prejuicio y soy franco en admitir que soy prejuicioso".

Al levantarme para despedirme, porque era evidente que la entrevista había terminado, le dije: "Si no abandonamos los prejuicios, ¿cómo podremos lograr la paz mundial? Estoy seguro que podemos librarnos de ellos". Él contestó sonriendo, pero con énfasis: "Jamás podremos librarnos de los prejuicios porque están arraigados en la naturaleza humana".

Me refiero a este incidente, que en sí no tiene importancia, para dar un ejemplo de la sabiduría contenida en las palabras recientemente citadas de 'Abdu'l-Bahá. Él no nos presenta un ideal inalcanzable o indefinido, sino un hecho sencillo y claro que nos hace comprender por qué es tan poco lo que se ha logrado, en pro de la paz universal y la unidad religiosa. ¡Cuán estrechos de criterios, prejuicios y egoístas son los que dicen sustentar esos ideales! ¿Cómo pueden reflejar el Sol de la Verdad los corazones cubiertos por tales tinieblas? ¿Cómo es posible que den a los demás el hálito de la vida cuando ellos carecen del deseo sincero de adquirirla?

En la tarde del mismo día 'Abdu'l-Bahá volvió a hablar brevemente ante un grupo de amigos bahá'ís sobre el tema que en ese entonces parecía estar muy cerca de Su corazón y de Sus labios – el rango al que eran llamados y que debían alcanzar aquéllos que habían aceptado las Enseñanzas de Bahá'u'lláh.

Recuerdo, con relación a lo anterior, una historia que me contó uno de los amigos que estaba presente en una reunión del comité ejecutivo de la Asamblea Espiritual de Nueva York. Se le había pedido a 'Abdu'l-Bahá que asistiera. Después de escuchar sus deliberaciones durante media hora, se dispuso a retirarse. Al llegar a la puerta se detuvo por un instante y examinó a los rostros que lo estaban contemplando. Después de un corto silencio manifestó que le habían dicho que esa era una reunión del comité ejecutivo. El coordinador de la asamblea le contestó: "Efectivamente, así es, Maestro". 'Abdu'l-Bahá agregó: "Entonces, ¿por qué no ejecutan?"

Siempre ponía énfasis en la acción; en acciones de tal calidad y pureza, que parecían irrealizables para quienes lo escuchaban. Las normas nunca dejaron de ser elevadas y sin duda Él mismo ponía el ejemplo. Como verdadero Líder, jamás pidió a Sus seguidores que fueran por un camino que Él no hubiera explorado.

> ***Os he proclamado las Buenas Nuevas del Reino de Dios y os he explicado los deseos de la Bendita Perfección (Bahá'u'lláh). He dado a conocer lo que conduce al progreso humano y os he demostrado la humildad de servir.***[1]

He querido hacer hincapié en estas últimas palabras porque a mi juicio, muestran lo intrínseco de las enseñanzas de 'Abdu'l-Bahá. En primer lugar, Su constante ejemplo; en segundo término, Su ***"humildad en servir".*** Este espíritu de servir era Su característica más notable. El mismo título que le dio Bahá'u'lláh, 'Abdu'l-Bahá (por el cual deseaba que se le conociera y que así se le designara), o sea ***"El Siervo de la Gloria"***, indicaba la naturaleza esencial de esta cualidad en relación con las enseñanzas bahá'ís. En cierta ocasión se le pidió que actuara como coordinador horario de la Asamblea Espiritual Nacional, a lo que Él simplemente contestó: "'Abdu'l-Bahá es un siervo".

> ***Soy 'Abdu'l-Bahá y nada más. No me agrada que me alaben dándome otro título. Soy el siervo de la Bendita Perfección y espero que ésta Mi servidumbre sea aceptada. Quien mencione otro nombre que no sea éste no me hará feliz en lo absoluto. 'Abdu'l-Bahá es nada más. Nadie debe alabarme salvo con este nombre: "'Abdu'l-Bahá".***

En otra parte dice:

> ***El misterio de los misterios de estas palabras, de estos textos, de estas líneas, es servir a la Santa Presencia de la Belleza de Abhá; es una renunciación perfecta, absoluta, ante el Umbral Bendito. Esta es Mi brillante diadema, Mi gloriosa corona; con ello seré glorificado en el Reino Divino y en el reino de este mundo. Con ello Me acercaré a la Belleza entre los que están más cerca de Dios y a nadie le está permitido hacer otra interpretación.***

'Abdu'l-Bahá ha dicho que las ***"condiciones de la existencia se limitan a la servidumbre, a los Profetas y a la Deidad"***[2]***.*** Es decir: como el hombre es incapaz de alcanzar el rango de la Divina Esencia o de los Profetas (excepto en los casos

---

[1] ***La Promulgación de la Paz Universal***

[2] ***Contestación a Algunas Preguntas***

extraordinarios de los Ungidos, que se presentan más o menos cada mil años), el único rango posible al cual puede aspirar es el de la servidumbre.

No obstante que Jesucristo proclamó una verdad muy similar, prácticamente este es un concepto nuevo que surge con las enseñanzas de Bahá'u'lláh y es ejemplificado en cada acción, en cada palabra, de Su majestuoso Hijo.

Es de importancia, entonces, que analicemos esta palabra y lo que ella implica. ¿Qué quiere decir 'Abdu'l-Bahá por servidumbre? ¿En qué se basa para afirmar, implícitamente, que a no ser que el hombre alcance este rango, renuncia al derecho de llamarse hombre?

Cuando Jesucristo dijo: "Él que de entre vosotros deseare alcanzar la grandeza, que sea el siervo de todos", "Los humildes heredarán la tierra"… y cuando lavó los pies de Sus discípulos, ¿Qué quiso dar a entender? ¿Qué trató de expresar? Exactamente lo mismo que 'Abdu'l-Bahá intenta manifestar en las palabras que he citado y lo cual es una verdad simple y demostrable.

Dice Bahá'u'lláh:

> ***El hombre tiene un rango elevado. Este Día es grande y glorioso; aquello que se encuentra oculto en el hombre será revelado. El rango del hombre es grande si se atiene a la Realidad y a la Verdad, si es firme y constante con los Mandamientos. Para el Misericordioso, el hombre verdadero se asemeja al Cielo; su visión y su oído son el sol y la luna; sus brillantes cualidades son las estrellas; su rango es el más elevado; sus huellas son las educadoras de la existencia.***[1]

Y agrega:

> ***El hombre no será llamado hombre sino hasta que esté imbuido con los atributos del Misericordioso.***[2]

Al igual que si una brisa proveniente del mundo del entendimiento entrara por una ventana abierta de par en par, la razón por la cual 'Abdu'l-Bahá glorifica el rango de la Servidumbre se hace evidente, o por lo menos más evidente de lo que era posible sin esta – nueva, aunque eternamente vieja – definición del Hombre. Porque para 'Abdu'l-Bahá la Servidumbre fue, y lo es, El Camino, el único Camino posible hacia esa Grandeza.

---

[1] ***Kitáb-i-Ahd, Bahá'u'lláh***

[2] ***Palabras de Sabiduría, Bahá'u'lláh***

Y esta es, según creo, la misma grandeza a que se refirió Jesucristo… la grandeza del verdadero Hombre. En la Revelación de Bahá'u'lláh sobresale la explicación que da sobre las Palabras de Jesucristo, para las que pide obediencia en Su teofanía.

Para 'Abdu'l-Bahá "la humildad de servir era Su brillante diadema y gloriosa corona". ¿Por qué motivo? Seguramente no porque deseara que se le distinguiera entre los demás con honores y glorias, ya que esto distaría de ser humilde. ¡No! La única razón era porque así y sólo así, podía señalar a otros el Camino hacia la Grandeza.

En términos generales, son tres las posibles relaciones básicas entre los hombres: Lucha, Cooperación, Servicio. En el hogar, el comercio, en el terreno de la educación o del gobierno, es fácil ver estos tres tipos de relaciones. Por lo general se ven presentes los tres impulsos motivadores en lucha – aunque inconsciente – por la supremacía; en otras ocasiones sólo hay uno, o a lo más dos.

Consideremos, por ejemplo, la vida corriente en el hogar, compuesto, digamos, por padre, madre, tres o cuatro hijos y una sirvienta. Aun en el hogar más ideal siempre habrá luchas; no en forma abierta y declarada, aunque con frecuencia surgen diferencias, sino una tensión interna debida a los esfuerzos necesarios para conservar la unión. Sigue entonces la cooperación, base de toda vida familiar y sin la cual ésta pronto se desintegraría. Finalmente viene el servicio, cuyo símbolo es la sirvienta, pero presente en distintos grados en cada miembro de la familia.

Imaginémonos ese artículo poco común: la sirvienta perfecta, un personaje absolutamente hipotético, pero admirable para propósitos de ilustración. Es eficiente y experta cocinera; tiene buen carácter; es obediente; jamás se rebela y nunca contradice; es inteligente y aborda los problemas con sentido común, ya sea que se trate de la preferencia del "patrón" por el café cargado, o de que a la "patrona" le guste desayunar en cama antes de asistir a una temprana reunión, o de la difícil situación que afronta Juanito por haber asaltado la despensa y tener una indigestión que mamá debe ignorar. La inteligencia de la sirvienta puede llegar al grado de estar al día con las noticias y los informes del mercado de valores, de manera que papá y mamá inconscientemente la consultan en los casos de preparar una charla para el club o de hacer una compra substancial.

Con frecuencia me he entretenido con sólo imaginar la vida cotidiana de una familia tal. ¿Puede haber duda alguna sobre cuál de sus miembros lleva las riendas? ¿Cuál es la más importante, el indispensable? ¡Es de suponer la consternación que habría si "Petra" o "María" presentara su renuncia!

Tenemos otro ejemplo: Una tienda de comestibles tiene el siguiente lema: “Servicio antes que nada” – y lo cumple en todo momento. Primero el servicio que las utilidades; primero el servicio que el horario; primero el servicio que cualquier consideración de carácter personal. Después de todo, por absurda que parezca esta hipotética tienda de comestibles, así es precisamente como debería ser. Inclusive en casos aislados, ¿no depende de ella el bienestar, la vida misma de la comunidad? Si predomina el deseo de obtener utilidades, el resultado es: alimentos de mala calidad, dañinos para la salud. La ley aplica severas penas a tales infracciones, pero sobrarían las leyes si imperara el espíritu de servir. En nuestra tienda imaginaria, absurdamente ideal RIGE dicho espíritu. Ningún sacrificio es demasiado grande para el propietario y los empleados en su esfuerzo por rendir un servicio perfecto, teniendo como única meta la salud, la felicidad y el bienestar de la comunidad.

¿No es fácil imaginar cuáles serían los resultados inevitables? Esa tienda sería la que gobernaría en la comunidad. Su fama se extendería por todas partes; su negocio prosperaría más allá de lo imaginable; sus propietarios y gerentes podrían ser consultados hasta por estadistas. Sería GRANDIOSA.

Pero démosle más vuelo a la imaginación. Supongamos que además del espíritu de servir, el propietario tuviera una sabiduría y amor basados en el Sermón de la Montaña. Basta con sólo sugerir tal posibilidad. El Poder de este hombre rivalizaría y sobrepasaría al de un rey.

Si el lector no ha botado el libro, aburrido ya con esta fantástica descripción, podría volver a usar su imaginación y aplicar este principio al campo educacional, en el que los maestros, estudiantes, directores, etc., se sienten motivados por un espíritu semejante; o al campo de los negocios, del gobierno, de las relaciones internacionales. ¿No progresaría considerablemente la felicidad, prosperidad, eficiencia y bienestar general de la raza?

Lo importante de observar en este cuadro es la aparición en este planeta de un nuevo tipo de hombre. También es de notar que mientras semejante tipo de hombre es nuevo en la experiencia real, no lo es en cuanto a los conceptos de personas tales como Confucio, Buda, Zoroastro, Moisés, Jesús y Muhammad, quienes siempre sostuvieron estos ideales ante la humanidad. Pero con las enseñanzas de Bahá'u'lláh y con la vida y ejemplos de 'Abdu'l-Bahá, estos ideales por primera vez son puestos en primer plano y constituyen la base de un Nuevo Orden Mundial.

En el presente, el hombre está llamado a ocupar un rango que le ha sido destinado desde el ***“Principio que no tiene principio”.*** Citando las palabras de Bahá'u'lláh: “Hemos creado a quienquiera esté en los cielos y en la tierra según la

naturaleza de Dios. Él que se acercare a este Rostro (Su Revelación), tendrá la condición en que haya sido creado".[1]

Esta es la razón por la cual 'Abdu'l-Bahá exaltó el rango de la Servidumbre. Esta es la razón por la cual dio a entender que el hombre que aceptara un rango inferior, que pusiera su propio "yo" por encima de todos, se califica a sí mismo como bestia y sale de los límites de lo que es el verdadero hombre. Esto se debe a que ha cambiado la definición del Hombre. Lo que en el pasado se tomaba como una posible meta, es ahora un requisito. Los ideales del hombre, sus más elevados ideales, deben ser realizados y el único camino es el de Servir, la única Meta es la de obtener el rango de Siervo.

"La dulzura de servir es el alimento de Mi espíritu". Estas palabras del Maestro indican el origen de Su poder. La Suya era una servidumbre absolutamente superior a todo lo imaginado en los casos hipotéticos que he mencionado antes; era más profunda y a la vez alcanzaba mayores alturas. Era una cualidad intrínseca de Su ser y se manifestaba en cada mirada, en cada gesto, en cada acción… y hasta diría en cada aliento. La siguiente oración expresa, en forma inequívoca el rango divino que en Su corazón asignaba a esta cualidad de Servir. Quienquiera que la lea con abandono del propio "yo", no dejará de percibir la gloria que puede alcanzar el hombre cuando resplandezca la Verdad que se oculta tras nuestro egoísmo.

¡Él es el Todoglorioso!

¡Oh Dios, mi Dios! Humilde y lloroso levanto mis manos suplicantes hacia Ti y hundo mi rostro en el polvo de aquel Umbral Tuyo exaltado por encima del conocimiento de los doctos y de la alabanza de todos los que a Ti Te glorifican. Mira bondadosamente a Tu siervo, humilde y sumiso ante Tu Puerta, con la mirada del ojo de Tu Misericordia y sumérgelo en el océano de Tu Gracia eterna.

¡Señor! Él es un pobre y humilde siervo Tuyo, esclavizado e implorándote, cautivo en Tu mano, que Te ora fervorosamente, confía en Ti, llora ante Tu rostro, Te llama y Te implora diciendo:

¡Oh Señor, mi Dios! Dame Tu gracia para servir a Tus amados, fortaléceme en la servidumbre hacia Ti, ilumina mi frente con la luz de adoración en Tu Corte de santidad y de oración a Tu Reino de grandeza. Ayúdame a ser desprendido en la Entrada celestial de Tu puerta y a separarme de todo dentro de Tus sagrados Recintos. ¡Señor! Dame de

---

[1] ***Súratu'l-Haykal]***

beber del cáliz del desprendimiento, atavíame con su manto y sumérgeme en su océano. Conviérteme en polvo en el sendero de Tus amados y permite que ofrezca mi alma en aras de la tierra ennoblecida por los pasos de Tus elegidos en Tu sendero, oh Señor de Gloria en lo más Alto.

Con esta oración Tu siervo Te llama al amanecer y por la noche. Cumple el deseo de su corazón, oh Señor. Ilumina su corazón, alegra su pecho, enciende su luz, para que pueda servir a Tu Causa y a Tus siervos.

¡Tú eres el Donador, el Piadoso, el Más Generoso, el Benévolo, el Misericordioso, el Compasivo!

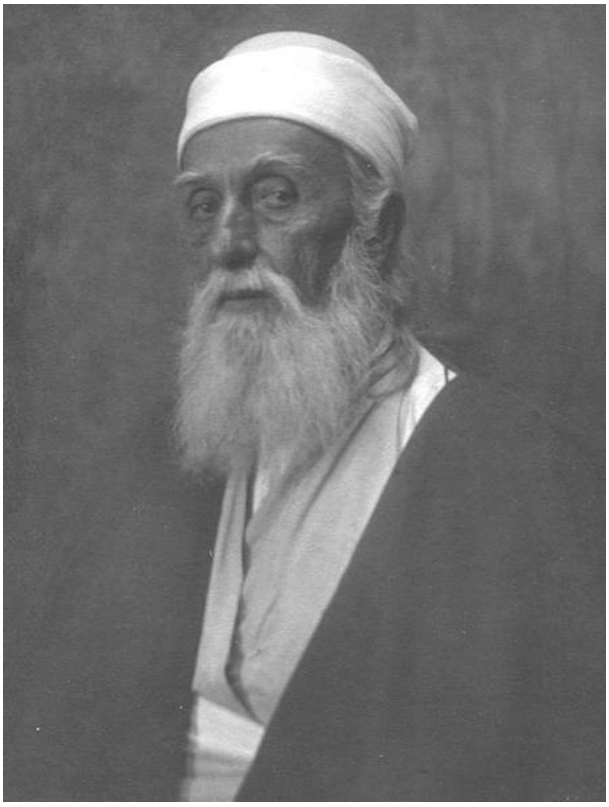
'Abdu'l-Bahá

CAPÍTULO DECIMOCUARTO

LA PARTIDA.
LAS ÚLTIMAS PALABRAS DE 'ABDU'L-BAHÁ
EN AMÉRICA.
SIETE CARACTERÍSTICAS DE LAS ENSEÑANZAS
SEÑALES DEL NUEVO ORDEN MUNDIAL

Todo 'Cristo' vino al mundo de la humanidad. Debemos, en consecuencia, investigar los fundamentos de la religión divina, descubrir su realidad, restablecerla y difundir su mensaje a través del mundo para que pueda convertirse en la fuente de luz e ilustración del hombre, para que los muertos del espíritu cobren vida, para que los ciegos del espíritu vean, y despierten los que se han olvidado de Dios.

'Abdu'l-Bahá



En la mañana del 5 de diciembre de 1912 hubo una extraordinaria escena en uno de los salones del S.S. Celtic mientras se hallaba en el embarcadero en la bahía de Nueva York. Sin embargo, cuan pocos comprendieran su significado.

El Celtic, gran barco moderno, estaba a punto de zarpar con destino a Nápoles. Al subir por el pasamano, me encontré atrapado en esa prisa indefinida e indescriptible, en esa animada confusión que se produce cuando llega la hora de partir un transatlántico. Amigos que se despiden por última vez, risas ahogadas por el llanto, oficiales gritando órdenes, silbatos de barcos de paso, uniformes, baúles, mujeres, niños… y en el cielo, un brillante sol invernal.

Divisé a varios amigos y me reuní con ellos cuando se dirigían al gran salón, al parecer destinado a la escena de despedida, y en cuyo interior la atmósfera era muy diferente. Es verdad que los ruidos del mundo externo penetraban en él, pero eran opacados por la serenidad de otro mundo. 'Abdu'l-Bahá estaba allí y Su rostro era un mosaico de belleza. Su túnica crema caía hasta Sus pies; Su fez ligeramente inclinado, como había acostumbrado a verlo en algunas ocasiones. En realidad, con frecuencia la posición del fez me pareció revelar Su estado de ánimo: ligeramente inclinado hacia un lado cuando estaba jovial; inclinado hacia atrás indicaba bienvenida; correctamente colocado sobre Su cabeza de cabello plateado era una demostración de seriedad y solemnidad; y si le caía sobre Su majestuosa frente, era indico de autoridad y mandato. Quizás esto sólo sea producto de mi imaginación, pero en las muchas reuniones con Él, pasé gran parte de mi tiempo observando silencioso esa atrayente figura y es posible que, al igual que yo, otros hayan notado que uno de Sus movimientos más características era el de levantar la mano involuntariamente para acomodar la fez, en diferente posición.

Guardo en mi memoria aquella escena, como si mis ojos la hubieran contemplado ayer. El salón estaba repleto de gente; estaban presentes alrededor de cien o más de los amigos. 'Abdu'l-Bahá se hallaba rodeado por las persas que lo habían acompañado en Su visita a este país… o, más bien dicho, éstos formaban un grupo detrás de Él. Como distintivo de la actitud oriental hacia el Maestro, sobresalía el hecho de que nunca se atrevían a pararse delante de Él o tan siquiera a Su lado a no ser que hubieran sido llamados o para entregar un mensaje. Al caminar, siempre iban detrás e inclusive cuando uno solo de ellos acompañaba a 'Abdu'l-Bahá y conversaba con Él, se mantenía a una discreta distancia. Al dirigirle la palabra, rara vez levantaban la vista para mirarle el rostro. En Su presencia, permanecían de pie como ante un rey. ¡Cuán diferente era la actitud del creyente occidental! Nuestra ponderada democracia tiene aspectos vanos bajo cualquier circunstancia, pero ante la presencia de la majestad espiritual la humildad se convierte en libertad.

Solamente unos cuantos encontramos asientos. Éramos muchos y pocas las sillas disponibles. El intérprete, secretario de 'Abdu'l-Bahá desde hacía tiempo y que ahora regresaba con Él, estaba parado a corta distancia. En ese momento el Maestro empezó a hablar y por última vez, en este mundo, mis oídos escucharon esa amada Voz. Con frecuencia me he referido a la calidad de Su voz, que jamás podrá ser olvidada por quienes realmente la escucharon. Tenía una incomparable resonancia y parecía transmitir música de otro mundo. Era casi posible imaginar un acompañamiento de coros invisibles.

Esta es mi última reunión con vosotros. Estas son mis últimas palabras de exhortación. En repetidas ocasiones os he llamado a la causa de la unidad del mundo de la humanidad y os he declarado que todos los hombres son siervos del mismo Dios. En consecuencia, debéis manifestar el más grande amor y bondad hacia los países del mundo, abandonando el fanatismo y los prejuicios religiosos, nacionales y raciales… Porque el que ofendiera a otro, ofende a Dios. Dios ama a todos por igual y siendo esto una verdad, ¿pueden las ovejas pelear entre sí? Debieran mostrar gratitud hacia Dios, y la mejor forma de dar gracias a Dios es amarse los unos a los otros.

Cuidaos de ofender a nadie o de hablar mal de alguien en su ausencia, porque os excluirías de entre los siervos de Dios. Dedicad vuestros esfuerzos a la felicidad de los desamparados; dad de comer al hambriento, vestid al necesitado y glorificad al humilde. Sed una ayuda para los abatidos y mostrad bondad para con vuestros congéneres, y así satisfaceréis a Dios. Esto conduce a la iluminación del mundo de la humanidad y a vuestra felicidad eterna. Pido a Dios que os conceda gloria imperecedera; ésta es mi oración y mi exhortación.

Después de hacer referencia a la guerra que en ese entonces se libraba en los Balcanes, y de pronunciar la impresionante frase (considerando lo que sucedió dos años más tarde) “arde en los Balcanes un fuego que abrasará a todo el mundo”, 'Abdu'l-Bahá prosiguió:

En cuanto a vosotros, debe hacer excelsitud en vuestros esfuerzos. Empeñaos con alma y corazón para que mediante vuestros esfuerzos llegue a brillar la luz de la paz universal, para que todos los hombres pertenezcan a una sola familia, para que haya cooperación entre el Oriente y el Occidente.

Pensad en como los Profetas que han sido enviados, los grandes espíritus que han aparecido y los sabios que han surgido entre los

hombres, han exhortado a la humanidad hacia la unidad y el amor. Esta ha sido la meta de Sus enseñanzas, de Su Mensaje. Pensad en lo incauto que es el mundo puesto que, no obstante los esfuerzos y sufrimientos de los Profetas de Dios, las naciones siguen entregadas a la hostilidad y lucha. ¡Cuán incautos e ignorantes son los pueblos del mundo! ¡Cuán profunda es la obscuridad que los rodea! Aunque son los hijos de un Dios compasivo, siguen actuando en contra de Su Voluntad y Deseo. Dios bendice y protege sus hogares; ellos, en cambio, saquean y mutuamente destruyen sus casas. ¡Pensad en su ignorancia y en su desidia!

Vuestros deberes son de otra naturaleza porque estáis informados de los misterios de Dios. Tenéis iluminados los ojos y vuestros oídos tienen la capacidad de oír. Debéis miraros los unos a los otros, y luego mirar a la humanidad, con el más grande amor y bondad. No tenéis excusa que presentar a Dios si fracasáis en vivir conforme a Su Mandato, puesto que sabéis qué es lo que Le satisface. Habéis escuchado Sus preceptos y mandamientos. Debéis, por lo tanto, ser bondadosos con todos los hombres y tratar como amigos hasta a vuestros enemigos. Debéis aceptar a los que os deseen el mal como aceptar a los que os agravien, debéis tratarlos en igual forma que a los que os muestren simpatía y agrado… para que, por ventura, esta obscuridad del desacuerdo y del conflicto desaparezca de entre los hombres y pueda brillar la Luz Divina; para que el Oriente sea iluminado y la fragancia inunde al Occidente; más aún, para que el Oriente y Occidente se den un abrazo fraternal y haya afecto y simpatía en sus relaciones.

Mientras el hombre no alcance este elevado rango, el mundo de la humanidad no encontrará reposo, no logrará la felicidad eterna. Pero si el hombre cumple estos Mandamientos divinos, este mundo terrenal se transformará en el mundo celestial, en un Paraíso Glorioso.

Es mi esperanza que cumpláis con éxito esta invocación para que, cual brillantes fanales, derraméis luz sobre este mundo de la humanidad, y vivifiquéis y animéis el elemento de la existencia como a un espíritu de vida.

Esta es la gloria eterna, la felicidad eterna. Esta es ser creado a imagen y semejanza de Dios.

Os conjuro a ello, y pido a Dios que os dé fuerza y os bendiga".[1]

---

[1] ***La Promulgación de la Paz Universal***

Tales pensamientos e ideales han sido expresados por todos los seres nobles del pasado y del presente, pero en estos momentos de inmensa crisis en la historia de la humanidad implican algo enteramente diferente.

[1] No sólo son exhortaciones; son Mandamientos. Nótese la frecuencia con que se menciona la palabra “debéis”.

[2] Se caracterizan por su naturaleza absoluta (me refiero a las Revelaciones completas de Bahá'u'lláh y a Sus demostraciones prácticas por 'Abdu'l-Bahá) y Sus aplicaciones a las necesidades de la época.

[3] Nunca, en la historia de la humanidad, ha estado la mente del hombre común tan preparada para escuchar y cumplir dichos Mandamientos, ni tan alerta a la necesidad inmediata de aplicarlos.

[4] Por cerca de 1300 años estos ideales y Mandamientos no fueron expresados por labios humanos de Alguien que no sólo los mencionó, sino que vivió conforme a ellos.

[5] Estos Mandamientos no están destinados únicamente a un grupo selecto, ni a una sola nación o raza, sino que a todos los pueblos e individuos del mundo; y se invoca a crear un ORDEN MUNDIAL, absolutamente nuevo, un nuevo tipo de CIVILIZACIÓN INTERNACIONAL basado en esta REVELACIÓN DIVINA. Este ORDEN MUNDIAL ha sido explícitamente delineado, y se han dado instrucciones para ponerlo en práctica, en los voluminosos Escritos y detalladas explicaciones de Bahá'u'lláh y 'Abdu'l-Bahá.

Para que el lector tenga una clara idea de lo que implica este Nuevo Orden Mundial, citaré unas cuantas palabras de La Meta De Un Nuevo Orden Mundial, escrito en 1931 por Shoghi Effendi, el Guardián de la Fe bahá'í. Él cita la Tabla de Bahá'u'lláh a la Reina Victoria, escrita alrededor de 1866:

> ***¡Oh reyes de la tierra! Vemos que cada año aumentáis vuestros gastos y cargáis el peso de ellos al pueblo a quien gobernáis, lo que en verdad es una grave injusticia. Temed las lágrimas y los suspiros de este Agraviado, y no sometáis a vuestros pueblos a una carga mayor de la que pueden soportar… Reconciliaos, oh reyes, para que sólo recurráis a las armas como medida de salvaguardar vuestros territorios y dominios. Uníos, soberanos del mundo, pues sólo así se calmará la tempestad de la discordia entre vosotros y vuestros pueblos tendrán reposo. Si alguno de vosotros empuñara las armas en contra de otro, levantaos todos en su contra en un acto de manifiesta justicia.***

Y Shoghi Effendi hace el siguiente comentario:

***¿Qué otra cosa podrían significar estas importantes palabras sino el indicar la inevitable reducción de la ilimitada soberanía nacional, como medida preliminar para la creación de la futura Comunidad de todos los países del mundo? Es necesario desarrollar alguna forma de Súper-Estado mundial, en cuyo favor todas las naciones cedan voluntariamente sus pretensiones para declarar guerras, ciertos derechos para imponer tributos y todo derecho a tener armamentos, excepción hecha del propósito de conservar el orden interno dentro de sus respectivos dominios. Un Estado tal deberá incluir: un Consejo Internacional, adecuado para ejercer autoridad suprema e indiscutible sobre todo miembro recalcitrante de la Comunidad; un Parlamento Mundial, cuyos miembros sean elegidos por el pueblo de sus respectivos países y cuya elección sea confirmada por sus respectivos gobiernos; y un Tribunal Supremo, cuyas decisiones tengan efecto obligatorio aún en aquellas circunstancias en que las partes interesadas no sometan voluntariamente su caso a la consideración del Tribunal. Una Comunidad Mundial en que quedará permanentemente demolida toda barrera económica y en que se reconocerá, en forma definitiva, la interdependencia de Capital y Labor; en que ya no se oirá el clamor de las luchas y los fanatismos religiosos; en que no existirá la flama de la animosidad racial; en que un solo código de Ley internacional, producto del juicio atinado de los representantes confederados del mundo – contará con el apoyo inmediato y coercitivo de las fuerzas combinadas de las naciones federales; y, por último, una Comunidad mundial en que el frenesí de un nacionalismo caprichoso se haya transformado en una conciencia permanente de Ciudadanía mundial. Tal sería, en sus rasgos más generales, el Orden previsto por Bahá'u'lláh; Orden que llegará a ser considerado como el más noble fruto de una época que lentamente adquiere madurez.*[1]

[6] Durante los 93[2] años que han transcurrido desde el Mensaje fue anunciado por El Báb, y en los 74[3] años desde que Bahá'u'lláh declaró públicamente Su Misión y Su rango, y – lo que es más notable – durante los dieciséis años a partir de la fecha en que se establecieron las funciones de la Guardianía[4] y Shoghi Effendi inauguró el Sistema Administrativo del Nuevo Orden Mundial, varios millones de creyentes de todas partes del mundo se han organizado en un ejército

---

[1] *Meta de un Nuevo Orden Mundial*
[2] *En el año 2010 han transcurrido 163 años*
[3] *En el año 2010 han transcurrido 142 años*
[4] *1921*

coherente firme, con espíritu de sacrificio, que acepta sin reserva el que estos Mandatos son de Origen Divino y está dispuesto a acatarlos incondicionalmente.

Este fenómeno, sin precedentes, ha despertado la atención de personas reflexivas, entre los estadistas, científicos y legos, y cada año el interés es más creciente. Es pues evidente que, de un mundo de ansiedad, confusión y luchas – de un mundo de incertidumbres y esfuerzos no encausados – va surgiendo un nuevo tipo de hombre; un nuevo concepto de gobierno y ciudadanía; una nueva visión de las posibilidades de la vida humana sobre este planeta.

[7] Por la razón que fuere, cada vez es más obvio que muchas – si bien no todas – de las Enseñanzas de Bahá'u'lláh están siendo aceptadas por las mentes más amplias, por los estadistas más sabios del mundo, independientemente de sus conocimientos o si reconocen el rango de Quien las creó.

Es posible que el lector desee, y con todo derecho, que se le compruebe esta afirmación. Se requeriría un voluminoso texto para dar citas completas de hombres mundialmente reconocidos como calificados para hablar con inteligencia sobre asuntos de interés universal. Por lo tanto, las siguientes citas sólo pretenden reflejar una tendencia del pensamiento actual, que puede ser corroborada por medio de una intensa lectura.

> ***"La cooperación debe ser la idea predominante. No sólo un país sino que el mundo entero debe organizarse en una comunidad. Los armamentos nacionales deben desaparecer, conservándose únicamente una fuerza policial apropiada para mantener el orden. Aquellos países en que las mujeres tienen mayor participación en los asuntos públicos son democráticos y aman la paz."***[1]

Esta declaración apoya dos Mandatos de Bahá'u'lláh y, en lo tocante al método a seguir para el desarme, es casi exactamente igual a las Palabras de Él. También acepta la Sabiduría expuesta por Bahá'u'lláh en relación al rango de la Mujer en la época actual.

> ***"Nunca será lo suficientemente ponderada y estimulada la investigación científica liberal - eterna búsqueda del hombre de la Verdad, en sus múltiples y siempre variadas formas."***[2]

[1] ***Arthur Henderson, Presidente de la Conferencia sobre el Desarme, al hablar en una cena dada por las Organizaciones Femeninas del Grupo Consultivo.***

[2] ***Del discurso dado por el Príncipe Heredero de Suecia, Gustavo Adolfo, en el Festival de Primavera. Universidad de Uppsala.***

Tal vez el lector considere que esto es una simpleza, pero no debemos olvidar que cuando Bahá'u'lláh por primera vez proclamó el Mandamiento de que la "Libre Investigación de la Verdad" es el primer requisito en una Civilización Divina, tal idea no fue aceptada en un sentido general. Cuando yo era niño, durante años hubo una controversia sobre si podía o no aceptarse la teoría de Darwin acerca del origen de las especies en vista de que aparentemente contradecía la historia del origen del hombre, según el Génesis. Y puedo recordar que inclusive ahora en un Estado de nuestro culto país, existe un decreto que no se basa en si la teoría de que la evolución tiene algo de verdad, sino en si puede justificarse por una interpretación prejuiciada y necia de palabras escritas hace miles de años. Galileo, Roger Bacon, Copérnico, existieron no hace mucho y sin embargo, aún tenemos el Índex Expurgatorias.

Es un hecho indiscutible que antes de mediados del Siglo XIX la decisión final sobre la que era la Verdad estaba casi exclusivamente en manos de los eclesiásticos, dificultándose la libre investigación de la ciencia. Y no fue sino hasta que Bahá'u'lláh proclamó Su Mandato respecto a la unidad de la ciencia y la religión, que nació la libertad de pensamiento. Pudiera tratarse de una coincidencia, pero así fue.

> "La época actual no es una revolución económica sino espiritual. Nosotros – la gente del presente – estamos pasando por los cambios más significativos y trascendentales que han tenido lugar desde que empezó a escribirse la historia. La ciencia nos ha convertido en los amos indiscutibles de todas las fuerzas de la Naturaleza. Hay suficientes alimentos y ropas para todos. Hay suficientes piedras y concreto para construir viviendas para todos. Sin embargo, el cuadro general es de una inmensa desesperación y falta de esperanza.
>
> En consecuencia, algo debe andar mal en este cuadro. Por lo menos esto es lo que decimos. ¿No sería más honrado confesar que algo anda mal en nosotros mismos?
>
> ¡Tener o ser! Someto esta frase terrible a la consideración de todos los que tienen ojos para ver, oídos para escuchar, y ese verdadero valor espiritual que es la base de todo progreso permanente".[1]
>
> "Es posible que, sin la libertad de sí mismo, toda otra libertad sea vana… Quizás en la comprensión más profunda de nuestra hermandad, en nuestra mayor comprensión de otros valores que los materiales, pueda encontrarse el

---

[1] ***Hendrick Van Loon. "Tener o Ser".***

germen de una fe perdurable que permita a los diversos pueblos de esta nación unirse en un objetivo común… Necesitamos de una fe unificadora, mediante la cual podamos liberarnos de parte de las responsabilidades que ahora tenemos y que haga más claro nuestro camino”.[1]

“Ningún sistema de relaciones humanas puede tener éxito si está basado en la mutua explotación.

Cualquier sistema triunfará si opera con un espíritu de servicio mutuo, porque este espíritu haría desaparecer la necesidad de sistemas.”[2]

“En todas estas esferas – la económica, la racial, la internacional, que en muchas partes se entrelazan – hay señales de que asoma la edad de oro. No llegará en forma automática, sino como han llegado todas las reformas. Porque algunos espíritus heroicos no toman en cuenta sus propias vidas, a objeto de poder poner en práctica las verdades por las cuales Cristo vivió y murió.”[3]

“Nuestra nueva civilización interrelacionada no sólo juega una parte vital en cuanto a nuestras necesidades físicas sino también por lo que respecta a nuestras necesidades mentales. En lo espiritual, no podemos retroceder a un estado de hermetismo, de lealtades limitadas, de pequeños sectarismos, que caracterizaron la forma antigua de vivir.

Se ha abierto un camino nuevo y más amplio, y aunque por momentos podamos extraviarnos – como sucede en la actualidad – la tendencia hacia una economía mundial y una conciencia planetaria está tan claramente definida que es imposible que se dé marcha atrás.”[4]

Podríamos continuar haciendo citas en forma indefinida y relacionarlas con un Mandato de Bahá'u'lláh, pero es indudable que cualquier persona carente de prejuicios encontrará, aún después de hacer un estudio superficial de los Escritos de Bahá'u'lláh y 'Abdu'l-Bahá, innumerables ejemplos del cumplimiento de Sus Mandatos en la prensa diaria, en revistas, en los anuncios de los laboratorios, en los concilios nacionales, en los talleres de inventores y mecánicos. “Ya sea que observemos o escuchemos”, en todas partes se cumplen Sus Palabras, se obedecen Sus Mandatos.

---

[1] ***Margaret Cary Madeira, Atlantic Monthly***
[2] ***Jason H. Cousins, The Young Builder***
[3] ***D.G.W. Stafford, de la Universidad de Temple, Seattle, Instituto de Asuntos Mundiales***
[4] ***Raymond B. Fosdick, Scientific American***

Cuando 'Abdu'l-Bahá estuvo en este país le dijo a alguien que se lamentaba de las condiciones prevalecientes en el mundo, mucho menos desastrosas de las que ahora existen, que esto no debía perturbarnos; que independientemente de lo que ocurriera en el futuro, debíamos tener presente que todo acontecimiento aproxima el Reino de Bahá'u'lláh porque Su Voluntad es suprema.

En una charla que dio en Montclair N.J., el 23 de junio de 1912, 'Abdu'l-Bahá dijo:

> ***De los Profetas de Dios, ninguno fue hombre célebre… pero poseían una extraordinaria fuerza espiritual. El Amor es Soberanía eterna, Poder divino. El Amor derrota y conquista a todos los reyes terrenales. ¿Qué mayor prueba puede haber que lo logrado por Bahá'u'lláh? Apareció en el Oriente y fue desterrado. Se le envió a la prisión de 'Akká en Palestina. Dos reyes poderosos y despóticos se levantaron en Su contra. Durante Su exilio y encarcelamiento escribió Tablillas perentorias a los reyes y gobernantes del mundo, anunciándoles Su Soberanía espiritual, estableciendo la Religión de Dios, manteniendo en alto el Estandarte de la Causa de Dios.*** [1]

En otra ocasión, durante una cena realizada el 22 de abril de 1912 en Washington D.C., 'Abdu'l-Bahá manifestó:

> ***En esta reunión tenemos una prueba de cómo Bahá'u'lláh mediante el poder del Amor de Dios, ha ejercido una maravillosa influencia espiritual en todo el mundo. Ha hecho venir a hombres de los puntos más remotos de Persia y del Oriente, para reunirse en esta mesa con gente del Occidente en el más perfecto amor y armonía. Mirad cómo el Poder de Bahá'u'lláh ha reunido el Oriente con el Occidente. Y 'Abdu'l-Bahá se encuentra aquí, sirviéndoles. No ha sido la varilla ni los golpes, ni el látigo o la espada; el Poder del Amor a Dios es el que ha hecho posible esta reunión".*** [2]

Lo que pretendo demostrar es lo siguiente: Que Bahá'u'lláh declara tener un Poder Divino que gobierna a los hombres y las naciones; que este Poder es el Amor a Dios; que todo lo que ahora sucede en el mundo comprueba ese Poder Supremo; que el estudio de los Mandatos y de la previsión de Bahá'u'lláh y de Su Hijo – comparados con lo que acaeció en el mundo desde 1853 – dará testimonio de ese Poder; y, por último, que hay pruebas inequívocas en todas partes del orbe,

---

[1] ***La Promulgación de la Paz Universal***

[2] ***Ibíd.***

entre todos los tipos de mentalidades y actividades, de que la opinión universal tiende a aceptar un Orden mundial que concuerda con el Plan delineado por Bahá'u'lláh, promulgando y ejemplificado por 'Abdu'l-Bahá, y que en estos momentos está siendo organizado, administrado y puesto en efecto por Su nieto, Shoghi Effendi, desde el Centro Internacional situado en Haifa, Israel.[1]

¿Cuál es, entonces, el cuadro completo de la situación? Está más allá de los límites de la mente humana el presentar este cuadro en toda su plenitud y, por razones de espacio, en este libro ni siquiera podríamos bosquejarlo. Sin embargo, se ha dicho lo suficiente como para presentar en forma somera sus elementos esenciales.

Vemos a un grupo pequeño, constituido por varios millones de personas, de todo credo, nacionalidad y raza, dispersas por doquier en el mundo, que aceptan sin reservas a Bahá'u'lláh como el Supremo Legislador para la organización universal de un nuevo Orden de Civilización que están dispuestas a sacrificarlo todo – hasta la vida misma – por servirlo. Por otro lado y trabajando en completa armonía con esta organización, vemos a las Naciones Unidas que gradualmente se adhiere a dichas Leyes; vemos que la opinión mundial llega a comprender que tales Leyes son indispensables para que exista una verdadera Civilización, y antes nuestros ojos se ensancha el marco de esta nuevo Orden administrado por Shoghi Effendi.[2] Dejemos que el lector haga un análisis con amplitud de criterio y que se pregunte a sí mismo si es cuerdo ignorar un movimiento de tal naturaleza.

Regresemos ahora al salón del **S.S.Celtic**. Cuando 'Abdu'l-Bahá concluyó Su breve charla, pidió a todos los presentes que se acercaran a Él para poder estrechar Sus manos en una amorosa y tierna expresión de adiós. Cuán impresionante fue aquella escena, cuán plena de significados que las palabras no logran describir, cuán plena de Fragancias provenientes de una atmósfera de un Mundo muy lejano al nuestro.

Lentamente nos fuimos acercando. A cada uno le dio de las flores que tenía a Su lado, diciéndoles unas cuantas palabras de afecto y estímulo. Cuando llegó mi turno, volví a olvidarme de todo excepto de Su Presencia y del hecho abrumador que nunca más Le viera nuevamente en este mundo ni escuchara Su amada Voz. Impulsivamente me arrodillé ante Él, alcé Su mano con la mía y la coloqué sobre

---

[1] Actualmente, 2010, el Plan Divino, de un Nuevo Orden Mundial, delineado por Bahá'u'lláh, y promulgado y ejemplificado por 'Abdu'l-Bahá, está siendo organizado, administrado y puesto en efecto por la Casa Universal Justicia, desde el Centro Internacional situado en Haifa, Israel.

[2] Ahora por la Casa Universal de Justicia, el Cuerpo Supremo de la Administración Bahá'í.

mi cabeza. Jamás olvidaré el relajamiento de ese brazo y esa mano. Era como un peso muerto, pero Su rostro estaba iluminado con una luz excelsa.

Esa fue la última e imborrable impresión que tuve de la humildad suprema, de la servidumbre y el amor que siempre caracterizaron Su más leve acción, y que nunca fallaron.

Los amigos reunidos en el embarcadero tenían las miradas puestas en la figura del Maestro cuando el barco se deslizó lentamente hacia el río. 'Abdu'l-Bahá estaba de pie junto a la baranda. La brisa soplaba Su cabello y barba; Su figura erguida y majestuosa se perfilaba con toda claridad. Noté que en Sus manos tenía el rosario, Su eterno compañero, y que Sus labios se movían. Pude leer en esos labios con toda facilidad: ***"¡Alláh'u'abhá!", "¡Alláh'u'abhá!", "¡Dios es el Más Glorioso!", "¡Dios es el Más Glorioso!"***

CAPÍTULO DECIMOQUINTO

POR SUS FRUTOS LOS CONOCERÉIS. CUATRO TABLILLAS.

Si creéis en Mi, os haré amigos de Mi Alma en el Reino de Mi Grandeza y compañeros de Mi Perfección, por toda la Eternidad, en el Reino de Mi Poder.

Bahá'u'lláh



Dos o tres meses después de la partida de 'Abdu'l-Bahá llegué a comprender, con claridad y certeza, los rangos respectivos de El Báb, ***"Punto Primordial"*** Luminoso en el horizonte del Nuevo Día; de Bahá'u'lláh, ***"La Gloria de Dios"***, como la ***"Manifestación de las Luces de la Esencia en el Espejo de Nombres y Atributos"***; y de Su hijo 'Abdu'l-Bahá, como el ***"Centro de Su Alianza"***, el modelo por designación divina, el Hombre perfecto cuya misión era demostrar la Belleza de la Santidad en el rango de Servidumbre perfecta hacia Dios y hacia los hombres – ***"Yo soy el siervo de los siervos de Dios".***

Por extraño que parezca, esta convicción nació del servicio espiritual. Por primera vez durante mi ministerio, pude brindar ayuda profunda y transformadora a seres que luchaban contra las tentaciones, agobiados por las penas, las dudas y la confusión causada por los complejos problemas de la vida y la muerte.

Parecía que había brotado una intuición del espíritu – sin duda proveniente de las Palabras sublimes con las que se había alimentado mi alma durante muchos meses, y de las enseñanzas y el ejemplo personal de 'Abdu'l-Bahá que daban a dichas palabras ese cariz conmovedor que atraía y sojuzgaba a los corazones. Pienso que la terminología antigua tal vez hubiera usado el término "la gracia del Espíritu Santo" para describir este maravilloso acontecimiento, pero lo único que sé es que era una experiencia totalmente nueva que me enseñó la humildad.

Las enseñanzas y el ejemplo de 'Abdu'l-Bahá dieron colorido e influyeron sobre mis relaciones con los demás. Al ver que aún mis débiles esfuerzos por aplicar las Enseñanzas que había recibido a las necesidades de cada quien, tenían tan buenos resultados, me sentí embargado por tal sensación de asombro y de alegría, de convicción y certeza, que todo vestigio de mis dudas anteriores desapareció como si nunca hubiesen existido. En lo más profundo de mi ser y a través de las edades, una Voz susurraba: ***"Los hombres no recogen uvas de las espinas, ni higos de los abrojos"***. Cuando con nuestros propios ojos vemos cómo se llenan los corazones de Inspiración divina, cómo el dolor se transforma en alegría, y se calman las luchas e inquietudes internas con las Palabras tomadas de las oraciones y explicaciones de estas Personas Divinas – que son cual bálsamo para las heridas del alma -, el dudar del Espíritu del que emanan sería dudar de todos los Profetas del pasado, sería no creer en el Sermón de la Montaña ni en la tradición cristiana. Me dije a mí mismo: "Si esto no proviene de Dos, no existe entonces base para tener fe en Dios. Aunque estuviera equivocado, preferirá conservar esta gran Fe, antes que tener la razón y pertenecer al grupo de los que dudan". Desde lo íntimo de mi ser clamé, como los creyentes del pasado: "¡Mi Señor y mi Dios!"

Lo que es más, mi propia vida tomó un curso diferente… y los acontecimientos, las ideas y expresiones, las gentes, las conversaciones, adquirieron un nuevo

significado y propósito. Parecía como si algo **sólido** se iba modelando poco a poco tanto en las cosas pequeñas como en las más importantes de la vida cotidiana: la certeza de que todo marchaba bien a pesar de las apariencias externas, lo cual transformaba al mundo. ***"Él me había hecho parar sobre una roca y había trazado mi camino"***.

Recuerdo que cierta mañana, al entrar yo en una habitación, un miembro de mi familia me saludó exclamando con sorpresa: "¿Qué buenas noticias traes?" Creo mi rostro y mi actitud eran semejantes a las de alguien que acababa de recibir noticias extraordinariamente buenas.

Las Palabras que tantas veces he citado en la forma algo rutinaria del teólogo, cobraron para mi un nuevo significado: ***"¡He aquí que os traigo nuevas de gran alegría!"*** Y las Palabras de Bahá'u'lláh se refieren a la misma Fuente de dicha suprema: ***"Este es el Manantial de toda felicidad del mundo".***

Pero lo que sin duda acabó de subyugarme fue una tercera Tablilla que me envió el Maestro, la cual cito a continuación porque las comunicaciones de 'Abdu'l-Bahá son universales y toda persona puede leerlas y aplicarlas a sí misma si reúne las condiciones del que investiga con sinceridad.

Oh Mi hijo celestial:

Vuestra carta ha sido recibida y fue un jardín de rosas del cual se aspiraban las dulces fragancias del amor a Dios. Ella indicaba que habéis celebrado una reunión con el mayor de los júbilos.

Vuestro propósito es difundir la Luz que guía, resucitar a los corazones muertos, promover la unidad del mundo de la humanidad y explicar la Verdad. No hay duda que seréis confirmado en ello y los poderes invisibles os ayudarán.

He orado por vos, para que podáis llegar a ser el ministro del Templo del Reino y el heraldo del Señor de las Huestes; para que podáis construir un monasterio en el Cielo y establecer las bases de un convento en el Universo de Aquél que no tiene Lugar; para que en todo lo que hagáis os inspiren los Hálitos del Espíritu Santo, para que alcancéis tal claridad que los ojos de todos los ministros se deslumbren ante vuestro esplendor y anhelen llegar a vuestro rango.

Siempre estáis en Mi memoria. Jamás olvidaré los días en que nos reunimos. Esforzaos para que lleguéis a aplicar con maestría los Principios de Bahá'u'lláh, para que podáis promulgarlos en todo el

continente, creando amor y unidad entre los creyentes, guiando a los pueblos, despertando a los incautos y resucitando a los muertos.

Comunicad Mis expresiones de afecto a todos los amigos de Dios.

Sea con vos la Gloria del Más Glorioso.

'Abdu'l-Bahá Abbás

Fuera del hecho evidente de que esta carta era un llamado, un emplazamiento desde una Esfera más elevada para avanzar, para "superarse", no entendí entonces el significado profundo de algunas de las frases y aún ahora sólo las comprendo en forma vaga.

"Ayudado por los Poderes Invisibles" "Ministro del Templo del Reino", "Un Monasterio en el Cielo" y una ***"Alianza en el Universo de Aquél que no tiene Lugar"*** - ¿Qué podrían significar frases tan extrañas?

A medida que han pasado los años y que me he impregnado cada vez más con las Palabras Divinas de Bahá'u'lláh y 'Abdu'l-Bahá ha surgido un significado definido aunque evasivo, vago pero halagador en su exhortación al espíritu. Si la Orquesta se encuentra detrás de un biombo de Rosas Divinas, ¿es por eso menos fascinante la música o menos convincente el hecho de que hay una Orquesta?

Para que el lector pueda inhalar el Perfume de esas Rosas y escuchar, quizás, con el oído interno los acordes de la Orquesta escondida, citaré dos pasajes de las Palabras de 'Abdu'l-Bahá.

El 30 de abril de 1912 en Chicago, en una reunión de la Convención de Unidad del Templo Bahá'í. De esa charla cito lo siguiente:

Entre los estatutos de los Libros Sagrados está el de establecer el Templo Divino, que conduce a la unión y camaradería entre los hombres. El Templo auténtico es la Ley de Dios, a la cual debe recurrir el hombre, y ese es el Punto de Unidad para toda la humanidad. Ese es el Centro de Congregación; la causa de concordia y unidad de todos los corazones; la causa de solidaridad de la raza humana; la fuente de la Vida Eterna. Los Templos son símbolos de esa Fuerza unificadora, para que cuando las gentes se reúnan en la Casa del Templo de Dios recuerdan que la Ley les ha sido revelada y que su finalidad es la de unirlos. Que así como este Templo fue establecido para unir a la humanidad, la Ley que lo creó y lo respalda fue promulgada con el mismo objetivo.

En otra ocasión, 'Abdu'l-Bahá le escribió a un creyente americano que le había consultado sobre su condición de miembros de una iglesia cristiana:

> ***Sabed que en el día de la Manifestación de Cristo, muchos quedaron sin dote y excluidos porque eran miembros del Sancta sanctorum en Jerusalén. Por su condición de miembros (que representa exclusividad y prejuicios) se vieron privados de Su Resplandeciente Belleza. Volved pues, vuestro rostro hacia la Iglesia de Dios, que consta de Instrucciones Divinas y Consejos Misericordiosos. ¿Qué semejanza puede hacer entre la iglesia de piedra y de cemento y el Sancta sanctorum? Empeñaos en entrar a esta Iglesia de Dios. Aunque habéis jurado asistir a la iglesia (material), vuestra alma está bajo la Alianza y Testamento del Templo Divino, espiritual. Debéis protegerlo. La Realidad de Cristo son las Palabras del Espíritu Santo. Si podéis hacerlo, participad en ello.***

¿No da esto un nuevo significado a las palabras de Juan, el divino, cuando intentó describir simbólicamente el advenimiento del Reino a la Tierra? ***"Y no vi ningún templo porque Dios, nuestro Señor Todopoderoso es su Templo". "La Ciudad no necesitaba del sol porque la alumbraba la Gloria de Dios".***

(Recuérdese que la traducción literal del título ***"Bahá'u'lláh"*** es ***"La Gloria de Dios"***.)

El ser ***"ministro"*** del Templo de este Reino significa, entonces, aceptar y promulgar la Ley de Unidad y Amor, que es obligatoria para todos los que sinceramente creen en el Dios Único; el recibir ayuda de los ***"Poderes Invisibles"*** es estar rodeado por esas Fuerzas Eternas que siempre apoyan a los valientes guerreros de la Verdad; el construir un ***"Monasterio en el Cielo"*** y un ***"Convento en el Universo de Aquél que no tiene Lugar"***, es levantar una fortaleza espiritual de libertad y renunciación para las almas de los hombres de modo que ***"en verdad estén en el Cielo mientras vivan sobre la tierra".***

El convertirse en esta clase de ministro es prerrogativa de todo el que cree en las Palabras de Dios y con sinceridad sigue Su Luz. ¡Qué glorioso mundo será ***"esta tierra"*** cuando todos los hombres tan siquiera vislumbren dicha Luz!

Dos meses más tarde recibí una cuarta Tablilla que volvió a abrir los Portales de Libertad hacia un mundo de Luz y Belleza cada vez mayores.

> ***Oh Mi respetado hijo:***
>
> ***La carta que me habéis escrito con el más grande amor ha sido causa de una perfecta felicidad. En verdad os digo que estáis luchando con alma***

y corazón para complacer a Dios. No hay duda que vuestra intención tendrá un gran efecto. Las buenas intenciones son como una vela encendida que ilumina por doquier. Alabado sea Dios porque habéis demostrado el mayor esfuerzo por encender una vela que ilumine aquella región. Plantad un árbol fresco y delicado en el jardín del mundo de la humanidad; llamad a la gente al Reino Divino; convertíos en un medio de progreso para el intelecto y las almas; reunid a las ovejas descarriadas bajo la protección del Verdadero Pastor; despertad a los que dormidos están; dad salud a los enfermos del espíritu; ampliad la esfera de las mentes humanas; refinad la calidad moral de las gentes y guiad a las aves errantes hacia el Rosedal de la Realidad. Podéis estar seguro que el Flujo Eterno descenderá sobre vos y que recibiréis las Confirmaciones de Su Santidad Bahá'u'lláh. Transmitid a todos los creyentes los maravillosos saludos de Abhá.

Sea con vos la Gloria del Más Glorioso.

'Abdu'l-Bahá Abbás
Monte Carmelo
Haifa, Siria, marzo 31, 1914

¡Otra vez un Llamamiento; un nuevo Mandato para morar y trabajar en un Mundo superior!

Tres de estos Mandatos – siempre los he interpretado y aceptado como tales – me impresionaron en forma singular e influyeron sobre mis pensamientos y actividades: ***"Convertíos en un medio para el progreso del intelecto y de las almas". "Ampliad la esfera de las mentes humanas". "Refinad la calidad moral de las gentes".***

Basta que el común de las gentes haga un breve análisis para percatarse de la naturaleza estática de sus mentes, de su incapacidad de abandonar la ruta impuesta o elegida. La "esfera" mental y espiritual en que la gran mayoría nos movemos es sumamente estrecha, nuestro horizonte está limitado por los intereses personales. Es verdad que el estudiante y el filósofo van más lejos y encasillan sus conocimientos enorgulleciéndose de su "liberalidad" de pensamiento, pero cuando llega el momento de **actuar**, su horizonte también se ve limitado por consideraciones personales. No me olvido de los santos y héroes de todas las épocas, para quienes la Verdad fue más importante que sus familias y sus propias vidas. Pero tampoco olvido que su destino fue la hoguera, el calabozo y la Cruz. Por desgracia, parece que tampoco lo olvidan ***"los necios a quienes los hombres llaman sabios"*** (como Bahá'u'lláh con tanta agudeza lo ha dicho); ellos siguen la

Verdad siempre ***"que el camino sea agradable y tranquilo"***, pero vacilan cuando se exponen al escarnio, si ven el peligro de perder sus posesiones o la familia los abandona.

No pretendo criticar esta condición de la naturaleza humana. Sólo deseo hacer notar que esta actitud, según el juicio de los seres superiores y santos de todas las edades, se debe a que ignoran el verdadero sentido de la Vida y sus ilimitados Horizontes; a que desconocen su origen en el lejano pasado y también su glorioso futuro en ***"todos los mundos de Dios".***

A esto se refiere 'Abdu'l-Bahá cuando pide que ***"nos convirtamos en un medio para el progreso del intelecto y de las almas"*** y que ***"ampliemos la esfera de las mentes humanas".***

En cuanto a Su Mandato de ***"refinar la calidad moral de las gentes"***, nadie podría tener dudas sobre lo frágil que es esta cualidad. Nuestros juicios acerca de cualquier problema moral casi siempre se basan en la reacción personal. ¿Cuántos de nosotros saldríamos airosos si, por ejemplo, midiéramos nuestro sentido de la justicia de acuerdo con la definición de Bahá'u'lláh: ***"Si queréis ser justos, elegid para otros lo que elegiríais par vosotros mismos"?***[1] Todos estamos cortados por las mismas tijeras: desde el conductor de automóviles cuya primera reacción en un accidente es echarle la culpa al otro, hasta el juez cuyas decisiones suelen depender de sus resultados políticos. Y la causa vuelve a encontrarse en la limitada esfera de la mente. Los que así actúan son de pequeño criterio; su horizonte es demasiado estrecho para ver con claridad las inevitables consecuencias. Los efectos acumulados a lo largo de la historia son los que han lanzado al mundo de hoy a un estado de desastrosa confusión y miseria.

No puede haber necesidad más apremiante que la de refinar la calidad moral de las gentes, al grado liberarla de aquellos elementos ajenos a la naturaleza superior y divina del hombre, para que éste pueda ***"erguirse puro y sin mancha, desprovisto de egoísmos".***

A principios de agosto de 1914, más o menos en la época en que estalló la guerra mundial, recibí la más impresionante Tablilla de 'Abdu'l-Bahá:

> ***Oh respetada persona:***
>
> ***Vuestra carta ha sido recibida. Su lectura me trajo grandes esperanzas, porque es evidente que con vuestro ingreso al Reino Divino estáis progresando día a día. Cuando este progreso llegue a ser perpetuo y***

---

[1] ***Palabras de Sabiduría, Bahá'u'lláh***

continuo, encontraréis el Más Grande Centro en el Universo de Dios y claramente veréis las confirmaciones del Espíritu Santo. Seréis bautizado en la Fuente de la Vida y liberado de todas las leyes del mundo de la naturaleza.

Llegaréis a ser iluminado, misericordioso, celestial – una vela radiante en el mundo de la humanidad.

Tratad, en lo posible, de desligaros por completo de las susceptibilidades humanas, para que los Poderes del Reino dominen vuestro corazón y espíritu… a tal punto que aún cuando viváis en la tierra, en realidad estéis en el Cielo; que aunque en apariencia estéis compuesto de elementos materiales, en vuestra alma lo estéis de elementos celestiales. ¡Esta es la Gloria imperecedera del hombre! ¡Esta es la Excelsitud eterna en el mundo de la existencia! ¡Esta es la Vida sempiterna! ¡Este es el Espíritu encarnado en el corazón de la humanidad! Sea con vos la Gloria del Más Glorioso.

'Abdu'l-Bahá
Haifa, Siria, julio 16, 1914

Es imposible imaginar un Mandato más Supremo, un Llamado más subyugante, un contraste más sugerente y estimulante con los ideales o conceptos comunes. Las frases ***"Encontraréis el Más Grande Centro en el Universo de Dios", "Seréis liberado de todas las leyes del mundo de la naturaleza"*** y ***"Tratad de desligarlos por completo de las susceptibilidades humanas"*** tienen una fuerza única. Y qué cabe decir de la esperanza enfáticamente expresada, de que bajo ciertas condiciones es posible que los ***"Poderes del Reino"*** – esas Leyes excelsas y sus Exponentes de un Mundo Celestial – ***"dominen"*** nuestro ser al grado de llegar a estar compuestos de elementos celestiales, pudiendo, en apariencia, caminar en este mundo como sus moradores pero en lo íntimo guiados y motivados por Influencias y Fuerzas que emanan de un Mundo muy Superior y mucho más Real.

Es posible que el lector piense que estas ideas son fantásticas y no sería extraño que así lo hiciera a no ser que tuviera algún conocimiento sobre la Vida y las Enseñanzas de Bahá'u'lláh y de Su hijo, como también sobre la vida y martirio de miles de personas adeptas a ellos.

En lo que a mí respecta, he visto con mis propios ojos una Vida muy superior a las que llevan los demás hombres impulsados más bien por anhelos comunes. 'Abdu'l-Bahá giraba alrededor de un ***"Centro"*** totalmente diferente al creado por el egocentrismo de la humanidad. Aunque en apariencia era como los otros, Su

Espíritu se hallaba investido con las ***"Características de Dios".*** Era tan evidente que no estaba sujeto ***"a las leyes del mundo de la naturaleza"*** ni a las ***"susceptibilidades humanas"***, que era imposible estar en la misma habitación con 'Abdu'l-Bahá sin tener la sensación de un Mundo más elevado, tranquilo y noble.

¿Cómo podríamos reaccionar entonces ante Su llamado a unirnos con Él en ese Mundo del Espíritu? Podríamos calificarlo en tres formas pero sólo una de ellas parece ser posible: (a) 'Abdu'l-Bahá era un visionario, un idealista que no debía ser tomado en serio: (b) Era excepcional en cuanto a condición y capacidad: Su sabiduría al hablar y actuar no estaba al alcance de otros hombres: (c) Era el Heraldo de un Mundo de Realidad, del cual este mundo es un reflejo confuso; era un llamado a todos los hombres, a abandonar lo aparente y vivir en el plano de lo Real; era un ejemplo para la humanidad de que no sólo es posible sino que imperativo el fijar otras metas, para poder alcanzar cierto grado de felicidad, tranquilad, sabiduría y prosperidad.

Examinemos estas posibilidades porque no existen otras y debemos decidirnos por una de ellas, a no ser que estemos dispuestos a eludir el problema y a negarnos a pensar.

(a) Toda la vida de 'Abdu'l-Bahá contradice la suposición de que era visionario, un idealista sin sentido práctico. Cuando dio una charla a los estudiantes de la Universidad Leland Stanford, el presidente, David Starr Jordan, lo presentó con las siguientes palabras: "No hay duda de que 'Abdu'l-Bahá unirá al Oriente con el Occidente porque camina por el terreno de lo místico con pies prácticos". También tenía éxito en los negocios y con frecuencia era consultado por otros, que, dicho sea de paso, no eran creyentes, sobre la forma de conducir sus negocios. Una de las características más notables era la clara forma de juzgar las cosas materiales; incomparable serenidad para enfrentarse con todo tipo de hombres y toda clase de situaciones. Es bien sabido que a veces Él mismo preparaba la comida para Sus invitados y que siempre se preocupó de darles la máxima comodidad, aunque jamás le importó la Suya.

En síntesis, la más leve investigación de los hechos demuestra que nuestra primera hipótesis es falsa.

(b) Pero poseía poderes sobrehumanos y, en consecuencia no era de esperarse que fuéramos como Él. Esta es la explicación fácil, la excusa tan frecuentemente usada por los que pretenden justificar el abismo que existe entre sus ideales y sus actos. El término moderno para ello es "racionalizar".

La dificultad en aceptar lo anterior consiste en que, de hacerlo, rechazamos en forma automática las enseñanzas y el ejemplo de todas las grandes figuras del pasado y del presente. Para los que han crecido bajo la tradición cristiana, esto significa el darle a Cristo la categoría de una perfección inalcanzable y desestimar Sus Palabras sobre la necesidad de ***"seguir Su Camino",*** de ***"amaos los unos a los otros como Yo os he amado", "tomad cada día vuestra cruz y seguidme".*** También significa desestimar las filosofías de los hombres más destacados de la historia que jamás han pretendido tener una Autoridad divina, tales como Sócrates, Epicteto, Marco Aurelio, Emerson y muchos otros, que con sus vidas han demostrado cuán posible es actuar de acuerdo con los principios enunciados.

Si adoptáramos esta actitud, lo peor de todo sería, por lo menos en el concepto del autor, la consiguiente suposición de que el progreso del hombre ha llegado a su fin; que el estado actual del mundo, debido a que el hombre no cree en un mundo como el que insinúa 'Abdu'l-Bahá en la Tablilla citada anteriormente, es normal e inalterable. Ello significa que ***"las leyes del mundo de la naturaleza"*** son irrevocables, que es condición propia del hombre de ser ***"ave de rapiña",*** que no hay otro destino más allá de la sepultura y, en consecuencia no existe un mundo superior para el cual debemos prepararnos.

¡No! Para mi esta es una conclusión increíble y monstruosa.

(c) Examinemos sin prejuicios la tercera hipótesis, a saber, que Bahá'u'lláh vino a este mundo como el último de los Reveladores de la Voluntad Divina, expresamente para presentarles a los hombres el Mundo de la Realidad, para llamar su atención hacia un tipo de Vida, una esfera de actividad, que hasta ahora han permanecido en último término; y que Su hijo, 'Abdu'l-Bahá es la prueba viviente de la capacidad del hombre para vivir y trabajar en ese Mundo de la Realidad, y construir así sobre la tierra aquel Reino de Dios que Jesucristo nos anunció y por el cual nos pidió que oráramos.

Para el autor, esta hipótesis no sólo es satisfactoria sino que absolutamente racional y comprensible. De que tal esfera de acción existe (que es lo que significa el término "Mundo") lo comprueba no sólo lo más Supremo de la humanidad sino también, en diferentes grados, todo ser. El egoísmo del hombre (***"esa rara enfermedad"***, según 'Abdu'l-Bahá) hasta ahora ha obscurecido ese mundo, pero en el último medio siglo su Luz ha brillado cada vez con más esplendor. Nuestra Cruz Roja, las Organizaciones Internacionales en pro de la Paz, la Liga de las Naciones, las Naciones Unidas y hasta nuestros Fondos Comunales, demuestra su existencia e influyente Poder.

Bahá'u'lláh sólo ha hecho un Llamado a los hombres para que convierten esa esfera de acción en el Mundo en que ***constantemente y a conciencia vivirán, hablarán y actuarán.***

Él nos ha dicho: ***"Vosotros los habéis intentado en pequeña escala, ¿por qué no abarcar todos los detalles de la vida?"***

Para lograrlo, ¿no es evidente que necesitemos una orientación? Este complicado mundo está muy enfermo y se muere a falta de un Médico experto. Su mal es tan complejo, de tal manera afecta a cada órgano, y los médicos asistentes – estadistas, moralistas e idealista – están tan ignorantes de las causas internas, que una disolución total es inminente. ¿Llegaremos acaso a la desesperante conclusión de que no existe un Médico competente? ¿Aceptaremos, con indolencia, que esta disolución es inevitable y junto al lecho del moribundo esperaremos, con reloj en mano, que llegue la hora fatal? O como último recurso, si así desean llamarlo nuestras almas incrédulas, ¿acudiremos a Quien declara, una y otra vez, Su Divino Poder para curar con Palabras de inigualable elocuencia? De ellas cito lo siguiente:

> ***Lo que el Señor ha ordenado como el Supremo Remedio y el Más Grande Instrumento para la curación del mundo entero es la unión de todos los pueblos en una sola Causas Universal, en una Misma Fe. Esto no puede lograrse sino por el Poder de un Médico inspirado, competente y todopoderoso. Esta, ciertamente, es la Verdad y todo lo demás no es sino un error.***
>
> ***Bahá'u'lláh***

Y 'Abdu'l-Bahá dice:

> ***El cuerpo del mundo humano está enfermo. La unidad del reino de la humanidad será su remedio y su curación. Su vida es "La Más Grande Paz". El Amor es su luz y animación. Su felicidad es alcanzar las perfecciones del Espíritu. Es Mi esperanza que con la gracia y merced de la Bendita Perfección*** (uno de los títulos de Bahá'u'lláh) ***podemos encontrar una nueva Vida, adquirir un nuevo Poder y una maravillosa y suprema Fuente de energía, para que la "Más Grande Paz" de Designio Divino impere en el establecimiento de la unidad del mundo de los hombres de Dios.***

Bahá'u'lláh no sólo declara Su habilidad para diagnosticar y curar, sino también la Suprema Autoridad para mandar, dirigir y conquistar.

> ***¡Oh reyes de la tierra! La Más Grande Ley ha sido revelada en este Lugar, en este Escenario de Transcendente Esplendor. Todas las cosas ocultas han sido dadas a conocer por la Voluntad del Supremo Ordenador,***

Aquél que ha anunciado la Última Hora y establecido todos los Decretos Irrevocables.

Vosotros sois sólo vasallos. ¡Oh reyes de la tierra! El Rey de reyes ha aparecido en toda Su maravillosa Gloria y os llama hacia Él, el que Ayuda en el Peligro, el que Subsiste por Sí Mismo.

Bahá'u'lláh

En toda la historia de los Profetas del pasado jamás han sido hechas afirmaciones tan tremendas, ni se ha proclamado tal Autoridad Divina, ni se ha demostrado tan Inmenso Poder. Y no olvidemos que durante cuarenta años esta Ser Sublime soportó las persecuciones y torturas de reyes y sacerdotes crueles; que vivió para ver sufrir a miles de Sus devotos creyentes el mismo destino y aún hasta la muerte; que en todo este largo período nunca dejó de declarar Su Misión Divina con inflexible determinación y Majestad inconquistable, que a la postre sometía hasta a Sus peores enemigos. ¡Que aquéllos que han derramado una gota de su sangre defendiendo su ideal de la Verdad sean los primeros en dudar!

Para quienes ven ***"con el ojo de Dios"*** y poseen esa visión espiritual sin la cual somos como ***"los que teniendo ojos, no ven"***, ha sido revelado el Mundo de la Realidad, cuyo ***"Más Grande Centro es la Manifestación de Dios en este Glorioso Día de Su Revelación".***

Hemos estado girando alrededor de centros tan limitados, de intereses tan mezquinos, que nuestros horizontes se han reducido al grado que es poco menos que imposible concebir el ***"Más Grande Centro"*** que se extiende ante nuestros maravillados ojos y contemplar el ***"Horizonte Supremo"*** que abarca a todos los hijos del hombre, bajo cuya Luz y Gloria todos los problemas encuentran solución y todas las luchas se extinguen en la unidad y el amor que constituyen las bases de las Leyes del universo.

No obstante, los Cristos de todas las épocas, los Guías y Dirigentes de la humanidad, siempre han insistido en la realidad y supremacía de este Mundo Divino. ¡Que los hombres de valor y de acción los obedezcan y los sigan!

En septiembre de 1916, cuando la guerra mundial estaba en su punto culminante y se dificultaba toda comunicación entre el Oriente y el Occidente, recibí una tarjeta postal del secretario de 'Abdu'l-Bahá conteniendo la última Tablilla dirigida a mí. No estaba firmada por 'Abdu'l-Bahá y el original aún no ha llegado a mi poder, así es que transcribo la tarjeta postal tal cual la recibí para que el relato quede completo.

Haifa, Siria

Junio, 22 de 1916

Mi querido hermano en la Causa de la humanidad. Los informes sobre vuestros servicios, viajes y charlas son sumamente estimulantes para los amigos en la Tierra Santa y causan alegría en el corazón de 'Abdu'l-Bahá, quien os ama y ora por vuestro éxito y prosperidad espirituales. Él ha dado a conocer una maravillosa Tablilla en vuestro nombre, cuya traducción es la siguiente:

¡Oh orador en el Templo del Reino!

Alabado sea Dios que la mayor parte del tiempo estáis viajando, yendo de ciudad en ciudad y entonando las Melodías del Reino en reuniones e iglesias, anunciando las Buenas Nuevas del Cielo.

Se dice en el Evangelio que Juan, el Bautista, clamaba en el desierto: "Preparad el Camino del Señor, haced recto Su Sendero, porque el Reino de Dios está cercano".

Él clamaba en el desierto, pero vos lo hacéis en ciudades populosas. Aun cuando los sacerdotes llevan brillantes coronas sobre sus cabezas, es Mi esperanza que coronéis la vuestra con la Diadema del Reino – una Diadema del que sus brillantes Joyas puedan iluminar los pasajes oscuros de futuros siglos y ciclos.

En Su gran libro, Corán, Dios dice: "A quien Él elige, lo especializa con Su Merced". O sea, Dios distingue con Su favor y Su gracia a ciertas almas y las señala con Su propio Sello de aprobación. En el Evangelio se hace una afirmación similar: "Muchos son los llamados, pero pocos los elegidos". Alabado sea Dios porque vos sois uno de esos "pocos".

Apreciad el valor de esta Gracia y dedicad todo el tiempo que podáis a propagar las Fragancias de Dios.

Recibid Mis saludos y alabanzas.

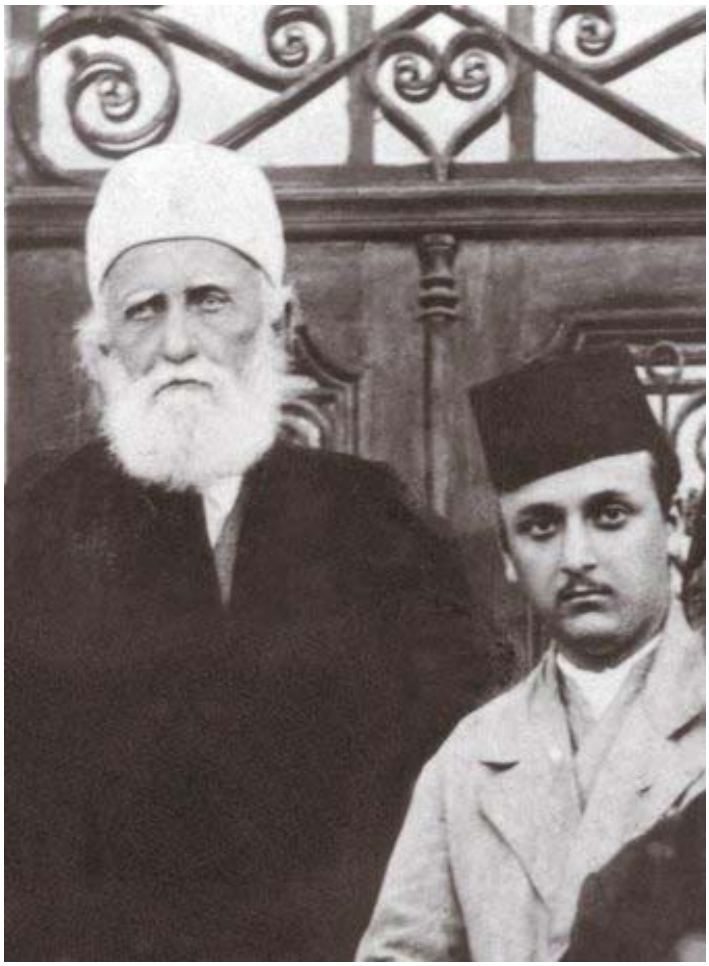
'Abdu'l-Bahá Abbás.

CAPÍTULO DECIMOSEXTO

CONCLUSIÓN

Las Santas Manifestaciones de Dios vienen al mundo para disipar la oscuridad de la naturaleza animal, o física, del hombre; para purificarlo de sus imperfecciones a objeto de que se anime su naturaleza espiritual y celestial, que se despierten sus cualidades divinas, que se hagan visibles sus perfecciones, que se revelen sus poderes en potencia y cobren vida todas las virtudes del mundo de la humanidad que en él se encuentra latentes.

'Abdu'l-Bahá



'Abdu'l-Bahá y Shoghi Effendi

Esta es la historia. No es lo que debió ser como intento de describir lo que a mí me ha parecido la Vida perfecta, pero la he narrado sin reservas en lo que respecta a la influencia que esa Vida ha tenido sobre mi propia existencia. Durante ocho meses tuve ante mí a esa Presencia y, a pesar de los 25 años que han transcurrido, aún permanece vívida y nítida. La memoria guarda imágenes que las palabras jamás podrían describir. Por incompleto o inadecuado que haya sido el intento de escribir sobre esa Vida, para mí ha sido una gran felicidad de hacerlo y presento este libro al lector con sincero amor y humildad.

¿Cómo podría ser completa esta narración? El breve lapso de tiempo que nos atrevemos a llamar "vida" está tan lleno de detalles confusos ajenos a la Realidad, que cuando entre en escena Alguien que vive con serena convicción en un Mundo en que se desconoce la confusión, pero que, sin embargo, comprende la agitación que existe en los corazones de los hombres y conoce el remedio, ¿cómo podría ser posible para quien aún se encuentra en esa anarquía de pensamientos y de acción el describir en forma apropiada al Ser que nos trae inspiración? ¿Cómo hacer que otros vean y escuchen en la manera en que Él lo hacía?

Para mí sólo hay un modo en que esa Vida puede ser comprendida, aunque sea vagamente. Se debe partir de una presunción y llegar a una convicción claramente definida. Podemos decirlo con sencillez:

El mundo del fenomenalismo, el "mundo contingente" como comúnmente se acepta, no es el mundo verdadero. La vida diaria con su monótona rutina de comer y beber; con sus horas de sueño y de vigilia; con su eterno círculo de trabajo, diversión, estudios, nacimiento y muerte; con su variedad de pobres y ricos, de sabios e ignorantes, de poderosos y débiles… es sólo una máscara que oculta el rostro de la Realidad. Los eternos esfuerzos por resolver el enigma que se hacen bajo títulos altisonantes – Filosofía, Educación, Ciencia, Política – todas son formas de tanteo.

La vida no "comienza a los 40"; comienza en Dios. No "vivimos 24 horas al día", "en Él vivimos y nos movemos y tenemos nuestro ser", y numerosas etapas de preparación preceden a esta pequeña "vida", así como innumerables etapas venideras serán su culminación.

El Escolasticismo no responde a las exigencias del hombre por satisfacer las necesidades básicas del espíritu. La religión, como generalmente se toma – que es una mezcla de tradición, de formalismo social y una apreciación más o menos correcta de los problemas inmediatos confrontados por la gente, sazonada con una sal que ha perdido su sabor – no satisface el espíritu inquieto del hombre. En

medio de esta confusión de ideas y de acciones no hay una base sólida para los anhelos espirituales de la humanidad.

Si éste no es el mundo real, ¿en dónde está entonces? ¿Qué es? ¿Cómo encontrarlo? Tal cual lo he insinuado, la respuesta es sencilla para quienes no se encuentran totalmente ***"sumergidos en el océano del materialismo".*** La mayoría de los seres pueden ser comparados a un hombre perdido en una neblina en Londres, que no encuentra el bien conocido camino que lo lleva a la puerta de su casa. La neblina que enceguece nuestra visión espiritual está constituida por "trastornos mezquinos, enfermedades del intelecto y del espíritu, imperfecciones y vicios", que nos rodean y esclavizan. Los Profetas de Dios, la Voluntad y el Amor de Dios encerrados en el templo del hombre, han traído la Luz del Sol de la Realidad… la única que puede disipar la niebla, indicar al hombre el Camino justo y liberarlo de su esclavitud.

El Cristo Eterno que una vez cada mil años viene en ayuda de la desorientada humanidad, es el único Portal a la Libertad. Su Voz Divina, Sus misericordiosos Manos siempre han estado presentes para los que saben ver y escuchar, para los que tienen corazón.

Y otra vez en este Día, en que vivimos nuestro breve lapso de tiempo, el más reciente de estos Profetas, Bahá'u'lláh, ha declarado Su Misión y ha hecho un Llamamiento.

Durante ocho meses tuve el privilegio de observar y de hablar con el Hijo de Bahá'u'lláh, el Centro de Su Alianza, el Ejemplo Perfecto de Su Mundo y Su Vida; Aquél por cuyo intermedio ***"Él ha hecho evidentes las señales de la Gloria de Su Reino sobre la tierra".***

Tenía ante mí a un Hombre que, en apariencia, vivía como yo en un mundo de confusión; sin embargo, no cabía duda de que en realidad vivía y trabajaba en ese Mundo real y superior. De ese ***"Mundo de Luz"*** derivaban todos Sus conceptos, todos Sus motivos, todas Sus acciones. Y, lo que, para mí constituye una inspiración y un estímulo, Él daba por hecho que el común de las gentes, si así lo deseaban, podían entrar y vivir en ese Mundo.

Para los que han leído esta narración con "sinceridad en el corazón" es posible que les haya llegado un destello de convicción de que ese Mundo está abierto ante ellos, que pueden alcanzar una Vida semejante, cruzar el mismo Portal y obtener igual Libertad. Esta esperanza ha anidado en mí al escribir el presente libro.

Howard Colby Ives
7 de enero de 1937